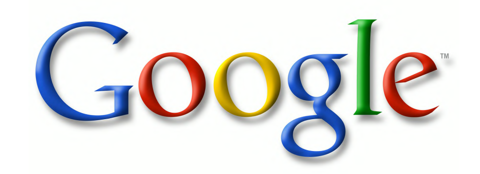
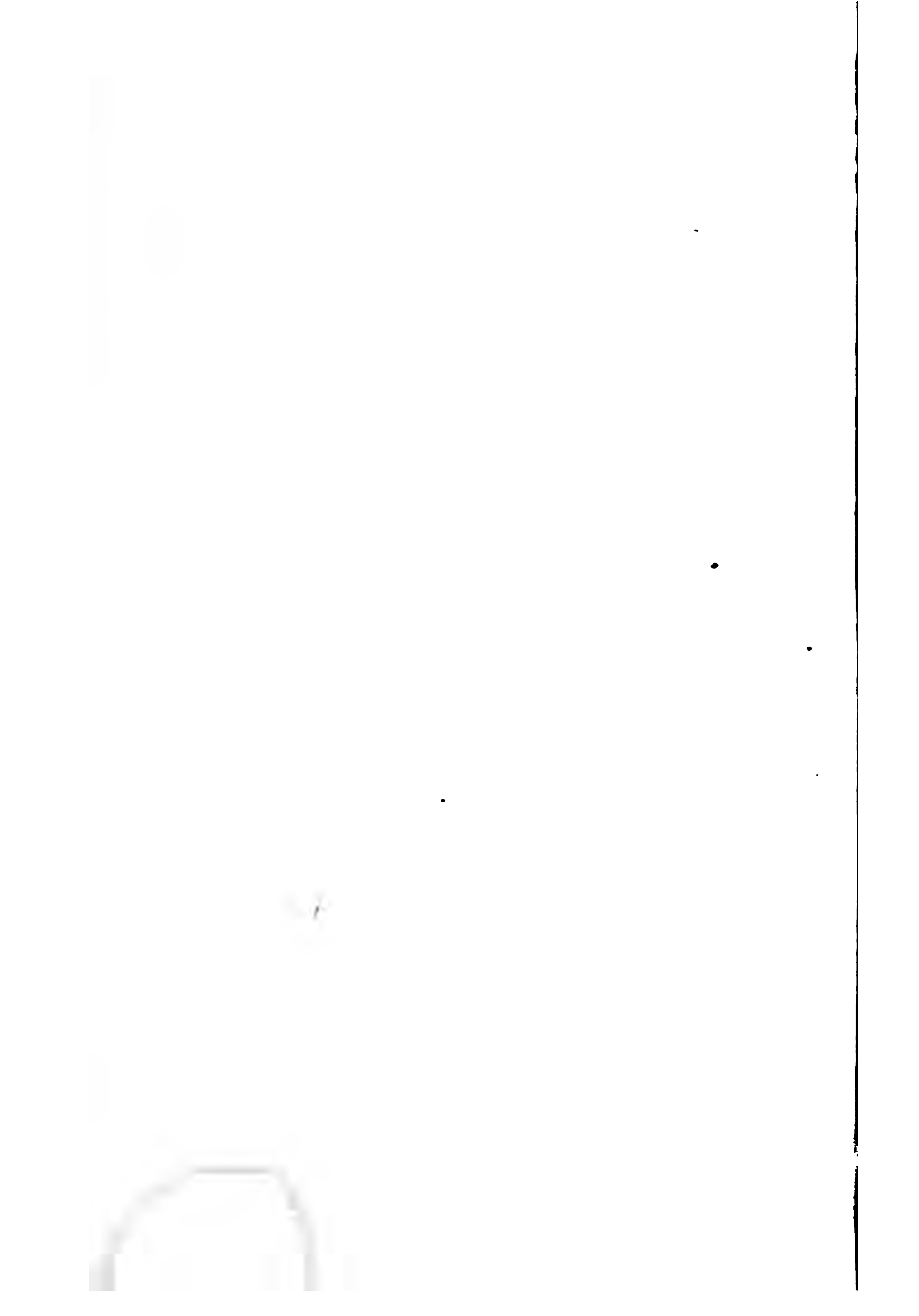



PROPERTY OF THE
University of
Michigan
Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS





Francisco de Arce.

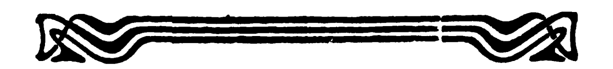
La Calatrava.

NOVELA
de costumbres madrileñas.

MADRID
Establecimiento tipográfico de A. Marzo
San Hermenegildo, 32 dupdo. Teléfono 1.977
1905

[illegible]





CAPÍTULO PRIMERO

LIMPIEZA?... Allí todo salta de puro bruñido. El escaparate, no muy grande, á la derecha de la puerta, con su luna reluciente, tras la cual se alínean las familiares y redondas libretas, las roscas tostadas, los cartuchitos de pan rallado, las aristocráticas barras de Viena, el esponjoso pan francés, las ensaimadas, los bollos y todas las formas y variaciones de pan posibles. La mampara de cristal, con su agarrador que parece de oro y en el centro grabado, entre largas espigas de trigo, un rótulo que dice «La Calatrava».

Dentro obsérvase la misma pulcritud: el entarimado siempre lustroso, el friso de madera color nogal que cubre la mitad de la pared, el mostrador con piedra de mármol; detrás, á derecha é izquierda de la puerta que comunica con la casa, dos cajones grandes, cubiertos con paños muy blancos, para el pan, y encima de la misma puerta un cuadrito con la Virgen de la Paloma. En el centro, y pendiente del techo, un aparato eléctrico de dorados brazos, luce de noche, dando un tinte agradable y extraño merced al tul verdoso que lo envuel-

ve para preservarlo del polvo y de las moscas. En lo alto de la puerta de la calle se ve una muestra de cristal, fondo negro y con doradas letras que dice así: «La Calatrava—Panadería» y á cada lado «Pan de lujo, Pan de familia».

Aquel día, que era domingo, había salido temprano la señá Ramona, y á eso de las diez aún no había vuelto; su marido trajinaba en el cuarto de amasar; Anselmo, el dependiente, estaba á repartir y sólo Julia cuidaba de la tienda.

Sentada en una silla detrás del mostrador, leía un periódico. Morena pálida, con ojos grandes y tan negros como su pelo, que recoge en abultado moño sobre la nuca, naricilla respingona, boca pequeña de labios rojos y gruesos que al entreabrirse muestran unos dientes más blancos que la harina candeal que amasa su padre. Regular de estatura, cintura esbelta, caderas fuertes; las líneas del busto se dibujan con esplendideces gallardas bajo una golfa de punto, azul marino. Viste falda negra de paño, delantal obscuro y al cuello, blanco pañuelo de seda.

De vez en cuando levanta la vista del periódico y mira á la calle. Un sol de invierno luce allá fuera; las campanas de las iglesias tocan á misa; un grupo de chiquillos, en la acera de enfrente, juega á cara ó cruz, oyéndose, entre sus gritos, el tintilar de las perrillas; el ciego de todos los días pasa cantando

con voz quejumbrosa, al son de su guitarro, las coplas de siempre.

—Ya deben ser las once—piensa Julia, y dejando el periódico, se queda distraída mirando á los que pasan, al mismo tiempo que, inadvertidamente, teclea la piedra del mostrador con los dedos nerviosos de su bonita mano.

—Buenos días, Julia.

—Hola, don Pepe.

—¡Qué sola en la tienda!

—Mi padre está por ahí dentro.

—¿No tiene usted miedo á que la roben?

—¿A quién... á mí? No, hijo, sé guardarme muy bien.

Don Pepe de pie y Julia apoyada de codos en el mostrador, siguen su charla. El es un hombre como de treinta y tantos años, tipo de señorito achulado, pero de aire simpático. Recio, de buena estatura, pelo y bigotes de un rubio obscuro y ojos claros. Lleva capa color verde botella, agremanada á lo torero y el sombrero hongo echado hacia adelante.

—Créame usted, Julia, no miento; cada día que pasa me gusta usted más.

—Vamos, vamos, don Pepe; ¡tiene usted siempre unas ganas de broma!

—¿Yo? Nunca bromeo; cuanto hablo, bueno ó malo, siempre es verdad. Por eso debe creerme que cuando, hace tiempo, pasé por la calle de la Magdalena y conocí á usted, me dijeron más esos ojos, esa cara y esa boca, que todas las mujeres del mundo.

—Eche usted, hijo, eche usted, que no cuesta dinero.

—Bueno; ya me creerá.

—¿Y á usted qué le importa que yo le crea?

—Pues, casi nada, niña, casi nada. Si usted me cree sería feliz alguna vez en mi vida, y si usted me quisiera... vamos, si llegara eso, no quiero pensar siquiera lo que me pasaría.

—No corre usted nada: ni un automóvil. ¿Le lío el panecillo ó no?

—¿Le molesta á usted mi conversación?

—Ni me gusta, ni me disgusta. Le tomo á usted como á un parroquiano que no tiene nada que hacer y le distrae venir aquí á bromear conmigo.

—No me conoce usted, no me conoce.

—¡Juliaaa! ¿Con quién hablas?

—Es don Pepe, padre.

Apareció el señor Lorenzo en la puerta que comunica con la casa, con su mandilón blanco, los brazos al aire, su cabeza canosa, la cara anchota, sus bigotes crespos y recortados y dos ojos grises que dejan adivinar un alma sencilla de hombre de bien.

—¡Qué charlatana es esta chiquilla!, ¿verdad, don Pepe? Siempre con ganas de reir; á todo el mundo trae loco con sus tonterías.

—Privilegio de la edad y de su cara bonita, señor Lorenzo.

—Eso es lo malo, que siempre está oyendo que es guapa y si acaba de creerlo no se la podrá aguantar.

—Pues ya me falta muy poquitín, padre—replica Julia riendo al mismo tiempo que lía en un papel de seda, color barquillo, elpan del parroquiano.

—Ahí tiene usted su panecillo—siguió la muchacha—de lo mejor y más cocidito que sale del horno.

—Y con el mérito de ser despachado por esas manos—añadió don Pepe.

Dos criadas entran en la tienda, interrumpiendo la conversación.

—Hasta mañana, Julia—dice entonces don Pepe, y bajando la voz—; si tiene usted algún rato libre, acuérdese un poco de todo lo que la digo.

—Y que no tengo yo más que hacer sino pensar en tonterías.

—¿Tonterías?

—Sí, don Pepe; tonterías, tonterías.



—Pon la mesa, que son las doce y media y tu madre no puede tardar—dijo el señor Lorenzo á su hija, así que se hubo marchado la gente.

Julia se fué dentro, y abriendo una puerta, que á la derecha del pasillo había, se entró en una habitación grande, pared por medio de la tienda y que servía de sala y comedor al mismo tiempo.

Una ventana baja, con rejas, daba á la calle; la muchacha levantó un visillo y apoyando su

frente contra el cristal, quedó pensativa recordando, quizá sin querer, todo lo que continuamente le decía el hombre de los ojos claros, achulado vestir y agremanada capa.

Bien poco sabía de él. Le conoció á principios de invierno. Una tarde estaba ella á la puerta de la tahona y él pasó; al distinguirla, atravesó la calle, y deteniéndose, la piropeó; ella, sonriendo, se metió en la tienda. A la tarde siguiente volvió á pasar. A la mañana del tercer día entró y compró unos bollos, hablando con la chica. Desde ese día no faltó ni uno. Aquel hombre joven se hizo simpático á todos..., á ella también. Supo, lo que él quiso decirla, que era maestro de obras, se llamaba Pepe y estaba muerto por sus pedazos. En la calle del Ave María edificaba á la sazón dos casas, y éste era el motivo de pasar por allí todas las mañanas y comprar el panecillo para su almuerzo. Demás comprendió la chica que esto del panecillo era un pretexto para verla y hablarla. Ella trataba de echarlo todo á broma, pero notaba se iba interesando poco á poco.

—¿Qué haces ahí mirando á la calle como una tonta?

—¡Ay, madre! Me ha asustado usted.

—He pasado por delante de la ventana y ni siquiera me has visto. Arregla la mesa, que vamos á comer.

—¿Ha venido Antonio?

—No; ya vendrá.

La señá Ramona se fué á la cocina y Julia puso el mantel y los cubiertos sobre una camilla que había en el centro del cuarto.

La misma limpieza de la tienda reinaba allí; desde la venerable cómoda, que parecía recién barnizada, donde se guardaban los mejores vestidos de la madre y la hija y los ahorros del matrimonio, hasta el papel claro con rosas azules, de las paredes, todo respiraba arreglo y bienestar.

Sobre la cómoda, y bajo su fanal, había una Dolorosa, recuerdo de la vieja Calatrava. Una taza sin asa y llena de aceite sirviendo de lamparilla, arde continuamente delante de la Virgen. Manto negro de terciopelo cubre la imagen, entre el cual asoma su carita pálida de cera, de sus ojos de cristal brotan gruesas lágrimas de cera también, entre sus manos cruzadas tiene un pañuelo bordado por la señá Ramona cuando era pequeña, y en el centro del pecho lleva un corazón de plata, algo grande, atravesado por siete espadas en representación de sus penas. Aquella Santa Virgen es la protectora de la familia; á ella le rezó llena de fe la señá Ramona cuando las viruelas de Julia, la caída del chico y la pulmonía de su marido, y siempre les protegió su Dolorosa, sacándolos adelante con bien.

Encima de la cómoda hay también algunos retratos de familia y dos cajas de conchas que trajeron la vez que, siendo los chicos pe-

queños y por haberles tocado la lotería, fueron á San Sebastián.

La camilla en el centro del cuarto, con su falda de bayeta roja, calienta y reúne á la familia en las noches de invierno.

Las sillas y el sofá son de paja. Colgado encima del sofá hay un espejo, donde se mira Julia de refilón siempre que pasa. A los lados del espejo hay dos ampliaciones al carbón, bastante mal hechas, de la señá Ramona y de su marido. Ella, más delgada, más joven; él con el bigote negro y con más pelo en la cabeza. Fijándose mucho, se acaba por conocerlos.

Una antigua lámpara de petróleo, con bombilla para luz eléctrica, cuelga encima de la camilla y en un rincón, desde el techo hasta el suelo, luce sus letras rojas y verdes vistoso cartel de toros, anunciando una corrida dada por el gremio de zapateros y que un amigo del señor Lorenzo le regaló.

—Anda, di á tu padre que ya está la sopa—dice entrando con la sopera en la mano la señá Ramona.

Aún es joven, pues debe tener unos cuarenta y pico, y aunque sus facciones recuerdan algo las de Julia, se diferencia de ella bastante. Su pelo es castaño, más alta que su hija, gruesa, el cutis muy blanco, nariz aguileña, y lo que más atrae son sus ojos grandes y muy azules. Tiene aire aristocrático, y aunque el mantón y el vestir del pueblo le sienta

á maravilla, muy bien podría usar los trajes del señorío.

Cuando sentados á la mesa, empiezan á comer, se presenta Antonio, el hijo menor.

—¡Pero este chico que nunca llega á tiempo!; ¿de dónde vienes?—dice la Calatrava.

—De ver al señor Baltasar, que me prometió una entrada para esta tarde en Apolo.

—¿Y te la ha dado?

—Dice que vaya luego y me la dará.

—¡Valiente golfo estás hecho!

—¡Déjele usted, madre!—interrumpió Julia

—Ya está bien dejado. Anda tú, cómico, siéntate.

Sentóse el chiquillo entre su hermana y su padre, y púsose á comer la sopa sin rechistar. Era simpático aquel muchacho; mimado por todos, su madre era la única que se hacía respetar, aunque en algunas ocasiones bien sabía torearla. Tenía el mismo pelo castaño que ella, y los ojos, aunque también azules, eran más pequeños.

—¿Quién hay en la tienda?—dijo la señá Ramona.

—Está Anselmo—contestó su marido.

—¿Ha venido hoy don Pepe, Julia?—siguió la Calatrava.

—Sí, madre—contestó la chica poniéndose colorada y metiendo las narices en el plato de garbanzos que ante ella tenía.

—No te pongas colorada para contestar, mujer—dijo guiñando los ojos su hermano.

—¿A ti qué te importa?—contestó sin mirarle Julia.

—A él no le importará, pero á mí sí—dijo la Calatrava y añadió—. No me van ya gustando tantas visitas, pues podía mandar á su criada á comprar el pan.

—Mujer, qué cosas tienes—interrumpió el señor Lorenzo—, los dedos se te hacen huéspedes; va á concluir la muchacha por no poder salir á la tienda.

—No es eso, hombre, no es eso; tú eres demasiado bueno y nada ves, pero yo bien veo, y como no se vaya pronto ese hombre ó se arranque por derecho, yo le sabré ahuyentar. Lleva ya dos meses viniendo todos los días; siempre meloso, diciendo á ésta cosas de amoríos, y á mí se me figura que... no sé qué se me figura; además, la chica está cada día más atortolada.

—¿Yo, madre?

—Tú, hija, tú.

—Mira, Ramona, parece buen sujeto, y á mí no me disgusta.

—Pues á mí, no me disgustará el día que hable claro; pero mientras, no me hace maldita la gracia.

—Vosotras, las mujeres, no pensáis más que en el casorio.

—Y vosotros, los hombres, en decir tonterías y fastidiarnos.

—¿Se puede pasar?—dijo desde la puerta una voz bronca de mujer.

—¡Anda, es la Eudosia!

—Y un servidor de ustedes.

—Pasa, Ildefonso.

—Quietecitos y nada de movimientos, ¿eh? Somos ó no somos de confianza—dijo el aludido.

Entró la pareja y se sentaron en el sofá. Ella era buena moza, con su mantón de pelo color gris, su pañuelo de seda á la garganta, morena de color, á la legua se veía el tipo de chula de Madrid. Él era alto, un poco grueso y más viejo que ella. Llevaba pantalón claro abotinado, cazadora color marrón, sombrero hongo de alas un poco planas, camisa de cuello bajo, y entre la camisa y la chaqueta pañuelo obscuro de seda, que más que de abrigo, de adorno le sirviera. Del chaleco pendía plateada y gruesa cadena de reloj, en el dedo meñique de la izquierda, gastaba una sortija de solitario un tanto exagerado, que reflejaba al accionar, y en la mano llevaba constantemente nudoso bastón con puño de cuerno. De reposado hablar, parecía pensar todo antes de decirlo; bigote obscuro, y como marco de la cara su pelo negro, salpicado de algunas canas, peinado hacia adelante. Había sido carnicero y tenía fama de rico.

—¿Queréis tomar algo?—dijo el señor Lorenzo.

—Se agradece y se estima, pero no se admite—contestó ceremoniosamente Ildefonso, añadiendo la Eudosia—. Este y yo hemos

almorzado hoy temprano, pues esta tarde vamos á bajar al merendero del Tortaja, y allí tomaremos algo.

—Vosotros siempre tan animados—interrumpió la Calatrava.

—Qué quiere usted, señá Ramona; la gente joven necesita expansión—contestó Ildefonso, añadiendo: —Bien podían ustedes acompañarnos.

—Gracias, chico; pero allí siempre hay jaleo, y á nosotras nos gusta ir á sitio tranquilo; ya sabéis somos pacíficos—dijo la Calatrava.

—Que venga Julia—insistió la Eudosia—y se divertirá. ¡Animate, mujer!—prosiguió dirigiéndose á la muchacha, que comía sin fijarse en la conversación—. Te encuentro ensimismá y es necesario animación.

—No me pasa nada—dijo la chica—, pero otro día bajaremos todos.

—A voluntaz - contestó Ildefonso, añadiendo: —Ya que no quieren ustedes acompañarnos por esta tarde, les diré el objeto de nuestra ida al merendero del Tortaja (pausa en el narrador). Pensando se avecina San Ildefonso, que es mi santo titular, llamé ayer á la Eudosia y la dije: Ya sabes lo que á mí me gusta celebrar cualquier cosa de familia; pues bien, aunque tú no te acuerdes, porque tienes menos memoria que un picaporte, y dispensa la frase, al final del mes que viene es mi día y quiero que lo celebremos todos, como es mi gusto y mi holgura metálica permite...

—Así fué—dijo la Eudosia.

—Permíteme prosiga... Pensé en ustedes, todos, pues sé el cariño y parentesco que con ésta sostienen y en diez ó doce personas más, también relacionadas con nosotros.

—Se os agradece vuestro recuerdo—contestó la Ramona—, pero á lo mejor no podremos ir.

—Excusas á mí, no; voluntaz al ofrecerles un sitio en la merienda, la hay; de modo que si cumple ó no cumple el encargo, allá ustedes.

—No, hombre, no—dijo el señor Lorenzo—, sino que cuando menos se piensa ocurre cualquier cosa que...; pero, en fin, haremos por ir. Lo que veo es que tomas con mucha anticipación los preparativos.

—A mí me gusta todo bien y para eso se necesita mucho anticipo y tranquilidaz. El Tortaja es antiguo amigo y me tiene dicho que para el buen servicio de cualquier cosa le avise siempre con tiempo y sin premura.

—De modo ¿que irán ustedes, ó no?—interrumpió la Eudosia.

—Mujer, ya veremos—contestó la Calatrava.

—Parece mentira tanta desanimación—prosiguió la chula—. Si viviera la vieja, la tía Antonia, la verdadera Calatrava, esa sí que era animación y por menos de nada armaba fiesta; ustedes no parecen ni conocidos suyos.

—Mi madre era mi madre y tenía sus co-

sas—dijo la Calatrava, poniéndose seria—; hizo mucho bien en su vida, pero hizo también cosas que más le hubieran valido no hacerlas.

—No sé qué cosas hizo—exclamó la Eudosia—, pues aunque yo la conocí ya vieja, madre, que la conoció en sus buenos tiempos, no se cansa de contarme sus donaires y su poderío entre la gente alta, y ¿os parece que todo eso lo consiguió metiéndose en su casa como vosotros? Ya sabéis que no, mejor que yo lo sé. Si viera á su nieta, que la tenéis como un santo de Francia, teniendo más guapura en su cuerpo que una princesa... ¡Vamos, que no tenéis perdón de Dios!

—Cada uno es como es—respondió Lorenzo—, y si á vosotros os gusta la bulla y el jaleo, la tranquilidad y la casa á ésta y á la chica. Cada uno lleva su camino; déjalos, que así se vive á gusto y con su pan se lo coman.

—Bueno, señores—Ildefonso dijo—, nosotros nos retiramos, pues se nos hace tarde. Conste que el convite está en pie y ustedes sabrán lo que hacen.

—Ir con Dios—dijeron todos.

Se levantó la pareja, y seguidos por los de la casa salieron á la tienda. Hasta la puerta les acompañó la señá Ramona y Julia, y ya allí, al alejarse, les dijo ésta:

—Buena tarde os hace. Adiós, y, de todas maneras, muchas gracias.

Antonio empezó á pedir á su madre la ropa

de los domingos, pues tenía prisa por marchar al teatro; la Calatrava se la dió, y al poco tiempo salió el chico, todo empaquetado, echando á correr calle arriba, oyendo, allá á lo lejos, las voces de la madre:

—¡A ver lo que haces! ¡No vengas muy tarde!—y él corriendo siempre hacia su diversión, hacia su teatro, pensando en la entrada prometida por el revendedor Baltasar.



Mientras la Ramona y su hija arreglaban y levantaban la mesa ayudando á la Paca, una criadita joven y fea, que para poco servía, la Calatrava dijo á Julia:

—¿Sientes no haber ido con la Eudosia?

—¿Yo, madre? Al revés, me alegro. ¿Usted cree que me gustan sus cosas y su acompañamiento de chulos aburridos? Nada de eso. A ella la quiero porque es parienta y porque, al fin y al cabo, es buena chica; pero no crea usted que por eso dejo de comprender lo mucho malo que la pobre hace.

—Tienes razón, hija—dijo la Calatrava besándola en la frente.

Todos se vistieron y arreglaron, y á eso de las tres y media cogían el tranvía en la Puerta del Sol, que les dejaba en la cárcel, y allí bajaron para pasear por los altos de la Moncloa.

El señor Lorenzo, muy enchaquetado y metido en su traje, de lana muy gruesa, color obscuro, fumaba su veguero de medio real,

caminando á retaguardia de las mujeres; ellas iban con mantilla y capa, negra la de la madre, gris la de Julia; haciéndoles esa ropa tipos más señoritos, sobre todo á la Calatrava, á la que iba muy bien la mantilla con su cara blanca y fresca aún y sus ojos azules.

Pasearon largo rato, y á la caída de la tarde pensaron en volver.

Julia entonces iba delante y detrás el matrimonio. La muchacha pensaba en don Pepe, y al mirar á su alrededor parecía ver en todo algo de él. Algo de sus ojos en las claridades del cielo, algo de su fuego y pasión en los ramalazos rojos del sol poniente, y todo ello rodeado de los tintes verdes de los árboles y del mataje del camino, y el verde, ella sabía, era esperanza; pero esperanza ¿en qué?.. Todo esto pensaba Julia, la de los ojos negros, mirando alrededor y creyendo ver en todo vestigios de su hombre; la de los labios rojos, que nerviosa fruncía como esperando un beso; la de hermoso cuerpo, que vislumbraba ansioso las caricias de amor, y caminaba, caminaba como un autómata, sin saber por dónde, mientras sus padres la seguían hablando bajo, y el sol desaparecía, tras la Casa de Campo, entre llamaradas de luz roja.







CAPITULO II

Me divertí como no puedes figurarte, Anselmo. Cuando el sinvergüenza de Baltasar me dijo no podía darme la entrada porque había un lleno, me achiqué. Todo encorajinao y acordándome la mar de la familia de ese tío, me quedé parao viendo entrar la gente. Al poco rato oí que me llamaban; era Quirico, un chico del colegio que tiene un hermano de corista en Apolo, pero un corista bueno, ¿sabes? Le dije lo que me pasaba, y él me respondió:

—Anda, ninchi, no te apures. Ven conmigo y hablaremos á mi hermano.

Le seguí, y por un portal de la calle del Barquillo y un pasillo muy largo, nos colemos dentro del escenario. ¡Chico, qué jaleo! No nos querían dejar pasar, si no es que Quirico pregunta por su hermano. Vino éste y Quirico le dijo era amigo suyo; nos entró, por fin, á punto de que iba á empezar la función. Echaban *Los Sobrinos del Capitán* yo no sé qué, una cosa muy grande y con mucho que ver; allí sale la mar de gente. Quirico, como ya conoce muchas funciones, me iba explicando

todo. Entre acto y acto veía mudar las decoraciones y me fijaba en todo el mujerío que hay allí. Algunas feas, pero otras me gustaron á cegar; aquellos sí que eran colores en la cara; una de las principales, que Quirico me dijo cómo se llamaba y no me acuerdo, pasó por mi lao, y echaba un olor tan buenismo, que me atolondró. Por fin, llegó un acto en que sale el mar ó un río muy grande, no sé bien, y yo hice de cocodrilo con Quirico. En el entreacto nos lo propuso su hermano; yo, al principio, no me atrevía, pero Quirico me animó, pues ya lo había hecho. ¡Chico, qué escena! Figúrate que representa una tormenta que asusta, con cáa trueno que enciende el pelo, y talmente que parece verdad. Unos hombres que representan se suben á un árbol, y cuando está más arreciao el tormentón salimos nosotros. Nos metimos en aquellos chismes; no había más que salir despacio, como si se nadara, y abrir la boca del bicho, tirando de unos cordeles, mirando hacia los del árbol. Yo no hacía más que lo que hacía Quirico y creo nos salió bastante bien. Con el polvo que había dentro del lagarto aquél, se me ensució el traje y por eso madre me regañó anoche. ¡Pero vaya una tarde! ¿Eh, qué te parece?

—Muy bien, pero muy atrevido—respondió Anselmo con su inocencia de chiquillo grande.

—Cállate hombre, ¿qué me iba á pasar?

—Pues hacer cualquier zapatiesta y meter el remo con el cocodrilo.

—Anda tonto, pues pa eso ensayemos en el entreacto y al final conocía tan bien el mecanismo del sapo como si fuera de la familia.

—Pues no hagas mucho esas cosas ni te metas en esos trotes, por si te pasa algo y se disgustan en casa.

Este diálogo sostenían en la tahona Antonio y Anselmo, un montañés joven y fuerte, de completa hombría de bien y á quien el señor Lorenzo había traído de la tierra y protegía por ser pariente lejano y no encontrar en la corte persona á su gusto que pudiera desempeñar las funciones encomendadas al muchacho. En la casa vivía, era repartidor, amasador y todo lo que su tío y amo quisiese que fuera. Aunque mucho mayor que Antonio, pues tenía veintitrés años, era tan chiquillo ó más que él, y por esto el hijo del señor Lorenzo le quería, manejaba y hacían tan buenas migas.

Anselmo guardaba, allá dentro, un gran cariño á sus amos y, cosa rara, también agradecimiento á lo que por él hacían, una amistad fraternal para Antonio, y ahondando aún más, un cariño distinto, extraño, que él no se podía explicar, para Julia.

Admiraba la listura y desparpajo del chico, y éste al sentirse admirado... le contaba todas sus hazañas con pelos y señales.

—Bueno, chico—dijo Anselmo terminando la conversación—, me alegro te saliera bien y

quién sabe si es que sirves para eso de comedias.

—¡Ojalá!—respondió el aludido.

Como era la hora del Colegio, se fué Antonio, quedando solo en la tienda Anselmo, esperando saliera el señor Lorenzo, pues él tenía que ir á llevar el pan de la mañana á la parroquia.

*
* *

—Buenos días.

—Téngalos usted muy buenos, don Pepe—respondió Anselmo á la salutación de aquel hombre que, sin saber por qué, le era antipático y añadió—¿Cómo tan temprano por aquí?

—Vine porque quiero hablar con tu amo; llámale.

—¡Señor Lorenzo!... Aquí le buscan.

—¿Está ocupado?

—Estaba por ahí dentro, pero ahora saldrá.

Al poco rato salió el amo con el mandilón recogido y el traje de faena.

—Usted por aquí, don Pepe; ¿cómo va?

—Bien, señor Lorenzo. Usted como siempre, trabajando.

—Sí, señor; hay que vivir.

—Pues yo venía á tener una conversación con usted, cosa que es ya debida.

—Lo que usted quiera... Anselmo, ¿no sales á repartir?

—Ya voy—dijo el muchacho, y metiéndose

dentro salió al instante con su saco lleno de pan y después de un «Queden ustedes con Dios» se fué, sintiendo malestar al ver á aquel hombre hablando con el padre de Julia.

Don Pepe sacó un petacón de cuero y ofreciendo tabaco y papel, se pusieron los dos á liar un cigarrillo sin hablar palabra como pensando, el uno lo que iba á decir y el otro lo que iba á contestar. Por fin don Pepe comenzó la intrincada conferencia.

—Señor Lorenzo, claridad y franqueza me han gustado siempre y por ello es menester conozca usted de una manera terminante mis proyectos—el panadero, de codos sobre el mostrador, escuchaba sin pestañear—; Julia, ya sabe usted, me gusta, y yo creo no serle indiferente. Al acercarme á ella, lo he hecho por puro cariño, y antes de seguir alante quiero contar en un todo con usted. Mi trabajo, como maestro de obras, me da bastante para mantenerla y. . después de esto... usted dirá.

El señor Lorenzo, con su seriedad de siempre, aumentada por las circunstancias, guardó aún silencio, y por fin contestó despacio; como pensando sus palabras, sin mirar á don Pepe, fijos sus ojos en la calle como interrogando el porvenir que tan feliz lo deseara para su hija.

—Todo eso que usted ha dicho está muy bien; yo poco he de añadir. Asuntos son estos que á la muchacha y á usted cumplen. Sólo una cosa voy á decirle, y es que en esta casa

hay mucha honradez, que quiero guardar, por ser nuestra mayor riqueza.

—Señor Lorenzo; ya lo sé.

—Conforme; pero es al decir que no quiero locuras de gente joven, aunque usted me parece persona sentada y creo es lo que á mi hija conviene. Esta, ya lo habrá usted visto, es muy buena y siempre alegre; tiene un corazón como el mismo oro, y de sentir sería no congeniaran. Por mí ya puede usted venir por acá á ver á la muchacha y á acompañarla cuando salga; pero, repito, quiero mucha formalidad, por nosotros y por las gentes, pues todos estos barrios no tienen que decir ni esto, de los dueños de la tahona «La Calatrava».

—Señor Lorenzo; está usted muy en razón y ya verá cómo nos portamos y le hacemos caso. Yo no soy un chiquillo y á mi edad, se ve todo más en serio. Julia me ha llegado muy hondo, y ni ella está para perder su tiempo, ni yo para hacérselo perder.

—Pues nada, por mí, lo dicho dicho, y bien venido sea á esta casa si con usted viene la felicidad.

—Así lo espero—contestó don Pepe, tirando á la calle la punta del cigarrillo—. ¿Y Julia, está por ahí?

—No; ha salido con su madre y hasta luego no vendrá.

Véngase á la tarde, ó cuando usted guste, y verá á la muchacha.

—Entonces, hasta luego, señor Lorenzo.

—Adiós, don Pepe, y ya sabe usted dónde nos tiene—dijo el tahonero ya en la puerta.

—Muchas gracias. A mí, por si algo ocurriera, me tienen ustedes en casa de un tío mío. Salitre, veinte—contestó don Pepe, y embozándose en la capa, salió á la calle.

*
* *

De mantón entraron en la tienda las Calatravas, madre é hija, y el señor Lorenzo sonriendo les dijo:

—Hay novedades.

—¿De qué?

—De familia.

—¿Algo de la Eudosia?

—Deja á la Eudosia, que bastante tiene con su chulapería.

—¿Pues de qué entonces?

—De la chica y don Pepe.

—¿De mí?

—Sí, de ti.

—Cuenta hombre, cuenta.

—Pues vino el hombre, hará cosa de dos horas, y habló claro. Dijo todo lo que del caso es, y pidió permiso para tener relaciones con la chica.

—¿Lo ve usted, madre?

—Así debía ser. ¿Y tú qué contestaste?

—Pues yo, lo que creí mi deber contestar: Que si eran honradas sus miras, no había inconveniente, y que si la muchacha quería...

—¡No he de querer!

—Deja á tu padre.

—... Nosotros, qué íbamos á decir.

—Es natural.

—De modo que ya hay novio en casa.

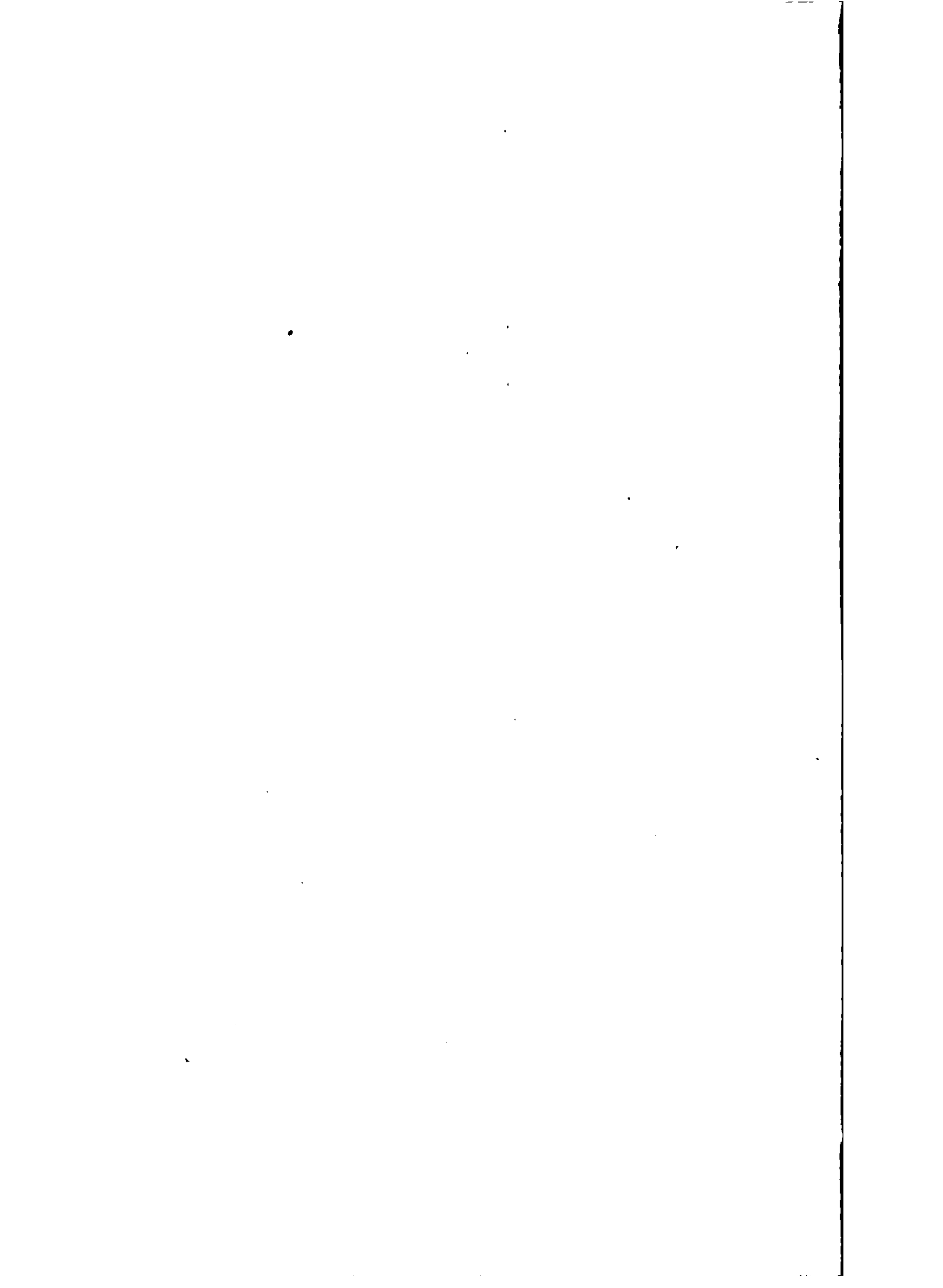
—Sí, sí; ya tengo novio.

—Ya tienes novio, hija mía—exclamó la Calatrava—y que sea para bien.

—¿Por qué no, madre?









CAPITULO III

AHORA echo triunfos, porque debo echarlos.

—¡Ay! Asfaltao; que conoces el tute de vista y te voy á perjudicar.

—De vista; pues no hace poco que me lo han presentao... ¿Ves?... te fallé el as... ¡Ceporro!

—Mira, falla lo que quieras; pero encima de fallar, no dirijas epitetos.

—Ha sido broma, tonto; anda, saca la sota.

—¡Tú! Asfaltao, que te vas á las Vistillas.

—Yo no nesecito verte el naipe; lo adivino.

—¡Vaya un cerebro!

—Regular.

Este palique lo sostenían el Asfaltao y el Persianas, dos golfos ilustrados, que lo mismo hacían el amor por lo fino ó por lo prosaico, tocaban el organillo, afanaban algo en época de penuria ó se jugaban al tute una grande de cerveza en el establecimiento de bebidas del señor Angel, situado en la Plaza de la Cebada, cosa que ocurría en el momento presente.

El Asfaltao, de más edad que el Persianas

era un tipo enclenque y morenucho, con más listeza en los ojos que vergüenza en el alma; que tenía ahorrados, no se sabe cómo, unos cuartejos, y con ellos alquilaba organillos y sacaba bastante jornal. Cuando prohibieron los manubrios, por demasiada pulsación, según el Asfalaltao, le partieron, pero intimó en el conocimiento de la Eudosia, y desde entonces vistió bien, comió bien y no le faltaban nunca un par de pesetas en el bolsillo.

El Persianas era un muchacho de diez y ocho años, rubio y fuerte, que había sido socio del otro en la cuestión de los pianos, y que ahora vivía, gracias á su mamá que prestaba, entre otras cosas, á real por duro en el mercado de la Plaza de la Cebada. Admiraba al Asfaltao, y su mayor goce era jugar con él al tute y tirarle de la lengua para que le contara chismes y le enseñase á vivir.

—Me he salido por diez, Persianas; con que afloja el metal y venga la cerveza estipulada.

—Mala pata tengo; pero ya sabes mi seriedaz en las contrataciones; conque, Pizquitas, tráete una grande de cerveza fuerte.

—Voy, Persianas—contestó el chico de la taberna, un galopín diminuto que parecía una sabandija, corriendo de un lado para otro, con su mandil de rayas verdes.

—La verdaz que tienes suerte, gachó—prosiguió el Persianas, al mismo tiempo que echaba la cerveza en los vasos. Tú capitalista,

como quien dice, y yo hijo de familia, y siempre te toca ganar. Pa mí que has nacido de pie.

—Pudiera; pero es cosa que nunca se me ocurrió preguntar á mi madre.

Concluyó el Asfaltao su cerveza y, encendiendo un cigarrillo, se retrepó en la silla contra la pared, y mirando el humo del tabaco comenzó á tararear un tango.

> Yo no sé de dónde sacas
> tantos brillantes que vas luciendo...

—Y yo tampoco sé de dónde sacas un pito y no eres páa ofrecerme otro—le interrumpió el Persianas.

—¿Pues no te habías quitao del vicio?

—Del vicio de comprar, puede; pero del otro, aún no lo he reflexionao bien.

—Toma, hijo; toma y que Dios te conserve el desahogo.

—Buenas, Asfaltao.

—Hola, Ildefonso.

—Hombre, ya podías tener puntualidaz y acordarte de la comida de esta tarde, y no estar ahí como un pimpí, mano sobre mano.

—¡Por vida de...! y que se me había pasao. ¿A qué hora vamos?

—Pues á las doce, y son las diez y media.

—Bueno, voy á adecentarme y á las doce estoy en la Bombilla.

—En el merendero de los Cipreses: ¿te acordarás?

—Pues no que no.

—Es que te estoy notando flaco de memoria y voy á tener que comprarte un pizarrín.

—Oye, Ildefonso; tú ya conoces al Persianas.

—Sí.

—Pues podíamos llevarlo para que diera al manubrio.

—No hay inconveniente.

—Gracias, don Ilfonso—dijo el muchacho.

—Hala, guaja; quítale el Don y acompáñame, que voy á vestirme y aluego bajaremos allá abajo.

—Que no faltéis, que no faltéis, que ya sabes el carázter de la Eudosia.

—Vamos, hombre... ¿Te quiés callar?

Salieron el Asfaltao y Persianas á la plaza y, metiéndose en la calle de la Ruda, subieron á un sotabanco del núm. 20. Allí vivía el Asfaltao con una tía suya, portera de la casa.

Entraron en una como salita, donde estaba la alcoba del chulo con sus cortinas de percal colorado, con flores blancas, y al fondo la cama con colcha de la misma tela.

De un baúl que había en la sala, comenzó á sacar el mozo su traje de día de fiesta, al mismo tiempo que el Persianas miraba unos retratos que había colgados de la pared.

—¿Oye, quién es este de tropa?

—Pues yo, cuando estuve en el servicio.

—¡Anda leñe, qué garbo!... Aquí sí que está la Eudosia guapa; ¿te regaló ella el retrato?

—Y cuatro más que tengo aquí en el cofre. Tóos dedicaos... mira.

—¡Arrea, con mantón de Manila! Pero no veo la dedicatoria.

—¿Y esta cruz, peazo de torpe?

—¡Ah! no sabía...

—Pues claro; como no sabe escribir, y no por falta de listura, sino por dejadez, hace una cruz, y cuanto más gruesa más expresiva, y mira que ésta es robusta.

—La verdad es que te aprecia; la tiés atortolá.

—Sí; no puedo quejarme. Pues al baile y al manubrio se lo debo tóo.

—Sí, ¿eh?

—Sí. Oye tú, cierra el mirador, que estoy en camiseta.

El Persianas tiró de una cuerda cerrando el ventanuco que había en el techo.

—Cuando yo la conocí—siguió el Asfaltao, al mismo tiempo que se vestía y medio se lavaba—, tenía ya relaciones con Ildefonso que, como ha sido carnicero, es rico y le sufraga los gastos; también conocía y trataba á Lolo el del Canalillo, pero con éste no tenía tanta intimidaz; pues bien, tuve la suerte de pararme con el piano frente á su casa, y como ya sabes mi especialidaz en chotises y polcas, pues, que se fijó en mi ejecución. Hablemos dos ó tres veces, y un día bajemos á las Ventas; allí, chico, la acabé de enamorar; bailemos hasta el desquicie, y como ya conoces

el trato que uso con las señoras y el movimiento que me traigo, pues sé amoldarme al físico de mi pareja, tóo eso la agradó. Estuvimos allí toda la tarde, me convidó á comer y demás gastos, y por la noche la acompañé á su casa. «Que suba usted á descansar.» «Que se agradece, prenda». «Que no lo digo por cumplimiento, sino por voluntaz». Total de cuentas, que echemos escaleras arriba. Se me hizo una miaja tarde, y como vivía lejos, me quedé allí. A la mañana siguiente me vió la madre de la Eudosia compartiendo la mar de cosas con su hija, lo cual que creo la extrañó, pero ya se ha acostumbrao la vieja al visiteo.

—¿Y Ilifonso?

—Bueno, gracias. Como sabes es un hombre de práztica en la vida, al principio tuvo unas palabras opresivas para mí con la chica, pero como le he sido simpático y sabe lo que le agrada á la Eudosia mi ejecución, y él es tolerante y comprende tóo, ha acabao por callar y mirarme como de la familia.

—¡Gachó qué suerte!, y la verdad que como guapo, si se dice, no eres, pues esos costurones del cuello...

—Anda, hasta gracia inclusive me hacen y dan origen al mote, que es bien bonito. A más pollo, y sácate una copia; los hombres se distinguen, se diznifican y se hacen apreciar por sus obras. Que le vayan á la Eudosia con el cuento de mis errores físicos cuando esta-

mos bailando un agarrao de triple locomoción, y contestará, si es que puede: «Limones de la China», pues mientras halla labia, movimiento rotativo y lucidez de carázter, ni la familia real... bien pués decirlo.

—Yo sí que tengo mala pata pa tóo y pa el mujerío. ¿Te acuerdas de la Rita, la chalequera aquella?

—Sí; ¿qué le ha pasao?

—Que después de ponerse más moños que una condesa, ha hecho gastar á mi madre en mí, más en botica que si hubiéramos tenío tóos el moquillo, y gracias que mi madre tié práztica en esas cosas, que si no, un dineral.

—Pues aprende de mí y abre bien el ojo. Si yo tuviera tu fisonomía y tu juventuz, unido á mi práztica... ¡Camará! abolido el matrimonio en España por falta de hembras, pues estarían hipotecás por mangue.

—Si no te molesta, voy yo también á adecentarme un poco.

—Sí, hombre; sal ahí al corredor y junto al número nueve está la fuente; tiras ese agua, la traes limpia y te lavas.

—No, si no necesito; es sólo pa peinarme.

Se quitó la chaqueta y, mojándose las manos, se atusó hacia delante los tufos, motivo de su alias. Se cepilló y concluyó su aseo.

—Bueno, vámonos; compramos dos quinces en el estanco, cogemos el tranvía hasta la Puerta del Sol, desde allí el otro pa la Bom-

billa y á divertirnos, chico, que pa eso se puede.

—Pasa, afortunao, y que me tienes que amaestrar.

—Tú fíjate en mí y toma apuntes.

—Sí que los tomaré.

—Cierra la puerta, que daremos la llave á la tía Calista.



—¡Que hable Ildefonso! ¡Que diga algo!

—¡Eso es! ¡Eso es!—gritaron todos.

El antiguo carnicero, en una de las cabeceras de la mesa, veía con gusto las aclamaciones de sus amigos, pero se hacía rogar.

Todos estaban contentos y charloteaban á la par. El Valdepeñas reinaba por doquier, pero de una manera expansiva y alegre. La comida había dado fin y la sobremesa comenzaba. Algunos hombres tomaban café sobre los manteles sucios y revueltos, mientras las mujeres, animadas por el vino y la comida, hablaban por los codos, y las jovenzuelas estaban deseando tocaran el pianillo para bailar. Allá arriba, un sol claro de invierno alumbraba el paisaje; abajo, el raquítico Manzanares y á su orilla unos cuantos árboles desnudos y entecos.

La Eudosia, al lado del señor de los días, tomaba una copita de licor con la seriedad de una reina consorte; frente estaba su madre, una vieja bajita y gorda, que reía sin cesar y

hablaba mucho, teniendo á su lado al señor Juan, un pollo de su tiempo, del cual decían malas lenguas, si hubo ó no hubo algo entre ellos; de cierto nada se sabía; pero como eran solteros, libres eran de haber hecho y aun de hacer lo que quisieran.

El Asfaltao, con su protegido el Persianas, bromeaba en un grupo de jovenzuelas.

En una esquina de la mesa se habían reunido los hombres serios y, ¡cómo no! hablaban de política. Lolo, el del Canalillo, llamado así por un ventorro que cerca del Canal había tenido, llevaba la voz cantante y explanaba sus ideas, arreglándolo todo con degollinas de frailes y cabezas de obispos.

—¡Que hable Ildefonso! ¡Que hable Ildefonso!—volvieron á repetir—. El, entonces, casi se ablandó.

—Hombre, di algo, que la reunión lo pide, le dijo por lo bajo la Eudosia,

—¡Señores, voy á hablar!—exclamó por fin el ex carnicero, poniéndose en pie.

—¡Silencio! Silencio! - gritaron por toda la mesa.

—Ya sabéis ustedes, que una de mis más íntimas satisfaciones, es poder reunir, en días como hoy, á mis amigos de ambos sexos, comer al aire libre y decir cuatro burradas, si se tercia; todo con confianza y amplituz.

—Muy bien dicho—interrumpió uno.

—Gracias, Manolo. Pues bien, antes de levantar esos manteles, ó cosa así, y comenzar

el baile, quiero expresaros á ustedes el agradecimiento que me provoca las manifestaciones de simpatía que hacia mí tenéis. Tanto yo como mi esposa, aquí presente, os damos gracias, repito, por vuestro cariño y amistaz, y brindamos porque esa amistaz no se interrumpa y para que con saluz nos reunamos de hoy en doce meses. Ahora un ruego pa terminar. El manubrio nos espera y el baile va á dar principio; ruego á los caballeros no molesten á las señoras con su asiduidaz ni las hostiguen; ellas bailarán con quien las entre en gana y no hay que torcer su inclinación. Ruego á más, que se fijen, que el que va á tocar el piano es de la reunión y que lo hace por voluntaz; así, que pido á las señoras no le pidan muchas piezas sin darle el descanso debido, pues sería abusar, y aquí venimos todos á divertirnos en común consorcio. No digo más por no impacientaros y porque la gente joven mira más al manubrio que á mí. Así que no olvidar los dos recaditos y á divertirnos todos como Dios manda. He dicho, señores.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

El Persianas comenzó á tocar en el organillo una especie de marcha militar que todas las parejas marcaron á tiempo de habanera.

La Eudosia comenzó bailando con Ildefonso y luego alternaron Asfaltao y Lolo.

Asfaltao era un verdadero punto de baile,

así que la Eudosia prefería siempre tenerlo por pareja.

—¡Qué bien baila el Asfaltao!, Eudosia—le dijo una amiga.

—Ya lo creo, mujer; él será un chulo sinvergüenza, pero á hacer filigranas y locuras con el cuerpo, no le gana nadie. Ildefonso también baila bien, ¿sabes?, pero se trae un estilo más reposao. Lolo, ni fu ni fa, lo hace para salir del paso; á ese hay que apreciarle por su istrución, y en costión de números es una notabilidaz. Ya ves, á mi madre le lleva todas las cuentas del puesto de la plaza.

Sentados aún junto á la mesa están la señá Jacinta, madre de la Eudosia, y el señor Juan; observan á los que bailan y recuerdan sus buenos tiempos.

—Mira, Jacinta, cómo la Celedonia se arrima á su novio.

—¡Qué chiquilla!

—Calla, mujer, que cuando tú eras potable, bien nos arrimábamos; el baile siempre desarrolla confianza y amistaz.

—Tienes razón, Juan, y lo triste es, que la juventuz pasa.

—Ya lo creo, y la amistaz y el calor y tóo. Ya ves, antes, lo mismo era oir música y ya nos estábamos apretando; ahora, por pianillo que oiga, es lo mismo que si me hablaran de mi abuela, que no sé quién fué.

—Pues debes tener caridaz, y aunque tú

seas un vejestorio, dejar á los chicos sus diversiones.

—Toma, ya lo hago.

—Mira mi hija qué bien baila.

—¿Sabes que la Eudosia se trae unas caderas que Dios tirita? Tampoco tú cuando joven estabas desarmá.

—Pero, hombre, vaya un peneque. ¿Mira que fijarte en esas cosas? ¡So viejo!

—Hija, los ojos son jóvenes, y á más, deja que me recree con esas sombras imaginativas.

—Bien cortejá está, pero mi chica se lo merece.

—¿Oye, y la Calatrava, cómo no ha bajao con su hija y el marido?

Cosas de ella. La Eudosia é Ilifonso, como bien educados, fueron á invitarlas; pero yo bien les previne el resultao. Se excusaron, y efectivamente, no han parecido. Tendrán miedo de tratarse con nosotros. Pues somos su única familia y, aunque no quieran, llevamos su sangre. Yo no sé qué importancia se dan porque tienen unos duros guardaos y venden cuatro libretas.

—El no habrá querido venir.

¿El? Si allí no pinta ná; ella es la que manda. Parece mentira sea hija de la Antonia; aquella sí que era campechana y buena y tenía por qué estar ensoberbecía.

—Ya me acuerdo; ¡vaya una mujer!

—Es verdad, que á ti te gustó; pero te limpiaste.

—¡Ay, Jacinta! ¡Me he tenido que limpiar de tanto en este mundo!

—Pues yo creo que el no venir es pa que no se contamine la niña. La chica es guapa, pero si la guardan tanto, se va á apolillar. Ahora tiene novio y creo que formal; ya pueden guardarla, pues si la chica se encabrita un día y dice á tóo que sí, se le van á errumbar á la madre tóos sus castillos.

—Pobre muchacha; es muy simpática y decente.

—Toma, toas lo semos.

—Algunas con advertencias.

—¿Por quién lo dices?

—Por nadie.

—No; es que ya sabes mis principios, que he sabido inculcar en la Eudosia.

—Y que no te ha copiado poco bien.

—Como que es la mar de lista.

Atardecía, el frío comenzaba á sentirse y fué necesario terminar la reunión y volver á Madrid.

La gente moza dejó con pena su baile y todos marcharon en busca del tranvía.

Cada muchacho iba con su pareja, y el Persianas caminaba al lado de una rubilla, regordeta y alegre con quien había bailado cuando le relevaban de tocar, y á la que no sé qué decía, pero sabroso debiera ser por las carcajadas y retozos de la muchacha.

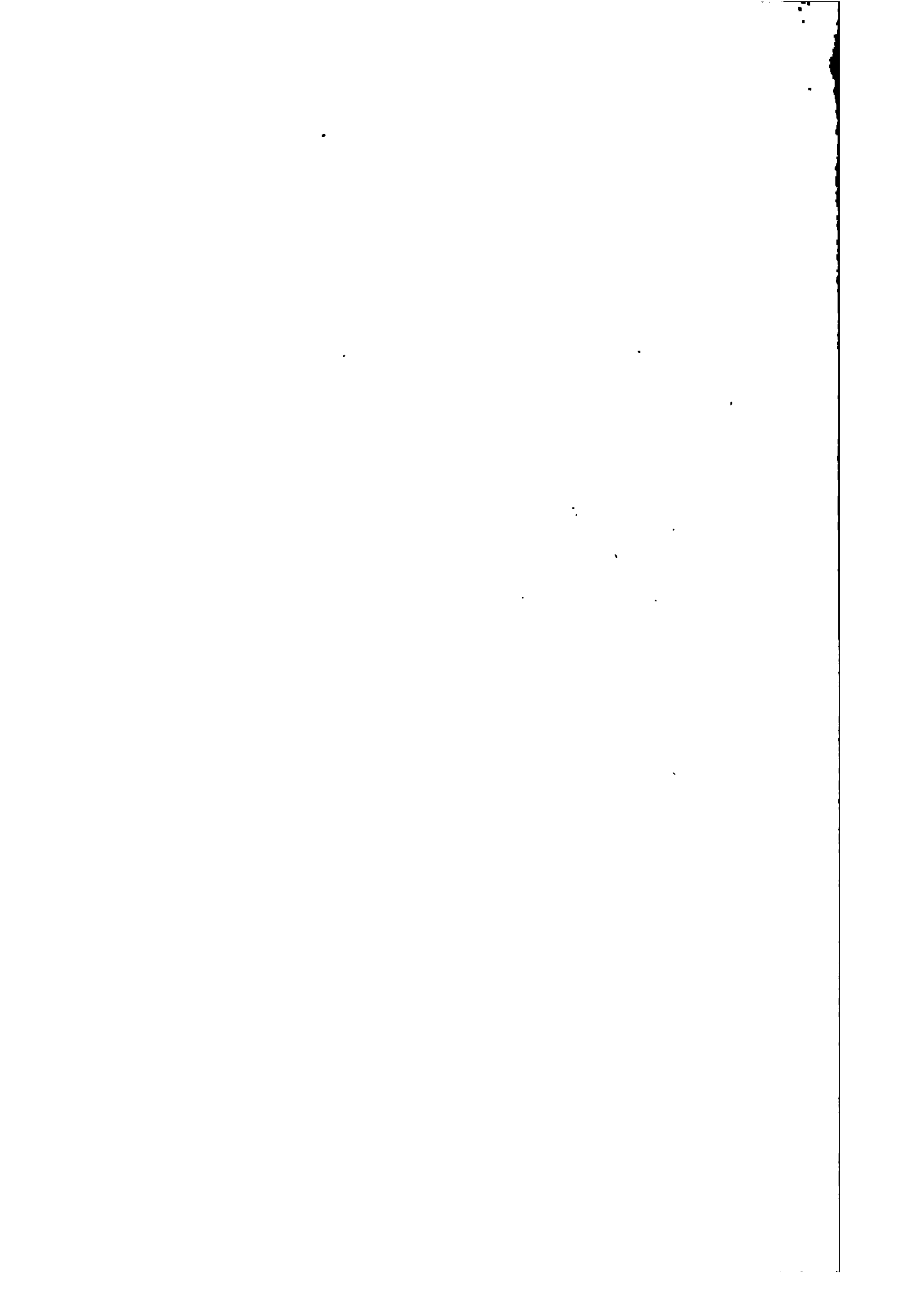
Alejáronse con su bullanga, hacia la estación del tranvía, dejando tras de ellos los me-

senderos silenciosos y apagados, mientras la noche iba ennegreciéndolo todo y de la superficie del río se elevaba gris neblina de malsana humedad.

De pronto se oyó un resoplido acompañado de fuerte trepidar, y por el puente del camino de hierro pasó como una ráfaga un tren. Por las ventanillas de los coches se veía el reverberar de las lucecillas; por la chimenea de la máquina salían borbotones de humo negro; el ruido parecía ensordecer, pero, al fin, pasó, volviendo el pasaje á su calma y perdiéndose allá lejos el silbido de la máquina, como el recuerdo de una pasión que al parecer quiere avasallarlo todo y que al fin pasa... pasa dejando tras de sí una nubecilla de humo... una nada.









CAPITULO IV

Es una tontería lo que dices, Julia. Desengáñate que mi cariño es tan grande, que le molestan testigos. ¿Qué necesidad tiene de enterarse la gente de todas nuestras cosas? Tres meses llevamos de noviajo y aún no he conseguido hablarte á mi gusto. Cuando no está tu madre, está tu padre, ó tu hermano, ó si no tus amiguitas, las Chicharras, que son más pesadas y entremetidas que el hipo.

—¡Pobrecillas! No sabes tú lo buenas que son y lo que me quieren.

—Sí; te querrán mucho, pero á mí me cargan. No hacen más que preguntar cosas que no las importan y poner á todo reparos. ¡Más valiera que cosieran sus chalecos y atendieran al oficio!

—Basta, hombre, y no gruñas ya más, pues lo que es ahora bien puedes hablar, que estamos solos en la tienda.

—Solos, ¿eh? ¿Y tu madre, que está en el cuarto de al lado, crees que no mira de vez en cuando por la puerta?

—Pero hijo, ¿qué tiene eso de particular? Ni que me quisieras ver en un desierto.

—Eso, en un desierto te quisiera ver; muy lejos de todo, para decirte con el alma entera lo que te quiero y para...

—¿Qué hacéis aquí tan solos?

—Hola, Antonio.

—Buenas noches, don Pepe.

—Chiquillo, ¿cómo vienes tan temprano á casa?

—Me he cansao de correr con los chicos y me voy á la cama.

—Sí, haces bien; aún se siente fresco por las noches; entra, que ahí está madre.

—¿Ves, Julia, qué solos estamos?

—Pero... ¿qué quieres de mí, Pepe?

—Quererte aún más si fuera posible y expresártelo con mis ansias y... ¿qué sé yo? Mil cosas que ni encuentro palabras para decírtelas.

Dieron las once de la noche en un reloj de la vecindad.

En la trastienda se oían los ronquidos del señor Lorenzo; en la habitación, que servía de comedor y sala, discutían la Ramona y su hijo, por si se juntaba éste con golfos que le picardeaban. En la tienda y al lado de la puerta que tenían abierta, estaban los novios; ella, en silla baja retrepada contra la pared, escuchaba con los ojos bajos el murmulleo de don Pepe; él cogíale la mano, tratando de convencerla de no sé qué y acercaba su silla tocando casi con sus labios la cara de la muchacha.

—Vaya, vaya, que son las once y hay que cerrar.

—Es verdad señora Ramona; así, que yo me voy. Que descansen ustedes y hasta mañana.

—Hasta mañana, don Pepe.

De pie en el umbral de la puerta, se despidieron los novios, mientras la madre recogía las sillas y apagaba la luz, llamando á Anselmo para que cerrara.

—¿Querrás?—dijo el novio.

—Lo pensaré—respondió la muchacha.

—Si no lo haces, es que no me quieres.

—Yo te quiero siempre.

—Ya lo veré.

—Ya lo verás—. Y fija en el dintel de su puerta, se quedó viéndole alejarse y escuchando el chirriar de sus botas en la acera de la calle.

—Que voy á cerrar, Julia, y no lo contemples tanto, que te vas á alelar.

—Cierra, Anselmo, cierra y calla, que cuando tú quieras á alguna, verás si la miras.

Julia entró y el mozo cerró la puerta, mascullando algo en contra del favorecido don Pepe, y repitiendo... —¡Cuando yo quiera... cuando yo quiera!...

Aquella nóche tardó Julia mucho en dormir. Daba vueltas en la cama y pensaba sin sin cesar, en lo que deseaba don Pepe... Irse con ella una tarde de campo... ¿Pero qué disculpa pondría en su casa? y... después de

todo, nada tenía de particular... ¿No iba á ser su marido?... ¿Pues entonces?

Pensó, pensó mucho tiempo, hasta que al fin el sueño cargó sus párpados y se quedó dormida, creyendo aún oir el hablar bajito de su Pepe y sintiendo en su mano el calor de la mano de él.



Pasaron días, y por fin venció con su palabreo el feliz don Pepe.

Julia inventó el engaño para los suyos, y después del pretexto de ir á pasar el día con la tía Juana, parienta de su abuela, viejecita cariñosa á quien iba á acompañar de vez en cuando, salió de su casa.

A las diez y pico de aquella mañana clara del mes de Marzo, corría Julia en busca de su novio.

La cita era en la calle de Atocha, por delante de San Carlos, y allí acudió con su andar gallardo y cimbreante, recubriendo su cuerpo, obscuro pañolón. Tranquila por los de su casa que fácilmente creyeron su invento, pensaba sólo en las horas que iba á pasar al lado de don Pepe, sola, tan sola como él lo deseara, y sentía en su interior una fatiguilla, como si presintiera hacía algo que no debía, pero... después de todo... ¡qué tontuna! Almorzar con él en cualquier merendero, charlar á sus anchas y luego á casa otra vez, y á tan poca costa dejaba á él contento y á ella

tampoco sabía mal la novedad de aquella escapatoria

—¡Vivan los cuerpos llenitos y los andares graciosos!—dijo un estudiante cuadrándose ante ella al desembocar en la plaza de Antón Martín—. Julia salió de la acera para evitar al tenorio estudiantil y se alejó oyendo aún al muchacho lo que haría y lo que dejaría de hacer si ella le hiciese un poquitín de caso.

Llegó á San Carlos; allí estaba esperando ya don Pepe. No llevaba capa aquel día, pues hacía casi calor, y con su traje de paño ceniza y abotonada chaqueta, le pareció arrogante. El sonrió al distinguirla y adelantóse á su encuentro.

—¿Ves como todo se ha arreglado, morucha?

—Sí, pero he tenido que mentir en casa y eso no me hace gracia.

—Bah; ¡qué tontería! Ya verás lo bien que lo pasamos, y cómo nadie sabrá nada. Hasta vamos á poder repetir nuestras escapatorias.

—¡Anda!, no hemos empezado todavía, y ya hablas de repetir. Bueno, ¿dónde me llevas?

—Pues mira, he pensado... Pero vamos á tomar aquel simón, y en el coche hablaremos, y no se nos hará tarde.

—Simón y todo, ¿eh?

—Mucho más se merece mi reina. Sube... Cochero, arrea para las Ventas; ya te avisaré el merendero.

Cerró la portezuela de la berlina, y sentóse junto á Julia. La muchacha se impresionó un poco al sentirse tan cerca de su novio, en el estrecho espacio del coche alquilón.

El, metiendo su mano por debajo del mantón de ella, la entrelazó el brazo, estrechándolo contra sí, y siguiendo la conversación interrumpida.

—Bueno, te contaré mi plan. Conozco en las Ventas una mujer, que tiene un merendero, y que cocina de primera. Es andaluza, medio gitana, y hace unos guisos que se chupa uno los dedos. En cuanto me diste palabra de venir hoy conmigo, me fuí á verla, y le he encargado nos haga una paella, que es su especialidad, y calamares fritos, y lo que á ella se le ocurra, pues un día es un día, y hoy quiero echar la casa por la ventana, pues estoy muy contento y...

—¡Qué loco, qué loco! Estate tranquilo, que hasta el cochero te va á oir.

—Que oiga. Sí; quisiera empezar á gritos, y chillando, decir á todo el mundo: Señores, véanme y envídienme. Esta madrileña castiza, con los ojos más negros que la pena y los labios más rojos que una herida muy honda, se viene con el hijo de mi madre, por que sí, por cariño y por una querencia muy grande.

—Calla, calla, no digas disparates.

—Verás, verás, qué bien. Te has de reir con la tía Pucheros. Cocina muy bien. Es un

merendero separado, y muy á propósito para estar más independientes.

Siguieron su camino por el último tercio de la calle de Alcalá, que más que calle, parece por allí carretera polvorienta y sucia, y y entre traqueteos de la berlina alquilona y el charloteo alegre de don Pepe, llegaron al merendero.

A la puerta del casucho, repintado por fuera y con el rótulo «La Andaluza. Merendero de la moda», se asomó una mujer, gorda y muy morena, con la cara picoteada de viruelas, que de una manera muy amable, recibió á los tórtolos.

—Bueno día, don Jozé y la compaña. Arriba, en la zala, le he preparao la meza. La paella, en cuanto oztées quieran. Zuban por aquí. Zuba, güena moza, que tié ozté la cara má hermoza que la Virgen de mi pueblo.

—¡Ah! ¿Pero en tu pueblo hay virgen?—interrumpió don Pepe.

—¡Jezú y qué coza tié ozté, don Jozé de mi arma! El enamoramiento le ha paralizao er zentío. ¡Tú, Luca—gritó la mujer, volviéndose hacia el interior del merendero—. Ven á atendé á lo zeñore y cuidiao con er zervicio.

Apareció el tal Lucas, mezcla de camarero y de mozo de taberna, y siguió por la escalera á los novios.

La sala, tenía un balcón que daba á una especie de plazoleta formada por otro merendero, al frente, y separados por la carretera,

hoteles raquíticos, con jardines polvorientos y secos y cuatro árboles tristones.

El ajuar que adornaba la sala era sencillo y regular de sucio.

Las paredes encaladas de blanco y con sus correspondientes letreros de amantes allí reunidos, recuerdos de comilonas consumadas y otros, interesantes sólo para aquellos que los estamparon.

No faltaban tampoco sus dibujillos alegóricos y un tanto realistas.

Completaba el ornato de las paredes unos grabados descoloridos, encuadrados en marcos color oro moteado de moscas, representando los amores de un rey moro con una cautiva cristiana. Sillas de paja, la mesa cuadrada con su mantel grueso bastante blanco, cubiertos para dos, y allá en el fondo un sofá viejísimo y grande, forrado de percalina con rosetones encarnados y fondo gris, salpicado de manchas de colores indefinidos.

Comenzaron la comida; él con hablar nervioso, callada ella.

—¿Qué te pasa? Parece que á mi lado estás mal á gusto.

—Ya sabes que no, Pepe. No sé; estoy desganada. Echame un poco más de vino.

—Bebe, bebe; que eso te animará. Pero qué... ¿me tienes miedo?

La cogió por el cuello y la besó.

A los postres se presentó la tía Pucheros.

—¿Qué tal le ha parecido mi cocina?

—Muy bien, mujer, todo muy bueno—respondió don Pepe.

—Y la hermozízima, ¿ha comío bien?

—Sí, señora, me ha gustado todo.

—Mare é Dio y que colore tié ozté en la mejilla, eztá ozté pa en llegando. Anda y ezo ojazo... ¡Ay don Jozé é mi vía, tié ozté má zuerte que un azminitraor de caza rica... Apañá tié ozté á la niña que no ve má que por zu ojo, y le muetra má queré que á un cachito é zu cuerpo.

—Bueno, bueno, mujer; no nos vengas aquí á echar la buena ventura. Di que nos traigan el café.

—Azeguía; zí, zeñor. Zólo venía á pedile dipenza por la farta que zin queré haya cometío. Pero veo que zuz zentimiento zon tan cabale que tóo lo han encontrao bien.

—Sí, ya lo sabes; todo muy bien.

—Pué ni zé cómo cocino, don Jozé; dende que ze murió mi Roque, no tengo zentío ni fijeza pa ná.

—Sí, ya lo recuerdo—respondió, impaciente, don Pepe—¿estuvisteis mucho tiempo casados?

—Pu mie ozté etuvimo azina, doce años juzto—siguió la tía Pucheros - ziete en Motril y cinco acá. Montamo ezte etablecimiento con uno ahorrillo y marchamo bien, y ezo que tóo etá mú malo; pero mi hombre zacaba dinero de debajo é la piedra y era má habilidozo que perro é titiritero. En fin, que no

quiero abuzar, ni aburrir á ozté con mi querella y me voy á preparar el café pa que oztée lo tomen.

—¡Jesús, qué mujer más charlatana!—exclamó Julia así que se marchó la tía Pucheros.

—Vamos, que á ti bien te ha floreado, no puedes quejarte.

Tomaron el agua de castañas, que con el nombre de café les envió la gitana, y el mozo se retiró discretamente, cerrando tras sí la puerta.

A lo lejos se oía el fuerte tintineo de un piano de manubrio, á cuyo son, bailarían quizás en algún merendero vecino.

Don Pepe empezó á estar más expresivo, besaba á Julia, y con sus manos acariciaba las morbideces que tanto deseaban contemplar sus ojos.

La muchacha se resistió y refunfuñó débilmente; estaba un poco mareada, y de sus ojos negros parecían salir chispas; su cara echaba fuego, sus labios rojos aparecían resecos.

Julia se ahogaba, el cuerpo del traje la oprimía, y don Pepe, para que estuviese cómoda, fué desabrochando los botones.

El joven sintió un sacudimiento nervioso. Blanquísimo y veteado de venas azules, apareció el espléndido y codiciado seno de Julia.

Una languidez inmensa se apoderó de la muchacha y, como entre sueños, sintió en la boca los besos, que parecían quemarla, de su

novio, y sintió también que con cuidado la reclinaba en el ancho sofá...

El piano de manubrio seguía, allá lejos, dejando sentir sus martilleadas notas.

....

Volvieron á Madrid, la tarde caía; un viento huracanado arrastraba hacia la ciudad multitud de nubarrones negros.

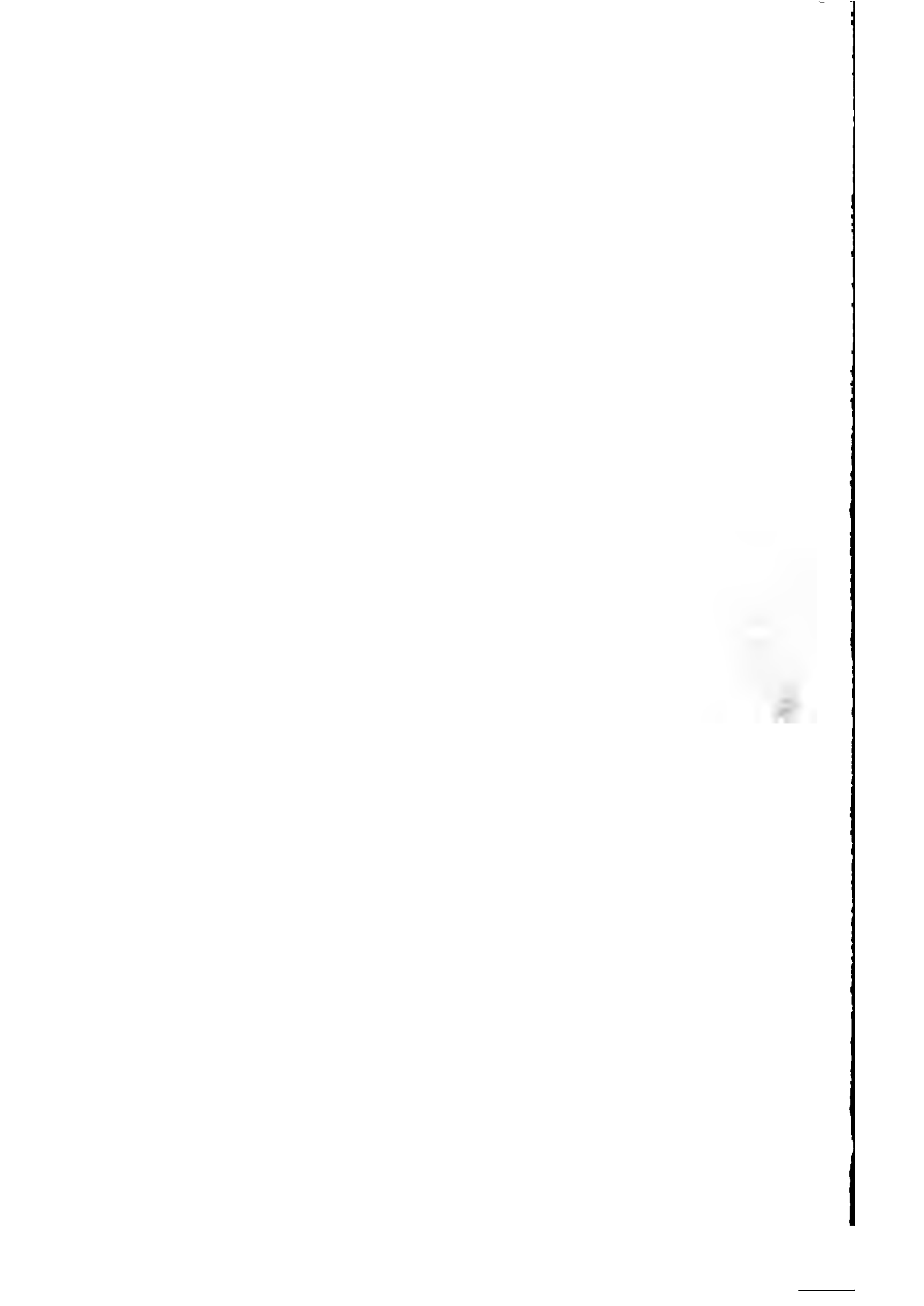
En el fondo de la berlina, Julia lloraba; una pena inmensa se había apoderado de su alma al despertar á la realidad. Don Pepe la consolaba y por centésima vez le hacía juramentos de cariño y hablaba de casarse en cuanto cobrase unas obras de que era contratista.

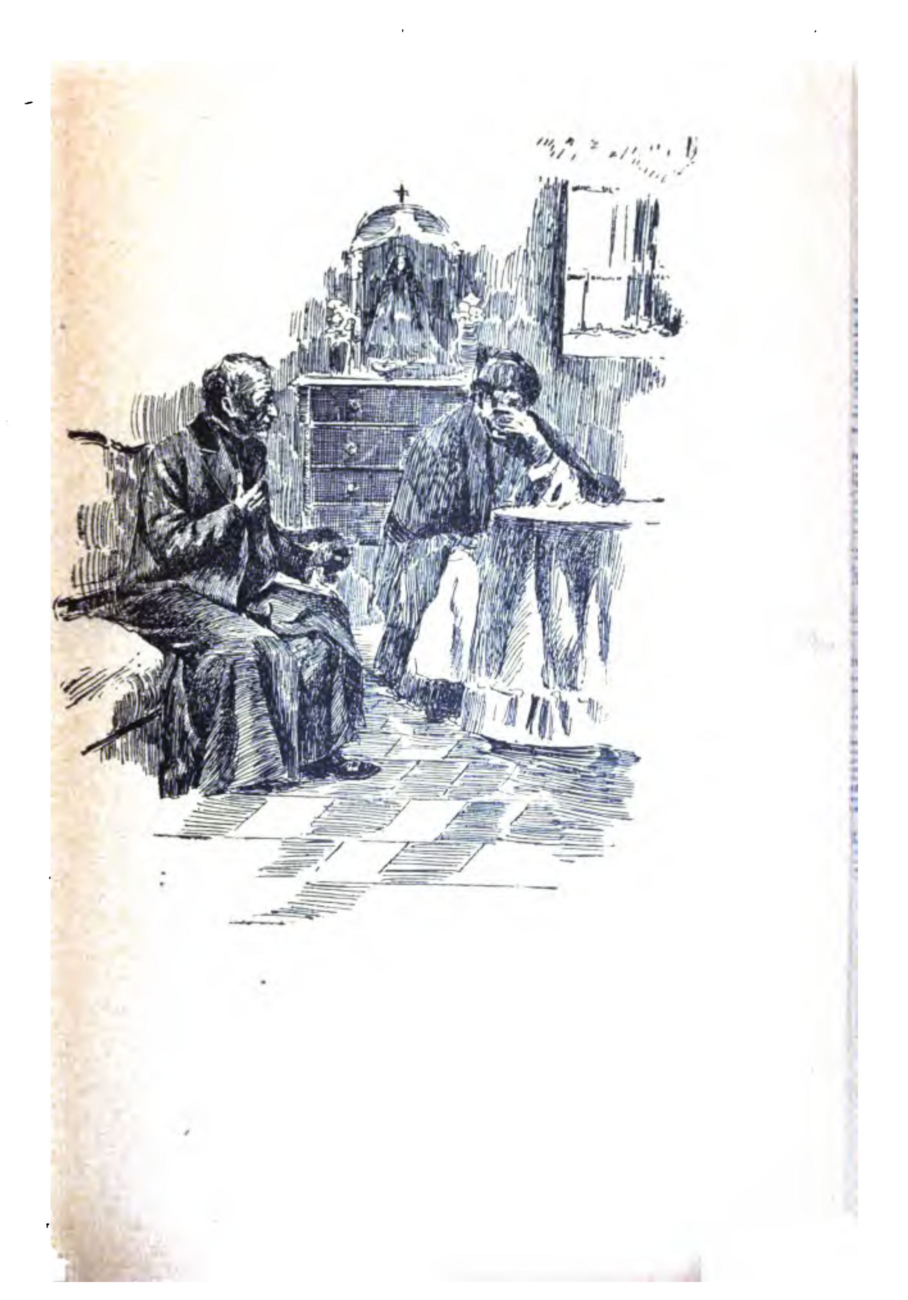
Comenzó á llover. Por el camino pasó al trote de sus jamelgos negros, un coche fúnebre vacío. Julia lo vió, y triste como estaba, y un poco supersticiosa, creyó ser un mal presagio para ella.

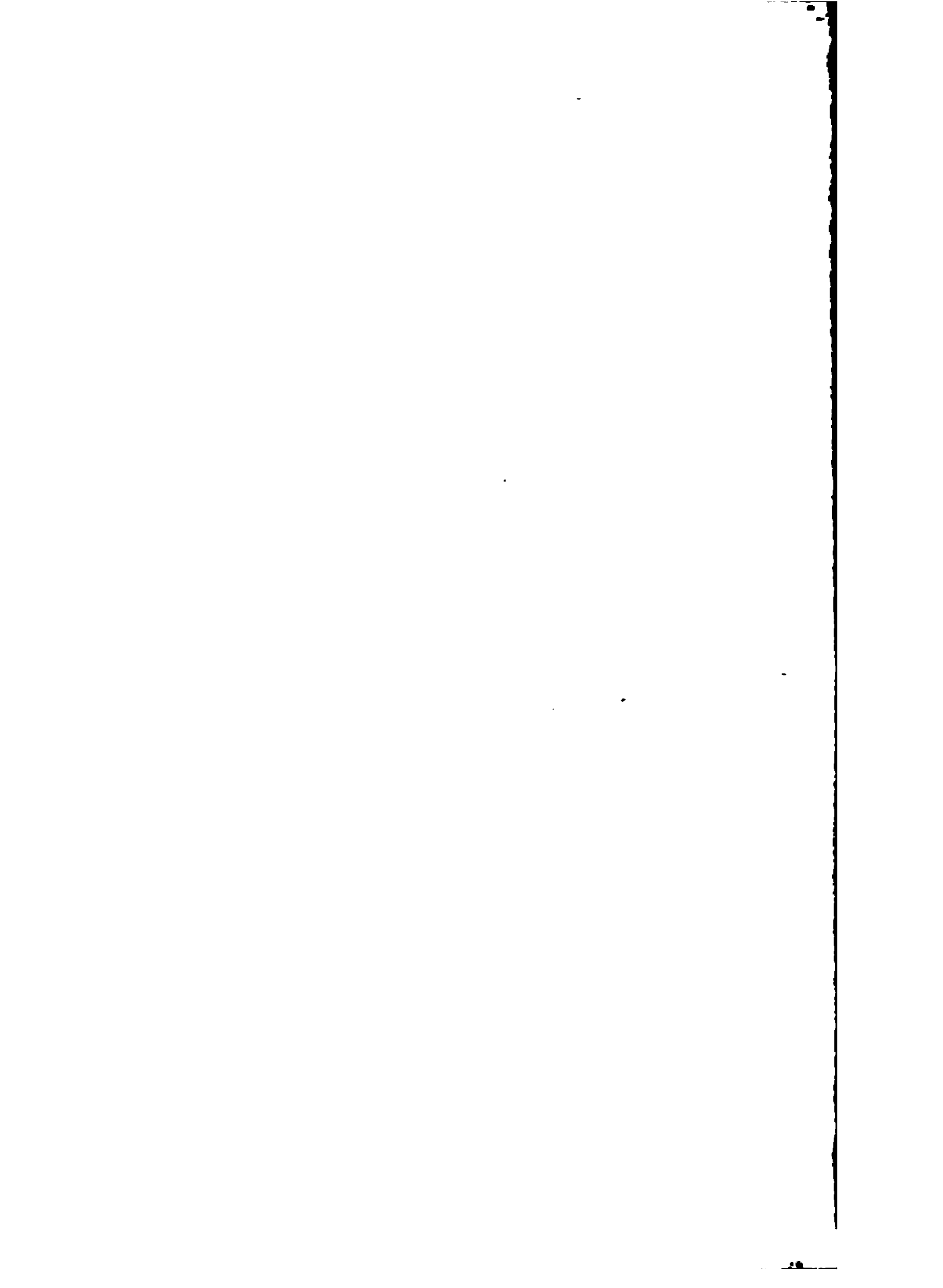
El simón avanzaba más lentamente que el coche de muerto, y éste iba siempre delante, como un recuerdo de penas y dolores, como testigo mudo de las miserias humanas.

La muchacha cerró los ojos para no ver y, siempre llorando, se encerró en el fondo de su alma herida, llegando á ella, como de muy lejos, el chapotear del caballo de la berlina en el fango de la carretera y los juramentos monótonos y repetidos de aquel hombre.











CAPÍTULO V

—¿No lo has notado, Lorenzo?

—¿Yo, chica? Nada.

—Pues ciego se necesita estar, o ser tan inocentón como tú eres, para no notar lo cambiada que á nuestra hija le traen los amoríos. Que ella quiere á don Pepe, no hay que negarlo; pero no me explico esa tristeza que tiene desde hace algún tiempo. Yo la encuentro hasta desmejorada.

—¡Pero mujer, tú ves visiones! Tan maja y tan gallarda está mi Julia como antes de eso de las relaciones y con las carnes tan apretadas y tan sanotas, como siempre las tuvo.

—Bueno, serán cosas mías; será mi cariño, que lo aumentará todo.

—Me voy allá dentro á dar una vuelta, y te repito, Ramona, estés tranquila, pues nada noté.

Esta conversación la sostenían la Calatrava y el señor Lorenzo, una noche de finales de Junio, sentados á la puerta de la tienda.

La madre estaba preocupada con la tristeza que creía ver en su hija desde hacía algún

tiempo, y daba vueltas en su magín, para encontrar explicación á la melancolía de la muchacha.

Madre; aquí estamos nosotros—dijo Antonio con su voz alegre, entrando en la tienda.

¿Y tu hermana?

Ahí detrás, viene despacio, charlando con su novio.

¿Dónde habéis ido por fin?

Pues al *cinematrógrafo* de la calle del Duque de Alba, y hemos visto dos secciones. Don Pepe es muy rumboso, y además, en la plaza del Progreso, me ha convidao á to- [illegible]

A ver si te hacen daño.

Ca, madre; he comido muy pocos y los demás los ha guardao Julia.

Pero, esos muchachos, ¡cuánto tardan!

Ya está ahí.

Buenas noches, madre.

Hola, mujer. ¿Te has divertido?

No, me lo he pasado mal.

¿Y don Pepe?

[illegible] por eso no ha entrado á [illegible]

[illegible] dar las buenas noches á [illegible] que se necesite mucho [illegible]

[illegible] el hombre tendría [illegible]

[illegible] me pareció bien [illegible] de esta noche...

—Vamos, madre, no trate usted de sacar punta á lo que no la tiene. El tendría sus prisas, y no habrá creído conveniente pasar á la tienda.

Julia entró en el comedor-sala y, encenciendo la luz eléctrica, se dejó caer en el sofá con señales de cansancio.

—¿Te sientes mal, hija mía?

—No, madre; es el calor. ¿No nota usted esta noche mucho calor?

—Hija, no es para tanto. ¿Qué dejas para Agosto?

Julia, hermosa como siempre; pero tenía razón su madre en encontrarla pálida. Sin estar demacrada, había en su rostro un no sé qué de tristeza y fatiga que le hacía parecer enferma. Sus ojos negrísimos, en aquel rostro pálido, brillaban más. Las ojeras azuladas prestábanles grandor. Sus labios carnosos, fruncíalos en un gesto de disgusto. ¡Julia padecía!

La Calatrava seguía hablando, pero ella apenas atendía.

—¿Qué, no me oyes?

—Sí, madre.

—Pues te decía, que desde hace algún tiempo no me gusta la conducta de tu novio. Apenas nos habla. ¿Dí; tú crees que sin querer le habremos ofendido en algo?

—Pero, madre, por Dios, usted se preocupa de las cosas más pequeñas. Casualmente, Pepe, siempre me está hablando de lo buení-

[illegible] ... me [illegible]

Me alegro que me lo digas, pues ya esta-ba yo cavilosa. Nada, vámonos á la cama. [illegible] ¿Apagarás tú?

Sí, madre, ya apagaré. Quiero descansar [illegible] un vaso de agua.

La Calatrava se fué á acostar. Antonia y su padre ya dormían. Anselmo cerraba la tienda.

Julia, al irse su madre, ni siquiera se movió; con los brazos cruzados sobre la mesa de comer, quedó pensativa.

¡Pobre madre! No hace más que pregun-tarme por ver si averigua. Ella nota algo en mí y no sabe qué... Si supiera mi estado. ¡Qué horror! Pero no, si esto se tiene que [illegible] Pepe me asegura que el no ca-[illegible] es por cuestión de cuartos, [illegible] nuestra boda sea como es [illegible] y me reque-[illegible] de mirarlos [illegible] en el fondo de [illegible] me animo y [illegible]

más meses, y este hombre no cumpliese su palabra! Pero no, él es bueno y me quiere. Pero... ¿y si se retrasara la boda y no pudiese ocultar nada á mis padres? No... eso nunca... antes me mataba. Mi padre se moriría de vergüenza... mi madre, mi pobre madre...

Apoyó su cabeza en las manos y rompió á llorar. Metió el pañuelo en la boca para ahogar los sollozos, y el hipido del llanto convulsionó todo su cuerpo.

—¡Pero, Julia! ¿No te acuestas?—le gritó su madre—. Mira que ya estamos todos en la cama.

Se levantó la muchacha, secó sus lágrimas, y aguantando los sollozos, respondió con voz que quiso hacer entera:

—Ahora mismo voy, madre.

Apagó la luz, y á obscuras marchó á su cuarto para acostarse y no dormir; pues seguiría pensando, como pensaba siempre, entre las tinieblas que rodeaban su alma más densas que las de la noche, pues éstas desaparecían al primer rayo de luz, y aquéllas esperaban aún la luz redentora que las desvaneciera.

***

¡Vaya un sol que caía aquella mañana de Julio sobre la coronada villa!

La plaza de la Cebada echaba fuego. Los rayos luminosos reflejaban sobre la armadura de hierro del mercado, y su efecto dañaba la vista, pareciendo aumentar el calor.

Los griteríos de vendedores ensordecían. Allá una discusión por el regateo de unos céntimos; acá palabras malsonantes entre verduleras. Los guardias del Municipio pasaban por entre los puestos de la calle, cobrando la contribución, que se les daba entre refunfuños y malas maneras.

Los tranvías tenían que acortar su marcha para no atropellar á aquellas gentes que, fuera de sus gritos y sus ventas, de nada hacían caso.

Las caras de todos, rojas y sudorosas, parecían apopléticas.

Allí estaba en su puesto, como en un trono, rodeada de hortalizas y verdurajes, la madre de la Eudosia. Su rostro grasiento parecía próximo á estallar; un pañuelo blanco, echado sobre la cabeza, la resguardaba algo del sol. Su voz ronca, por la sequedad y el continuo vocerío, se volvía aún airada, para increpar á una compradora que la ofrecía cinco por lo que ella pidió diez.

—Oiga osted, señora, ¿osté cree que yo trabajo aquí pa el Arzobispo? Si los pimientos no le convienen, déjelos.

—¡Jesús qué mujeres, no se las puede regatear nada!—dijo la compradora, alejándose.

La señá Jacinta no contenta aún, la gritó:

—Más valiera que *trajiera* ostez más perras en el bolsillo y menos humos en la mollera... ¡So churretosa!

La interpelada, más prudente, desapareció por entre los puestos, sin decir nada.

Por la esquina de la calle de la Sierpe desembocó la Eudosia, con su buen mantón de crespón al talle, contoneando su cuerpo y se dirigió al puesto de su madre.

Iba muy requetepeinada, y al lavarse la cara se le había ido, sin duda, la mano en los polvos, pues aparecía demasiado blanqueada.

Dos verduleras, que la conocían y que quizá la envidiaran por su trapío y posición, se burlaron de ella.

—Oye, Juana; ¿has visto á doña Eudosia qué de dinero me gasta en polvos?

—Pa chasco; con tres hombres de bien que la proveen... de todo lo que *nesecita* pa sus gastos.

La Eudosia las oyó y quiso revolverse, pero, al verlas tan desgreñadas y zarrapastrosas, no las consideró dignas de sus palabras, y se contentó con mirarlas despreciativamente.

—Buenos días, madre; ya he dicho en casa que venga la criada, pa que nos vayamos á comer. Déjese usted ya de ventas, pues hace un calor que se derrite uno.

—Ya estoy acostumbrá, hija; me da el sol en la sesera y ni lo siento. Siéntate en esta silla, que aquí da un poco de sombra.

—Madre, ¿no es aquél el Persianas, el chico de la cambianta?

—Creo que sí.

—[illegible] día de Ildefonso, en [illegible] te visto. Está más [illegible]

[illegible] Por aquí viene casi [illegible] volviendo más gol-[illegible] la compañía del [illegible]

—[illegible]

[illegible] se [illegible] al puesto de la Ja-[illegible] y [illegible] la mano á la visera de la [illegible] á las señoras.

—¿[illegible]?

—[illegible] como tú, pero pasando— [illegible] la Eudosia.

—Usted, señá Eudosia, tan alegre como siempre y tan hermosota.

—Anda, anda; también requiebros. ¿Sabes que estás muy adelantao pa lo poquita cosa que eras antes. ¿Qué te haces ahora?

- Ando con el Asfaltao en la cuestión de los pianos.

—Pues nada me ha hablado de ti.

¡Como que al lao de una hembra de la jerarquía de usted, hay tiempo pa hablar de los amigos!

Qué gracia tiene el muchacho. Ten cuidao, á ver si se te pega la poca vergüenza del Asfaltao.

Pues usted bien lo aprecia.

La costumbre de ver con regularidaz á una persona.

[illegible] por eso dicen aquello que el

roce engendra el cariño y un porción de cosas más.

—Caramba con el chico. Estás avispao, y te encuentro también más alto y más gordo.

—El trabajo—interrumpió la tía Jacinta.

—Pues mire usted, abuela, trabajar, sí que se trabaja, pues solamente el arrastrar el piano y dar al manubrio, requiere agilidaz y fuerza. No le diré yo que echemos el bofe, ni que despilfarremos la *saluz*, no, señora; pero el oficio tiene también su intríngulis y su arte, y requiere *laboriosidaz*. ¡El trabajo que á mí me ha costao la ejecución de algunos cilindros! Hay unos que se tocan solos, como las jotas, cualesquiera que sea, pongo por caso; pero los tangos con sus evoluciones, los chotises, habaneras y demás repertorio que se baila agarrao, hay que tentarse la ropa pa ejecutarlos. Y que si me descuido, ya está á mi lao el Asfaltao con la mar de vituperios.

—Y que se trae un vocabulario, que ya... ¿Verdad, chico?

—Sí, no son *mdsimas* de Moral lo que echa por su boca.

—Y qué, ¿el manubrio da?

—Para ir viviendo.

—Pa vicios—refunfuñó la señá Jacinta.

—Abuela, la juventuz *nesecita* expansionarse.

—Tié razón el chico, pa eso está en edaz—apoyó la Eudosia.

—Señá Eudosia, á la que acabo de ver es á

su parienta, á la Julia, y qué desmejorá; debe de estar enferma.

—¿Quién, Julia?—exclamaron las dos mujeres.

—Sí, señora; estaba parada, en la esquina de la calle del Ave María, con un hombre de buen tipo, casi un señorito.

—Sí, don Pepe—dijo la Eudosia, añadiendo impaciente: —Cuenta, Persianas, cuenta.

—Pues náa, señá Eudosia, que pasé por su lao y me pareció que discutían, él decía que no, y ella contestaba no sé qué, con voz humilde.

—Lo ve usted, madre; me huele á descuaje. Tenía razón la Trapera, y nosotras no lo quisimos creer.

—Jesús, hija, por cuatro cosas que haya oído el chico y la mala lengua de la Trapera, no vamos ya á suponer...

—Pero, madre, si tenía que suceder. Esas tías hipócritas, en cuanto ven un hombre cabal se vuelven más... castizas. Pues si me echo á la cara á la Calatrava, y me viene con historias, la dejo pará.

—Señá Eudosia—dijo el Persianas apurado de ver la tremolina que había armado—, conste que yo no he visto náa del descuaje ese que usted ha dicho.

—No, hombre, no; si son indicios, y que tengo yo una pupila que cualquier día me engaño.

—Sí, ya lo dice el Asfaltao, que se hace

siempre lenguas de sus buenas facultades. Y yo me retiro, que me estará esperando mi madre pá ir al garbanzo.

—Adiós, hombre, y que te dejes ver. Ya sabes dónde vivo. ¿Por qué no vas algún ratito por casa?

—Sí, señora, que iré, con la mar de voluntaz y gusto.

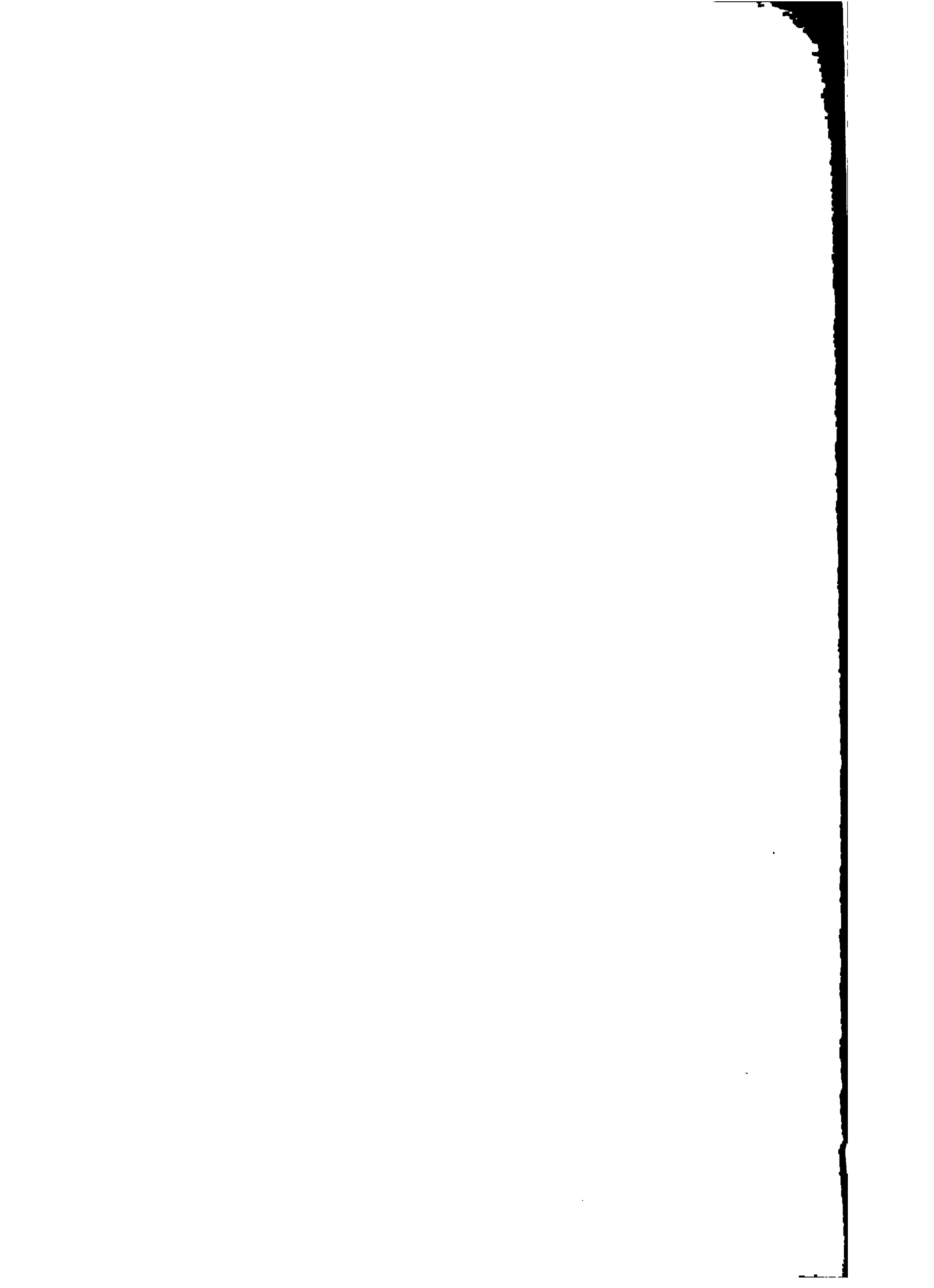
El muchacho se alejó, pensando en el ofrecimiento de la Eudosia y relamiéndose ante la idea de desbancar al Asfaltao.

Madre é hija quedáronse comentando lo de Julia, y bailándoles en el cuerpo las ganas de encontrar amigos y referir como sucedido, todas sus suposiciones.

¡En buenas lenguas estaba la historia de los amores de Julia!









CAPITULO VI

Y la Ramona?

—Fígúrese usted, don Andrés; figúrese usted como estará. Este ha sido un golpe tremendo—respondió el señor Lorenzo.

Era don Andrés un sacerdote, alto de estatura y enjuto de carnes, con su cabeza gris y una cara de bondad que inspiraba confianza y cariño.

Teniente cura de San Lorenzo, era popularísimo en el barrio. De todos era querido, pues no hubo tristeza que á él fuese y no supiera consolar, ni necesitado que á él acudiese y no lo remediara en lo posible.

Uníale á la familia de los panaderos estrecha y antigua amistad, cimentada por el agradecimiento hacia la vieja Calatrava, á a cual debía su carrera y actual posición.

El señor Lorenzo y el cura cuchicheaban en la tienda.

—Mi hermana me lo dijo ayer y me sorprendió muchísimo la noticia—decía el sacerdote—; así que en cuanto me ha sido posible, he querido venir en persona á saber la verdad

y á ver si puedo servir á ustedes de algo.

—Ya sabemos lo bueno que es usted, don Andrés—respondió el panadero—. Pero pase usted al comedor, que está la Ramona, y de gran consuelo habrá de serle su visita.

Pasaron al comedor; atardecía y las últimas claridades del sol penetraban en el cuarto. Todo aparecía borroso en la semiobscuridad.

Al lado de la camilla, arrebujada en un mantón negro, se adivinaba sentada á la Calatrava; tenía la cabeza reclinada sobre el pecho y parecía dormir.

—Ramona—dijo su marido—, aquí tenemos á don Andrés.

Un «¡don Andrés de mi alma!» seguido de sollozos, fué la contestación.

—Vamos, vamos, mujer, no hay que amilanarse—contestó el cura, y sentándose en el sofá, prosiguió—. Aquí vengo yo á consolar á ustedes y á que juntos pensemos la manera de arreglarlo todo.

La Calatrava seguía llorando, pero silenciosamente, sin estrépitos, como el que ha llorado mucho y no tiene fuerza para más.

—¡La sangre de la abuela, don Andrés: la sangre de la abuela! Lo que yo tanto temía—pronunció entre sus lágrimas la Ramona.

—Mujer, dejemos en paz á la muerta, pues si mucho pecó hizo mucho bien. Aquí me tiene usted que soy testimonio vivo de sus buenas obras—contestó don Andrés.

El señor Lorenzo se volvió á la tienda y la Calatrava entonces dijo:

—¿A ese? me lo va á matar la pena. Usted no sabe cuánto sufre su alma honrada á carta cabal. No dice apenas palabra; cuando lloro me mira con los ojos muy abiertos, á los que muchas veces asoman lágrimas. Está como *asombrao* ante esto que él, como todos, consideraba imposible. Es como el que está hecho á ver siempre una montaña que sabe que no se ha de mover y amanece un día y la montaña aquella ha desaparecido. ¡Pobre mi marido! No lo hay, don Andrés, no lo hay más bueno.

—Lo sé, Ramona, lo sé.

—Esto de la chica ha sido, vamos, un pistoletazo á quema ropa. Y más para Lorenzo que para mí. Yo, la notaba desmejorada y cavilosa hacía tiempo, todo el verano; pero, ¡cómo me iba á figurar lo que ha sucedido!

—Bueno, Ramona; pero cuénteme la verdad del caso, pues si yo he venido ha sido por los murmullos que mi hermana me dijo corrían por el barrio.

—¿Ve usted, don Andrés, qué horror? ¡Corriendo ya en lenguas!

—¿Y qué le vamos á hacer, hija? La gente es mala, y sólo se ocupa de insultar al caído en vez de consolarle. Pero, vamos á ver, ¿cómo ha sido eso?

—Pues verá usted, don Andrés—dijo la Calatrava secándose los ojos y preparándose

[illegible] ocurrido—us-
[illegible] con ese don Pepe
[illegible] En Enero hará un
[illegible] Ese hombre,
[illegible] á la chica, me
[illegible] contento con eso, me
[illegible] que á él no le iban bien
[illegible] decía Julia, y
[illegible] nosotros respecto á
[illegible] que nos dejó la chi-
[illegible] á conocimiento de
[illegible] casa por quitar la
[illegible] que estaba en
[illegible] de don Pepe y que
[illegible] pudiese presentarse
ante nosotros [illegible] usted, Julia, la
[illegible] de ese granuja.
Porque [illegible] don Andrés,
que si ese hombre no se casa es porque no
quiere, y no por falta de dinero, pues en ese
caso, ahorros tenemos nosotros que les basta-
rían, y sobre todo, don Andrés, el nombre de
mi hija, el nombre de todos... Ella también ha
sido muy ligera, no la disculpo, y mi pena y
mi llanto es por temor á que haya heredado
la manera de pensar de mi madre. Yo he he-
cho todo lo posible por educarla bien; pero á
lo mejor la Naturaleza salta y dice: «aquí es-
toy» y todo lo desbarata y echa por tierra.

—Vamos, Ramona, no haga usted caso de
esas jeringonzas de herencias. Pecadores so-
mos y un momento de extravío lo tiene cual-

quiera. Ya verá usted cómo todo se arregla. Soltera es la chica, libre el novio y en San Lorenzo les espero yo, para darles la bendición y que todo lo malo se acabe. ¿Pero ustedes no han indagado nada? ¿Cuándo se fué?

—El cinco de Octubre, don Andrés, y dentro de unos días estamos en Noviembre. ¡Un mes! De su paradero nada sabemos. Inútiles las indagaciones del tío Antón, el hermano de mi marido, que es cabo de Orden público, á quien usted ya conoce. En balde todos los pasos que nosotros hemos dado. Antoñito, todo el día en la calle, husmeando, como un perro, el rastro de su hermana. No se puede usted figurar tampoco la pena que tiene el niño. El, dice que la encontrará; no creo que la criatura lo consiga.

—Pues nada, hija mía, hay que sobreponerse á esa pena tan justa y trabajar para atraer á la ingrata. Yo ayudaré á todos ustedes y no hay que desesperar.

Había anochecido del todo, y, enfrascados en la conversación, no se habían dado cuenta. Un farol de la calle iluminaba débilmente el comedor. Los rayos entecos del gas iban á reflejarse en la pared donde estaba la cómoda, y allí, mezclándose con los resplandores de la chisporreante lamparilla daban aspecto de aparición á la imagen de la Dolorosa, prestando expresión á su rostro de pena y vida á sus lágrimas. Aquella luz pálida dejaba también entrever un retrato con el busto

de una mujer ya vieja, pero que dejaba adivinar una hermosa juventud. El parpadear de la luz del farol y de la lamparilla envolvían en su tinte misterioso, lo mismo que á la imagen, al retrato y las facciones de aquella mujer, que hacía años había muerto, parecían revivir.

El retrato de la Antonia, más conocida por los de su época por el sobrenombre de la Calatrava, parecía prestar atención á lo que platicaban la Ramona y el cura y hasta querer hablar para sincerarse de las herencias á que se refería su hija.

Ella, la vieja Calatrava, siempre había tenido buen corazón, fondo honrado. Ahí estaba, para atestiguarlo, el cariño de cuantos la conocían. ¿Que á veces se torció? Era natural; huérfana casi al nacer, mantenida por caridad, abandonada por todos, no habia tenido nunca un alma caritativa que la guiara, y á sus esfuerzos todo se lo debía.

Supo agenciárselas para vivir, y allá por los años de cuarenta y tantos al sesenta y pico ganó buenos cuartos en su puesto de frente á la iglesia de las Calatravas.

En aquel cajón, y junto á la mesa de sus flores, reunió sus ahorros.

Ella entonces tenía diez y ocho años y era una verdadera hermosura. En lozanía y colores podía competir con las rosas de su puesto, en fragancia y frescura con los claveles y violetas que vendía.

¿Qué la asediaban los hombres? ¿Qué se dió á algunos? Era verdad, pero ¿quién lo evitaba? Sola vivía y sin ningún amparo ni consejo. Su alma joven sentía la necesidad de amar; su cuerpo sano y vigoroso de sentir caricias. Le ofrecieron lo uno y lo otro gentilísimos lechuguinos de mirar lánguido y recortadas melenas, y su alma amó y su cuerpo fué acariciado.

Se hizo la mujer de la moda. Hasta los viejos quisieron sacrificar en el altar de sus carnes morenas.

Tuvo protectores, tuvo dinero, pero nunca quiso abandonar su puesto de flores de la calle de Alcalá.

La nobleza con sus fiestas fastuosas la enloquecía; así que cuando la vecina iglesia se engalanaba para cruzar caballero calatravo á algún noble de sangre ó de dinero, regalaba sus flores para el altar, y consiguiendo, por algún conocido, su invitación, nunca faltaba, y allí envuelta en bordado mantón de sedas de colores, lucía su gentileza y donosura en las primeras filas.

En broma la comenzaron á llamar la Calatrava, y el mote de la Calatrava comenzó á hacerse célebre. Sus rasgos de ingenio fueron proverbiales; en el Casino de Madrid se hablaba de ella y hasta las señoras de la aristocracia la conocían.

Ella se sabía de memoria á todo Madrid, los chismes de las casas grandes le eran fa-

miliares. ¡Cuántas veces se los habían contado los mismos interesados en ratos de abandono y confianza!

Su puesto de la calle de Alcalá era lugar de reunión de literatos y políticos, nobles y militares.

Allí acudían por la mañana, sobre todo los días de fiesta á la salida de las misas; allí charlaban, allí la requebraban, dándola bromas con su actual protector, y ella reía, enseñando su boca fresca y á todos contestaba mil ingeniosidades.

Se murmuraba que allá en el fondo de su corazón, guardaba su amor verdadero inspirado por un periodista de ideas avanzadas, pobre, pero de clara inteligencia, apuesta figura y azules ojos.

El tipo moreno meridional de la Calatrava, se había enamorado del contraste que hacía con la blancura, melenas rubias y ojos claros de dulce mirar del periodista avanzado.

Para él, se decía, eran todos los afanes; para él el querer verdadero de la gentil Ramona.

Una vez se desafió aquel muchacho; la Calatrava, que lo supo, corrió al lugar del encuentro, y oculta entre unas matas, esperó con el corazón oprimido el resultado del lance.

Prueba de amor fué ésta, de la que enterados sin saber por dónde, la embromaron todos los conocidos de su puesto de flores.

Nota característica de la Calatrava era su inagotable caridad.

Para sus vecinos de los barrios bajos tenía siempre el bolsillo abierto, y cuando estaba vacío, empeñaba para socorrer á quien le pedía.

Cuando el ventrudo senador don Cosme Richi, conde de Castelfiel, tuvo el capricho de regalarla un coche, iba á pasear todas las tardes al Prado y á la fuente Castellana, con sus mantones de Manila, su alta peineta bajo la mantilla de blonda, luciendo el tronco de jacas tordas con sus arreos á la jerezana

A la vuelta de uno de estos paseos y en una calle de los barrios bajos, vió la Calatrava un remolino de gente, paró el coche, preguntó y se enteró de lo sucedido; un pobre albañil caído de un tejado y estampado en la acera y una viuda con dos hijos sin tener que comer.

Fué á ver á la familia del muerto y se interesó mucho por el hijo varón, niño de doce años, muy listo, monaguillo de San Lorenzo y que quería ser cura, pero... ¿con qué recursos? No tendría más remedio el infeliz que ser albañil, como el padre, para tarde ó temprano venir á morir también contra las piedras de la calle.

La Calatrava lloró mucho y protegió á la familia, llevándoselos á vivir con ella para que la viuda la acompañara y dar carrera al chico.

[illegible] de Castaña,
[illegible] de os
[illegible] por el tren.
[illegible] ya
[illegible]

[illegible] casino é
[illegible] como
[illegible] el portal
[illegible] e dijo:

—¿[illegible] tenías capricho de mi coche y mis jacas?

—Sí, mujer. Pero ¿lo vendes?

—Á ti, sí. Dame seis mil duros y ahí en la calle lo tienes.

—Qué carera estás. ¿Tú sabes lo que son seis mil durazos?

—¿No estabas tan encaprichado de mi coche? Pues los caprichos se pagan, Manolito, y no perdamos tiempo, porque me hace falta ese dinero.

—¿Y tu protector Castelfiel?

—Mis amores lo desvelaban en el Senado y [illegible] dormir á ser mi amante. ¿Pero [illegible] el coche?

—[illegible] con él.

—[illegible] me lo darás?

—[illegible] ahora mismo.

[illegible] escribir á
[illegible]
[illegible]

[illegible]

con ese capitalito convirtió al monaguillo travieso en el sacerdote don Andrés.

Cuando la Calatrava pensó seriamente en su porvenir, fué al nacer Ramona; aquella muñeca de ojos claros y pelo rubio, como el periodista, la preocupó mucho.

Ya de mayorcita la niña, la llevaba al puesto, y allí la chiquilla, al oir, sin comprender, las bromas que los concurrentes daban á la Calatrava, miraba á su madre, y ella, ante la mirada pensativa de aquellos ojos inocentes, color de cielo, retenía en sus labios la respuesta picante que pensara.

La Calatrava quiso guardar á su hija y la puso interna en un Colegio que en Carabanchel tenían unas monjas.

En aquellos tiempos de revueltas políticas las barricadas y los tiros estaban á la orden del día, y en una de esas barricadas, que los liberales levantaran contra el Gobierno que les oprimía, malhirieron á Mario el periodista, de cabellos rubios y avanzado pensar.

La Calatrava corrió á su lado, pero la herida era mortal y su amor se moría.

Fué en busca de la niña, y casi á rastras, por la duda de no llegar, la subió al sotabanco, donde moría su padre. Esta fué una escena que nunca se le borró á la Ramona. Tenía seis años, y, sin comprender nada, seguía á su madre, cogida de la mano, y corriendo para poder seguir el paso precipitado de la Calatrava.

Llegaron al sotabanco donde moría el político y allí su imaginación de niña recordaba á unos señores que rodeaban la cama, á su madre llorar besando la mano del periodista, y á ella, no se acordaba quién, la levantaron en brazos para que besara al herido. Miró la cara que besaba, y al sentirla el moribundo fijó la mirada, creyendo Ramona ver en los ojos de aquel rostro tan pálido sus mismos ojos, y sin saber por qué, quizá por ver llorar á su madre, quizá de miedo, rompió á llorar.

Luego dejaron en un rincón á la chiquilla, y desde allí, olvidada de todos, vió morir á aquel hombre, vió amortajarlo por su madre... Llegó la noche, encendieron unas velas muy grandes y con su madre, se quedó á velar un amigo del periodista. A ella la echó la Calatrava entre unas mantas que colocó en una alcobita separada sólo por una puerta de cristales del cuarto donde estaba el muerto. Siempre recordaba la Ramona aquella noche y el color rojizo que daba á la alcoba los visillos de percal colorado de la puerta de cristales, iluminados por el resplandor de las velas que lucían afuera. Su sueño intranquilo se interrumpía á veces por el chasquido de los blandones que el silencio absoluto hacía más fuertes; su cabeza se mareaba por un olor extraño y desagradable, que llegando hasta allí se la metía en el cerebro. Ya muy tarde no pudo más la niña, y saliendo de entre sus mantas descalza y medio desnuda aproximóse á los

...al sotabanco donde moría el po-
...imaginación de niña recordaba
...que rodeaban la cama, á su m-
...ndo la mano del periodista, y
...daba quién, la levantaron en
...besara al herido. Miró la cara
...entirla el moribundo fijó la
...amona ver en los ojos de
...do sus mismos ojos, y sin
...por ver llorar á su ma-
...mpió á llorar.
...rincón á la chiquilla,
...todos, vió morir á
...arlo por su madre...
...unas velas muy
...quedó á velar un
...echó la Cala-
...olocó en una
...uerta de cris-
...erto. Siem-
...noche y el
...s visillos
...ristales,
...as que
...inte-

Luego de aquel golpe, tan terrible para la Calatrava, su carácter varió; siguió con su puesto de flores, pues tenía muchos gastos con el Colegio de la niña y la carrera del cura; pero sus amigos de siempre no volvieron á encontrar á aquella Antonia chistosa y locuaz de otros tiempos.

Pasaron los años; la niña, ya mujer, salió del Colegio; el monaguillo, cantó misa. La chica quiso que su madre dejara el puesto, pero ella se negó; para la Calatrava era media vida aquello; cuando muriera, entonces que lo arrasaran; pero mientras, que la dejaran á ella aquel tenducho, donde, entre sus flores, estaban todos sus recuerdos, todo su pasado.

La Calatrava se volvía vieja y la Ramona se hacía hermosa. A la Antonia se le caía la baba viendo á su hija tan guapa, con sus modales de señora y sabiendo más de lectura y escritura que muchos marqueses.

Un oficial de panadero que vivía junto á ellas se enamoró perdidamente de la muchacha; pero no se atrevió á decirlo ante el trapío de las Calatravas.

La Antonia embromó á su hija con él, creyendo lo despreciaría; pero Ramona, con su seriedad de siempre y su recto pensar, contestó:

—Madre, es un hombre que me gusta, es honrado á carta cabal é igual á mí. Aunque usted me dió educación, no olvido que soy del pueblo, y como no quiero que el que sea

mi marido se crea más que yo, no quiero salir de mi clase: en el pueblo he de buscar mi nueva familia.

Esto llegó á oídos del panadero y se atrevió. Se casaron los chicos; con los ahorros de la Calatrava, pusieron la panadería, y todos felices.

La Antonia vivía con ellos, mejor dicho, sólo iba á cenar y dormir, pues de día no había nadie que la arrancara de su puesto de flores.

Julia nació y la abuela creyó enloquecer de contento, mucho más al ver que cada año que pasaba la niña se parecía á ella cuando era joven y guapa.

Ramona no le gustaba que llevase á la chiquilla al puesto; pero la alegría más grande de nieta y abuela, era cuando podían escabullirse y juntas marcharse entre sus flores. Julia jugaba haciendo ramitos y Antonia la enseñaba con orgullo á sus viejos parroquianos.

Cuando Julia tenía ocho años, vino otro nieto, pero á éste, que pusieron Antonio por la abuela, apenas lo vió criado la Calatrava. Hizo mil proyectos sobre su nieto, pues con los conocimientos que ella tenía, de aquellos jovencitos que en tiempos iban á su puesto, pues algunos habían subido mucho, su nieto sería lo que ella quisiera.

Aquella vieja tan sana, que nunca había tenido una enfermedad, murió de repente, pues

era la única manera como la muerte podía vencerla: á traición.

Todas las flores que había en el puesto el día de su muerte, las echaron sobre la caja para que la vieja florista se las llevara, con su historia, con su pasado.

El entierro fué una manifestación popular; los barrios bajos se despoblaron para presenciar el paso de la comitiva y acompañar el cadáver.

El señor Lorenzo y el cura don Andrés presidieron el duelo, y de vuelta á la casa contaron á la Ramona que varios coches particulares de señores se habían unido al acompañamiento; y al despedir el duelo en el cementerio, aquellos señores habían dicho á Lorenzo eran antiguos contertulios del puesto de flores de la Calatrava, estudiantes entonces, añadiendo que no habían querido dejar de rendir aquel tributo á la muerta, pues no sólo amistad, sino gratitud la debían algunos de ellos.

Ya muerta la Antonia, se cerró el puesto, y el Ayuntamiento, al poco tiempo, lo hizo desaparecer.

Se pusieron otros puestos de flores, pero ninguno ocupó el sitio del de la Calatrava, pareciendo que la casualidad rendía un tributo de honor á la memoria de la gentil florista de frente á la iglesia de las Calatravas.

....

—¿Pero qué hacen ustedes tan á obscuras, si ya es de noche?—dijo entrando el señor

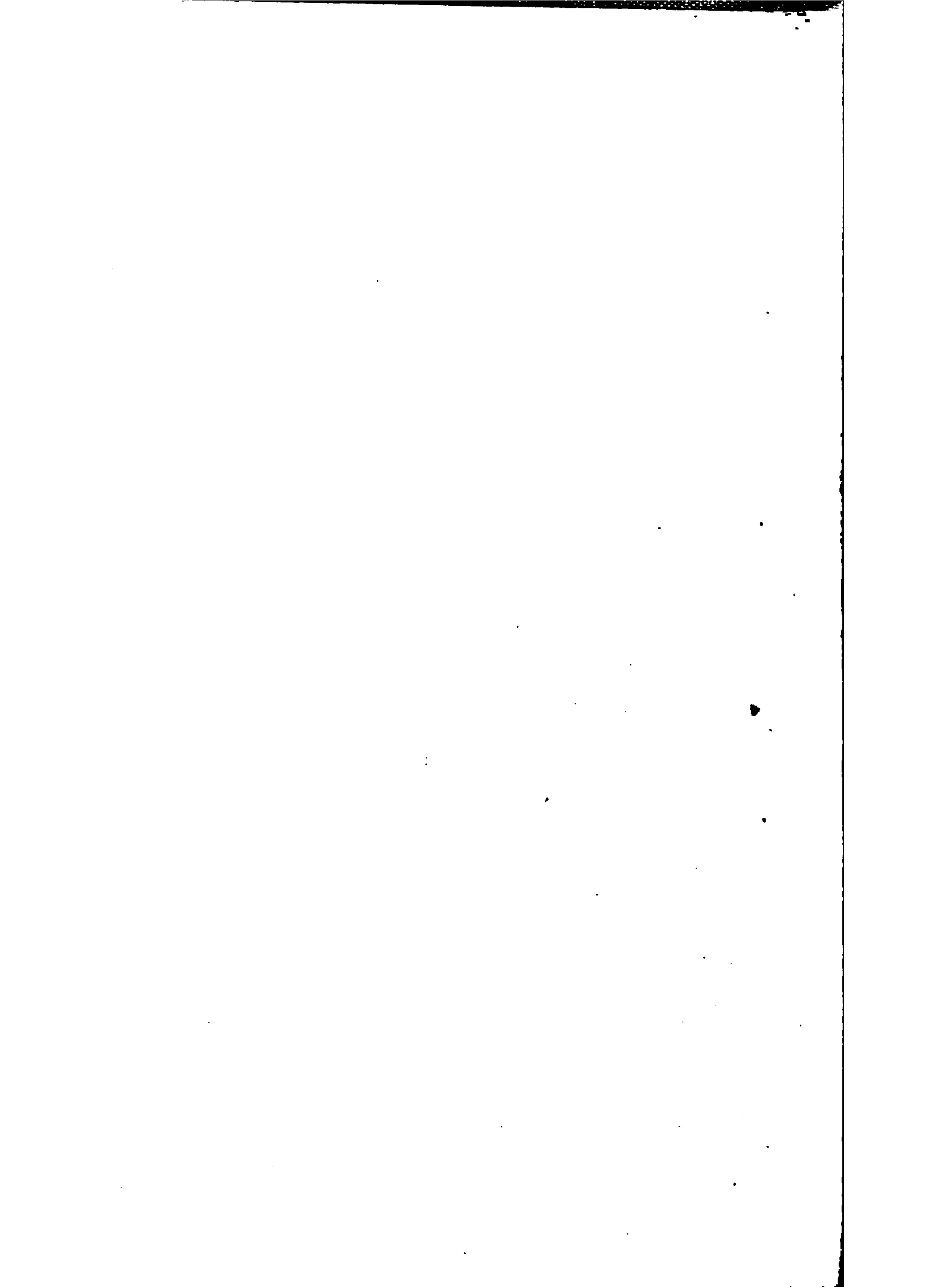
Lorenzo, al mismo tiempo que encendía la luz eléctrica.

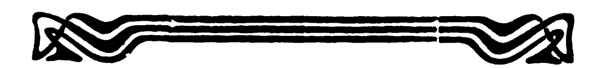
--Pues nada—respondió el cura—, hablando, hablando y recordando épocas pasadas. Yo ya me voy; pero ya saben ustedes, no les olvido, y por mi parte indagaré á ver si todos juntos logramos dar con el paradero de la pobre Julia. Sobre todo, Ramona, confianza en Dios y en su Santa Madre, que también sufrió mucho, y con tan buenos protectores ya verá usted cómo conseguimos todo.

—Ellos nos oigan—gimoteó Ramona.

Se fué el cura todo apesadumbrado por dejar tras de sí una familia, á la cual quería tanto, apenada y sin consuelo posible hasta encontrar á la hija desgraciada.







CAPITULO VII

—¿Te pagará bien?

—No estoy descontenta. Mi chico trabaja en las obras de don Pepe, y cuando oyó necesitaba una mujer de toa confianza pá servir á persona de su familia, le habló de mí. Nos pusimos de acuerdo y me quedé.

—¿Y la esa, te da mucho que hacer?

—Lo que se dice nada. Sólo cuando el parto nos movimos una miaja; pero aluego, ella con el crío tóo el día á vueltas y yo pá lo que se ofrece de salí á la calle. No quiere que la vea naide, y gracias á que el cuarto tié atrás esa ventana tan hermosa, por donde entra la alegría de Dios en luz y en vistas, que si no, se pudría. Ahora voy á casa de un tío del amo que vive en la calle del Salitre, y es donde veo á don Pepe cuando quiero algo. Voy á buscar perras, pues se han arrematao. Ella ni siquiera se ocupa de eso; yo soy la que llevo tóo el manejo. Vaya, adiós.

—Anda con Dios, Serafina, y que te dure mucho la canonjía.

Echó á andar la señá Serafina, una mujer

casi vieja y gordeta, mientras la portera se metía en su cuchitril, atisbando el paso de otra comadre para seguir el chismorreo.

Un chiquillo como de trece años, con traje de pana y boina á la cabeza, se paró delante de la casa. La contempló y pareció titubear. Aquella casa era un mundo de pisos y ventanas; cualquiera acertaba. De seguro que era una de las casas más grandes de la calle de Ferraz. Parecía casa de obreros y de gente modesta. En fin, no había más remedio que preguntar. Dudó aún un momento, y acabó por entrar en el portal con decisión.

—Oiga usted, portera, ¿dónde vive la Julia?

—¿Qué Julia, chico?

—La que está con don Pepe, el maestro de obras. Él me manda con un recao.

—Pues dámelo á mí, que ya se lo daré á la señá Serafina.

—Cá, no señora; se lo tengo que dar á la Julia en persona.

—Pues la señá Serafina ha salío ahora y decía iba á ver á don Pepe; pero después de tóo á mí nada me han dicho de que no reciba á nadie, así que mira, atraviesas el patio ese grande de ahí y por la escalera del fondo, que es la de los cuartos interiores, subes hasta el cuarto piso y en la puerta del centro, allí es.

—Gracias—dijo el muchacho y apretó á correr.

Subió de dos en dos los escalones y al llegar frente á la puerta no podía respirar. Se

paró un momento mientras se le pasaba la agitación y fué á llamar; pero viendo que la puerta estaba entornada, empujó. Encontróse en un pasillo obscuro con la cocina á la derecha y allá en el fondo una puerta por cuyas rendijas salía mucha claridad. Antes de ir hacia el cuarto, ocurriósele cerrar la puerta de la escalera para que nadie les molestara y llamó: «¡Julia!...» al mismo tiempo que se dirigía hacia el sitio por donde salía la luz.

Abrióse la puerta y apareció Julia. Ante la obscuridad del pasillo quedóse parada, pero el chico entró en el cuarto y se abrazó á su hermana.

—¿Pero eres tú?—dijo Julia al mismo tiempo que rompía á llorar.

—Sí, mujer, yo; yo mismo, que ya te he encontrao.

—¿Y cómo has sabido?

—Pues hija, á fuerza de fuerza... ¿Anda, ese es tu crío?

—Sí, mírale que hermoso es el pobrecito.

Los dos contemplaron al niño, que al oir se había despertado y empezaba á gimotear. Julia lo cogió y se sentó con él en las faldas.

—Mujer, no llores más y vámonos á casa con el chico.

—Eso no, Antonio, eso no. Me sería imposible. Espera á que me case. Mira, sólo de verte aquí me avergüenzo y no puedo mirarte á los ojos. Conque piensa lo que me ocurri-

ría al encontrarme en presencia de mis padres.

—¿Y don Pepe qué te dice?

—Pues lo de siempre. Que espere, que todo se arreglará.

—¿Tú crees que es bueno?

—Sí, ¿por qué no? A mí me considera y nada me falta; me ha hecho sufrir mucho; pero si cumple su palabra, que sí la cumplirá, podremos ser felices. A veces viene de mal humor, por sus negocios, dice él, pero se le pasa, y hasta otra. Háblame de padre y de madre. ¿Qué dicen? ¿Me perdonarán?

—¡Pues no te han de perdonar! Están que nadie les pué consolar; pero ya verás lo contentos que se ponen cuando yo les diga que ya te he encontrao.

—Es que tú no les dirás eso.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque vendrían. Porque me querrían ver, y es lo que yo no quiero. Ya ves, queriéndoles con toda mi vida y sintiendo en el alma la pena que les he dado, no tengo valor para mirarles cara á cara.

—Bueno, y entonces, ¿qué piensas hacer?

—Pues esperar á que Pepe se porte como debe, que creo, según él mismo dice, no tardará en suceder.

—Pero mujer, entonces, qué tié de particular que vengas á casa y allí estemos tóos hasta que salgas pá la iglesia.

—No, Antonio, no. Tú no comprendes de eso y de lo mala que es la gente y lo mucho

que me mortificaría tener que ver á todos.

—¿Y quieres que yo no diga ná en casa?

—Sí. Tú ven cuando quieras; eso me consolará. ¡Si vieras qué soledades me paso!

—¿Él no viene á verte?

—Sí, casi todos los días; pero viene un poco y de prisa. Tiene mucho que hacer; por todas partes busca obras para ganar dinero. Pero dime, ¿cómo has sabido dónde yo estaba?

—Pues ná. Averigüé que don Pepe tenía una obra en la calle del Sacramento, y á fuerza de seguirle, he visto que dos veces entraba en esta casa y me lo figuré. Mucho he dudao antes de venir; pero hoy me decidí y he preguntao á la portera como si estuviera fijo que vivías aquí. Me dijo acababa de salir una tal Serafina, que he pensao será alguna amiga ó conocida.

—No; es la mujer que me sirve. La ha puesto aquí Pepe para que me cuide, y parece buena mujer. Pero en nadie confío; hay veces que hasta él mismo me parece que miente, que todos me engañan. Sólo vosotros, sólo vosotros me queréis de veras.

—¡Anda! ¿Ahora te desayunas?

—¡Ay, Antonio, es que en la desgracia es cuando una aprecia el cariño de los suyos! ¡Si vieras qué días más perros he pasado!

—¿Oye; cuándo nació el chico?

—El dos de Enero. Estuve bastante mala, y aún no estoy buena.

—Sí, ya veo que tiés una cara emprestá, que no es la tuya. ¿Ya lo habéis bautizao?

—No, todavía no. Pepe no se ha ocupado de eso y yo estoy mala.

—Pues, hombre, mañana mismo me lo llevo yo y lo bautizo.

—¿Dónde?

—¿Dónde? Pues en nuestra iglesia, en San Lorenzo. Esta misma noche hablo con don Andrés, ya sabes que él hace lo que nosotros queremos, y como en la iglesia es él el que mangonea, de ahí que bautizamos al chico.

—Pero don Andrés tendrá que enterarse de todo y lo va á descubrir.

—Déjalo de mi cuenta y verás tú.

—Bueno, pero yo se lo tengo que avisar á Pepe.

—Dile lo que quieras; pero mañana á las cuatro vengo yo en un coche y me llevo al chico.

—¿Tú solo?

—¿Y qué? ¿Crees que se me va á perder?

—No, hombre; pero te acompañará la Serafina.

—¿Y tú, por qué no vienes?

—No puedo, estoy mala, y á más, si á lo mejor me veía alguien... Dile también á don Andrés si hay que dar parte á algún lado de que ha nacido el chico.

—Descuida, que yo me enteraré. Oye, enséñame la casa.

—No tiene nada que ver, hijo. Dos cuartos

por ahí, esa alcoba, y esto, que es lo mejor. Asómate á esa ventana y verás.

—¡Chiquilla! ¡Vaya un panorama! Hasta la Casa de Campo. Y ahí abajo la estación. Y se oye el pito del tren y las cornetas. Esto es muy alegre.

—Sí, gracias al solar; que el día que edifiquen, se divierten los que vivan aquí.

Llamaron á la campanilla.

—Antonio, ¿cerraste la puerta de la calle?

—Sí, para que nadie se colara y pudiéramos charlar.

—Pues abre, que debe ser la señá Serafina.

Fué el muchacho á abrir, y Julia salió al pasillo para ver quién era.

La señá Serafina se quedó asombrada al ver allí á aquel muchacho.

—Es mi hermano, señá Serafina—díjole Julia.

—Por muchos años—contestó la mujer.

Entraron en el cuarto claro, como le llamaban, y allí se sentó la Serafina.

—Crea usted, Julia, que estoy reventá. Como esta maldecía casa está tan lejos de tóo pá ir á cualquier sitio, un viaje, y aluego esos tranvías, que siempre van atestaos de gente. He visto á don Pepe, y lo cual que me ha dicho que hoy no pué venir, pues está muy ocupao. —Después de una pausa, en que se quedó mirando á Antonio muy fijamente, como si quisiera leer en su frente lo que hacía allí, y cómo se había enterado de la casa de su her-

mana, continuó: —¿De modo que este mocito es su hermano? Es ya un hombre y tié cara de listo.

—Se agradece—respondió el chico—y añadió dirigiéndose á su hermana: —Yo me voy, pues ya sabes que tengo que ver á don Andrés y no quiero se me vaya á ir de la parroquia. Conque mañana á las cuatro vengo por el chico.

—¿Se lo va á llevar?—interrumpió asustada la Serafina.

—No, mujer—contestó Julia—, ya le contaré.

—Adiós, Julia. Déjame que dé un beso al mocoso. Buenas tardes.

—Adiós, mocito—contestó Serafina.

Julia salió á la escalera á despedir á su hermano. En la puerta le abrazó y le besó medio llorando de alegría por haber visto á alguien de los suyos.

—Antonio, por Dios, que no te encargo nada, que ya sabes, en casa ni palabra. Te lo pido por lo que más quieras.

—Descuida mujer, descuida—contestó el chico, al mismo tiempo que bajaba corriendo las escaleras.

Cerró Julia la puerta de la calle y volvióse al cuarto. Allí la señá Serafina paseaba al chico en brazos, y al verla entrar la echó una mirada que era una pura interrogación.

Julia se sentó junto á la camilla y lloró.

—¡Pero mujer, que siempre ha de estar usted gimoteando!

—Señá Serafina, hoy mis lágrimas tienen un poquito de alegría. He visto á mi Antonio, que tanto le quiero, y lloro de alegría por verle y de tristeza porque me haya visto.

Aquella tarde, Julia, que era tan reservada con la señá Serafina, habló mucho de su casa, de lo buenos que eran sus padres, de que don Pepe no tendría perdón de Dios si la engañaba y de los planes y las esperanzas que se forjaba para cuando, una vez casada, volviese á ver á sus padres.



Ante la boca abierta del bueno de don Andrés, vertió Antoñuelo su bolsón de noticias, no sin haberle recomendado repetidas veces la mayor reserva.

—¿De manera que en tu casa no vas á decir nada?

—No, señor; es lo que más me ha encargao la Julia.

—Bueno, pues todo se hará como dices. Yo arreglaré el bautizo aquí, á pesar de haber nacido en otra parroquia, y me encargaré de las demás formalidades.

A las cuatro entras por la puerta esta de la sacristía, y si yo estoy en la iglesia, me avisas por Ramón el sacristán, ó por un monaguillo. Como ya tendré todo preparado, en seguida lo hacemos.

—Pues don Andrés, muchas gracias por tóo y usted disimule las molestias.

—Quítate de ahí, hijo. Figúrate tú si estaré contento de poder hacer algo por vosotros. ¿Te vas ya, eh?

—Sí, señor, que ya es tarde. De modo que hasta mañana, don Andrés.

—Si Dios quiere, hijo mío.



Antonio dormía en el mismo cuarto que Anselmo, el dependiente de la tahona, y aquella noche al desnudarse los dos para meterse en la cama, el chico abordó al montañés, y con tono solemne le dijo:

—Oye, Anselmo, ¿tiés tú mucho dinero?

—Hombre, mucho, te diré—respondió el aludido, asombrado por la pregunta del chicuelo—; en el Monte, tendré de mis ahorros unos mil reales, pero nada más.

—Es que pá mañana necesito diez pesetas.

—¿Tú? ¿Para qué?

—Hombre, eso es ya mucho preguntar. No será pá establecerme; pero te juro no es pá ná malo.

—Diez pesetas, sí que las tendré ahí en el cofre; pero, la verdad, sabes que gano poco y quiero juntar unos cuartejos para aliviar á madre, que la pobre pasa sus apuros allá en la tierra.

—Te aseguro que te las devolveré antes de ocho días.

—¿Y de dónde lo vas tú á sacar?

—Ya me las arreglaré.

—Pues mira, á mí me haces muy mala obra, y de donde pienses sacarlas después sácalas ahora.

—Camará, hijo, y que no te cuesta á ti poco trabajo aflojar la mosca. Tengo la seguridá que si te dijese pá lo que era te faltaría tiempo pá darme tóo... hasta lo del Monte.

—Entonces di para lo que es—dijo Anselmo, incorporándose en la cama.

—Pues mira, te lo voy á decir, porque si no me va á costar Dios y ayuda sacarte una mota. Lo que me vas á prometer es no decir á nadie ni esto, y sobre tóo á mis padres.

—¿Lo ves? Cuando quieres que no lo sepa el señor Lorenzo ni la señá Ramona, para alguna trastada será.

—¿Trastá, eh? Pues sábelo agarrao, es... pá mi hermana.

—¿Para Julia?—exclamó el mozo sentándose en la cama—. ¡Bah! Lo dices para sacarme los cuartos.

—¡Te lo juro, Anselmo, por la salú de ella, que sabes que la quiero más que á mí mismo!

Le contó al muchacho toda la verdad, y díjole quería el dinero para alquilar un coche por horas y llevar al niño á bautizar, y lo que sobrara para comprar siquiera una libra de chocolate para Julia.

—Si es para eso, tenías razón para pensar que todo lo que tengo y más te lo daría.

—¿Lo ves, zángano? De modo que me prestas esos dos duros, y mañana, con cualquier

pretexto, te largas á la iglesia y ves al chico.

—¡Pobre Julia, cuánto habrá sufrido!

—¡La mar; si vieras qué cara tiene! En medio de la alegría que sentí al encontrarla, me ha dolío verla tan estropeá. Lo que es si ese pillo de hombre no cumple lo que dice, sería capaz de...

—Calla, que tú eres un chiquillo y eso es cuestión de hombres.

—Ya sabes tú, Anselmo, que aquí no hay que decir palabra.

—Pero eso es una crueldad. Sería un consuelo para los amos saber de ella.

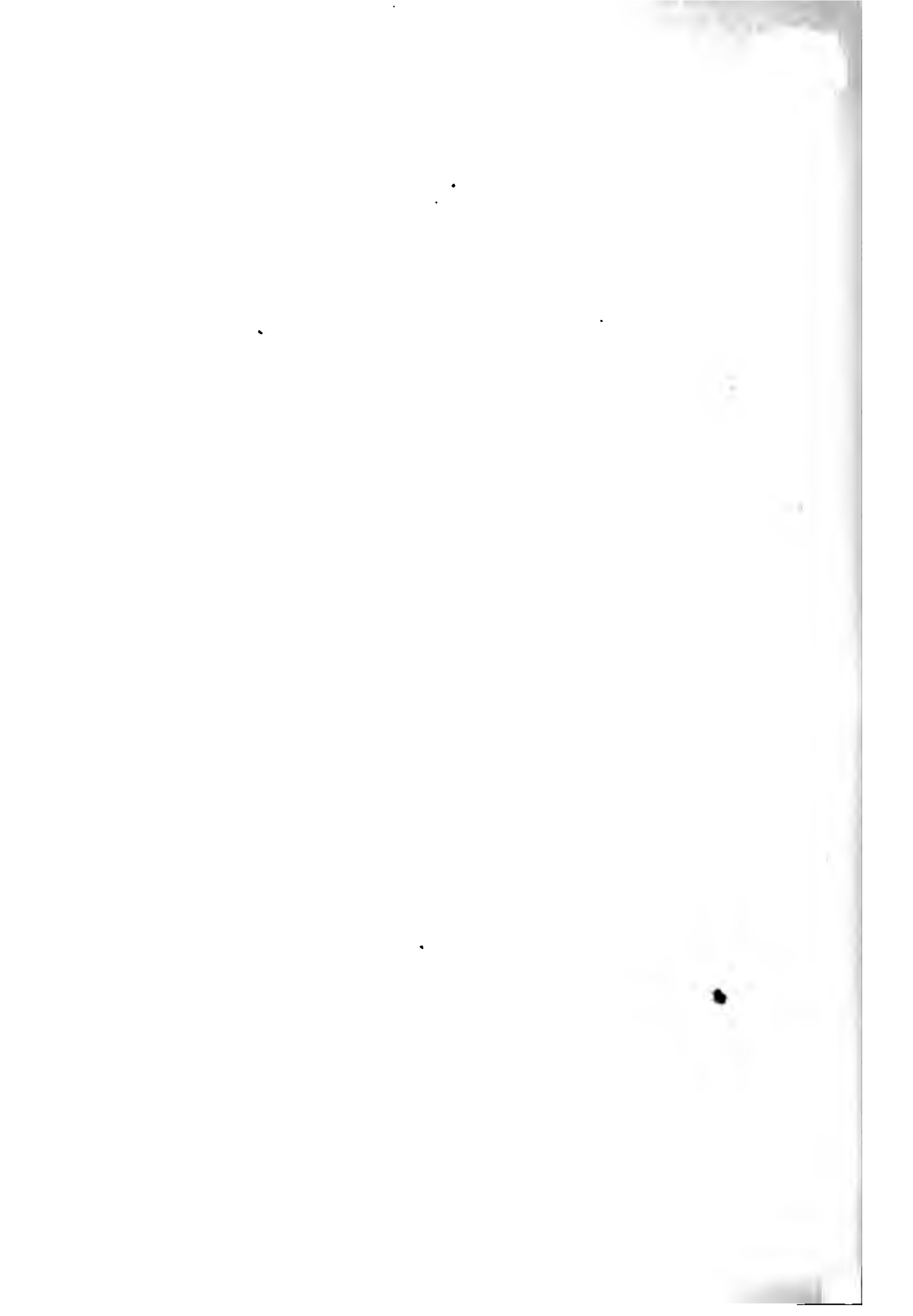
—Julia no quiere.

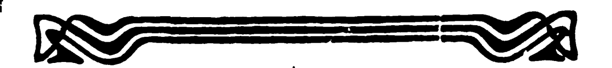
—Entonces, lo que ella diga.

—Mañana diré á madre cualquier cosa: que vamos á confesar los chicos del Colegio, para que me saque el traje bueno y la capa nueva, pá ir decentito al bautizo, y ya verás cómo sale tóo bien.

Apagaron la luz y se durmieron, el uno pensando en su obra, el otro sintiendo una amargura muy grande al considerar las desgracias de Julia, de la muchacha crédula, de la que él tanto quería, ¿á qué negarlo? A obscuras, y cerrando los ojos para que no saliera de su interior, podía decirlo, podía confesar su cariño, su amor inmenso, no comprendido, su querer leal, y no como el del otro, que engañaba para conseguir, y aunque quizás cumpliese su palabra, había martirizado y hecho sufrir al alma de la pobre mujer.







CAPÍTULO VIII

La berlina pesetera que conducía á Antonio y á la señá Serafina, llevando al chico, paró ante la puerta de la sacristía de la iglesia de San Lorenzo.

Bajó Antonio y la mujer.

—No se pare usted en este pasillo, señá Serafina, no se nos enfríe el muñeco.

Siguieron el corredor y penetraron en la sacristía.

—¿Ha venido don Andrés?—preguntó Antonio á un monaguillo.

—Sí, pero está en un bautizo ahí en la iglesia.

Llegó un sacristán y dijo á Antonio que don Andrés había encargado esperasen que no tardaría.

Sentóse la señá Serafina en un banco, con el rorro, y Antonio asomó la cabeza por la puerta de la iglesia.

La comitiva salía de la capilla donde está la pila bautismal, y al chico, entre la media luz que allí reinaba, le pareció ver caras conocidas.

—¡Anda, leñe! Pues si son los golfos de la Eudosia y también su madre, con el señor Juan. Si nos ven, nos hemos caído con tóo el equipo.

Volvió corriendo á la sacristía y cogiendo á la señá Serafina con su carga, los metió en un cuarto que al fondo de la sacristía hay, donde, al amor de un brasero, dormía tranquilamente un señor cura de inmensa humanidad y respiración apoplética.

El cura entreabrió los ojos, y exclamó:

—¡Fuera de aquí, muchacho!

—No, señor; nos ha dicho don Andrés que nos metamos aquí mientras sale un bautizo.

—Entonces, bueno—y cerrando los ojos volvió á su interrumpido sueño.

En esto ya salía de la iglesia la comitiva. Antonio estaba sumamente inquieto por si alguien le descubría, no atreviéndose ni aun á respirar. Se había embozado en la historiada capa que su padre le compró hacía unos meses, y con el alma en un hilo escuchaba el rastrear de los pies, al pasar de la comitiva, y el zumbido de las conversaciones contenidas. Ya se iban: en la puerta gritaron: «¡Viva el señor Juan! ¡Viva el padrino!»

Aun se oía el hablar de algunos rezagados; entre ellos [illegible] Antonio la voz de Ildefonso, que debía [illegible] dinero, pues los monaguillos le daban las gracias. Después las voces [illegible] en la calle. Luego se fueron alejando [illegible]

—¿Qué, os habéis metido ahí?

—Sí, señor—respondió Antonio á don Andrés—; vi á toda esa gente conocida y me vine aquí para que no me encontraran y fueran con sus chismes.

—Pues el que he bautizado ha sido un hijo de vuestra prima Eudosia. Pero vamos ahora nosotros. A ver, á ver el chico. Vaya, Dios le bendiga. Bueno, ¿y quién va á ser la madrina?

—Pues, don Andrés, lo será esta señora, que es la que vive con mi hermana.

—Sí, señor, yo seré. Después de tóo, he visto nacer al chico y le he tomao bien de querencia.

—Don Andrés, aquí le traigo la lista de los nombres que ha de llevar el chico—dijo Antonio, sacando un papel de uno de los bolsillos de su cazadora.

—¡Pero hijo, esto es un almanaque!

—Como soy el padrino, Julia me ha dejao á mí el ponerle los nombres, sólo con la condición de que el primero sea José. Así es que yo he añadío Antonio por mi cuenta, pá que se le llame José-Antonio, y aluego he dedicao un recuerdo á tóos los de la familia. Porque, ¡qué diría mi padre, si no se llamara Lorenzo! ¡Qué pensaría mi madre si no le pusiéramos Ramón! Y así tóos los demás.

—Hombre, tantos no hacen falta. Mira—continuó don Andrés, devolviéndole el papel—, le pondremos José, Antonio, Lorenzo y

Ramón, y los demás los dejaremos. ¿Te parece?

—Lo que usted diga; pero ya sabe usted luego los chismorreos de la parentela.

—Me echas á mí la culpa—contestó riéndose el cura.

Salieron á la iglesia, y, llegados al sitio de la pila, comenzó la ceremonia.

El chico se lo dieron á Antonio, como padrino, y éste estuvo muy serio, comprendiendo la importancia de su papel. En aquel momento apareció Anselmo, y metiéndose en un rincón, esperó á que acabasen.

Una vez terminado todo, volvieron á la sacristía. Anselmo vió al recién nacido y entregó á Antonio unos paquetes de chocolate y unos bizcochos para que en su nombre regalara á su hermana.

—Muchas gracias, don Andrés, por todo.

—Cállate, muchacho, que más os debo. Dile á Julia que iré á verla, pues quiero consolarla y darle cuatro consejitos que no la vendrán mal.

Salió este segundo bautizo, sin los vivas ni los ruidos del anterior, y metiéndose los padrinos y el chico en el simón, volviéronse al lado de la madre.



—¿Y lo bautizasteis?

—Ya lo creo, con toas las de la ley. Ya sabes los principios de la Eudosia, respective á

sociedaz, moral y religión, que hasta si se quiere, son desageraos. Pues que en cuanto se notó al chiquillo hacer visajes en su fuero interno, nos llamó y nos dijo: «Que se ha de cristianar». «Descuida mujer», la contestamos Ilifonso, Lolo y yo, que siempre hemos tratao de darla gusto, y la pobre se quedó tan tranquila esperando á que Papús saliera de la urnia.

—Vaya con la Eudosia. ¿Y cómo notasteis su estado problemático?

—Pues verás: El día de su santo nos convidó Ilifonso á la Bombilla, como ya sabes, pues fuistes de la expedición, y allá nos fuimos toda la Sociedaz: la Eudosia, la abuela, Lolo el del Canalillo, el confitrión, quince ú veinte envitaos y el que te narra el caso. Merendemos con esplendidez y con bastante vino y bailamos hasta el desquicie. En fin, tú ya lo sabes. Con el vino, el vaivién y los piropos se acaloró la Eudosia, y total de cuentas: Mareo alcohólico, asiduidaz con los amigos, desmigue corporal y... el desenlace. A los pocos días oservamos que su carázter alegre y juguetón vareaba. Todo la sentaba mal, la mareaba cualesquier cosa, y cuando nos veía á los tres juntos la daban arcadas. «¡Anda Dios, que la hemos metido!», nos dijimos Ilifonso, Lolo y un servidor.

—La cosa era delicá.

—Y tanto. Conforme se fué aproximando la época del alumbramiento, que Lolo, que en-

tiende de números, llevaba con precisión, nos ocupamos de buscar padrino, y pensamos en el señor Juan, que ya sabes el cariño que siempre tuvo por la madre de la Eudosia. Nos fuimos á él, dejando á un lado antiguos resentimientos, pues se había permitido bromear sobre el estado de la chica, y nuestra asiduidaz llegándonos á poner el mote de «La Fecondidaz», Sociedad sinónima ú no sé qué, y le hablemos del asunto. Él, que como listo é esperimentao sí que lo es y que en custión de papeles sabe más que la Anunciadora, se encargó de tóos los pasos. Sacó los documentos necesarios, que por el pronto fueron: La fe de soltería y defunción de la madre de la abuela, esto por un por si acaso, la fe de soltería de la abuela y la fe de nacimiento y soltería de la Eudosia, á más de la cartilla, que la chica tié en el Monte, pá los primeros gastos. Cuando salió el chico, que ya sabrás es hermosísimo y con más talla que la estatua de Colón, preparemos con toda solemnidaz el azto del bautismo. Llegamos á San Lorenzo, con más de cincuenta envitaos, y nos dirigimos á la sacristía. Allí apuntaron al chico en dos ó tres libros una miaja gruesos, y aluego, como es costumbre, nos bajemos á la pila. El chiquillo, la mar de avispao. En cuanto veía una moza de rumbo se fijaba... eso es mío. Con decirte que de la Elvira no separó los ojos la creatura. ¿No te acuerdas quién es la Elvira? Sí, hombre, aquella rubia que fué á la Bombilla

que siempre se está riendo, hasta creo que bailaste con ella, y tié unos contornos abusivos y una pomposidaz pectoral que da gloria.

—Sí, ya sé, y recuerdo que bailamos y se apañaba la mar de bien conmigo.

—Y con cualquiera. Cuando el cura hablaba mucho en latín, notemos que el chico hacía pucheros. Eso es debido á los principios anticlericales que adornan al Lolo. El cura le echó una miaja más del agua debida y el pequeño hizo ascos; eso es de la afición vinícola de Ilifonso.

—Chico, un compendio de familia.

—Todos nos apreciamos. Acabada la ceremonia, cogimos al baboso y á los convidaos, y arrea á ver á la madre. La Eudosia nos recibió en la cama, mirándonos á Ilifonso, Lolo y á mí, con agradecimiento; cogió al chico y nos dijo: «En vosotros confío para su educación y desarrollo.» «Es justo», contestamos los tres. Dejamos al muñeco dedicao al chupe y á la Eudosia la mar de tranquila y con más leche, gracias á Dios, que una vaquería modelo, y nos fuimos con los envitaos á festejar el feliz desenlace.

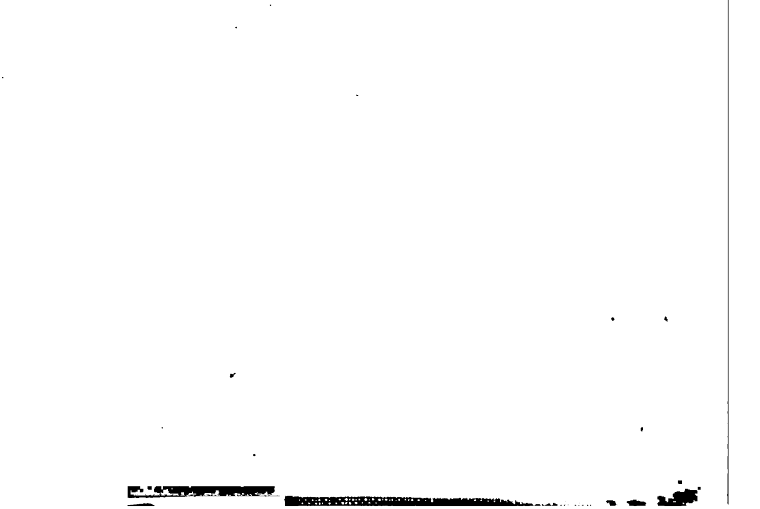
—¿Los llevasteis á la Bombilla?

—No. Los llevamos para cambear, á las Ventas, al merendero del Guillao, que se come bien, es económico, sabe presentar tóo con relativa limpieza, y además se está entretenío viendo pasar las comparsas fúnebres que van al Este.

Esta conversación la sostenían en la taberna del Barbas, que ya conocemos, el ilustrado golfo, si que también pianista de manubrio, el Asfaltao y su discípulo, el concienzudo joven apodado el Persianas.









CAPÍTULO IX

VERÁS lo que nos divertimos.

Y gracias á que he tomao dos entradas por la mañana, que si no, nos quedamos fuera, pues por las tardes están ahora atestaos tóos los teatros. A mí, Apolo es el que mé gusta; pues como he estao por dentro, conozco á tóos. ¿A ti, Anselmo, no te gusta ver funciones?

—Sí, me entretiene; pero he visto poco; mi trabajo y el dinero, no me dejan ir más que dos ó tres veces al año.

—Nosotros—continuó Antonio—siempre, ahora por Pascuas, íbamos toa la familia junta; pero este año, por lo de Julia, no han querido mis padres. Ya el año que viene será otra cosa; tóo se habrá arreglao y tendremos alegría.

En su charla llegaron al teatro y se pararon en la puerta para ver entrar la gente.

Hacía una tarde fría de Diciembre; el sol alumbraba en medio de un cielo azul sin nubes; pero sus rayos deslumbraban la vista, sin calentar los cuerpos.

Como Antonio y Anselmo iban á entrada

general, habian acudido con mucha anticipación para tomar buen sitio, deteniéndose un momento para ver entrar á los madrugadores como ellos.

Baltasar, el revendedor, los vió y saludó á Antonio.

—¿Qué, se viene de teatro?

—Si, señor; aquí hemos venido á pasar la tarde—respondió el muchacho.

Viendo venir un tropel de gente, se metieron para poder coger buenos sitios, allá arriba en el gallinero.

Entre apretones iban á pasar la mampara que da acceso al interior del teatro, cuando á Antonio le pareció oir tras de él una voz conocida. Instintivamente volvió la cabeza y vió entre varias personas, metido también en el remolino, á don Pepe.

—Oye, Anselmo. ¿Es aquél don Pepe? Mira...

—No puedo volverme, que me apretujan.

Pasaron las puertas, y Antonio y Anselmo se quedaron detrás de los que recogian las entradas.

—Ese, fíjate.

—Sí, es don Pepe con una señorita.

—¿Oye, será... su mujer? Nos habrá engañao ese tío.

—Hombre, no pienses disparates. Será su hermana, una parienta quizá. Un hombre no puede engañar hasta tal extremo. Anda y vamos pá arriba.

Desde el paraíso vieron abajo, en butacas, á don Pepe con la mujer. Él ojea un periódico de estampas, ella mira con gemelos á los palcos y á la gente que entra.

Antonio los observaba con los ojos muy abiertos y un poco pálido.

Anselmo trató de distraer al chico; pero en el fondo de su alma comenzaba á sentirse intranquilo, rumiando pensamientos de venganza, si el engaño resultaba cierto.

Comenzó la función; pero Antonio no podía enterarse; sólo veía allá abajo dos personas con fijeza mortificante, como en las pesadillas, y lo demás, actores, público, todo borroso. Oía, como á lo lejos, la música, los murmullos, los aplausos, las risas.

Al entreacto se quiso ir. Anselmo lo detuvo.

—¿Qué adelantas?—le dijo—. Los veremos á la salida y quizás saquemos algo.

El chico esperó.

Antes de caer el telón de la última zarzuela, salieron, apostándose en el saloncillo que precede á las butacas.

El revendedor Baltasar bromeaba con la mujer del puesto de periódicos, y al verlos preguntó:

—¿Se ha terminao ya?

—Sí, señor—respondióle Antonio.

—¿Queréis ver salir la gente?

—Sí, pá eso estamos aquí.

Ya salían de butacas.

—[illegible] se nos pasa.

—[illegible] ya tendremos cui-[illegible].

—[illegible] pasar [illegible] á ese señor ¿[illegible]?

[illegible] que acompañaba, y a[illegible] Baltasar se [illegible] la gorra y les sa-[illegible].

—[illegible] ustedes con Dios, don Pepe y [illegible].

La pareja respondió al saludo y se alejó.

Antonio y Anselmo con el revendedor salieron al vestíbulo.

—¿Conoce usted á ese que ha saludao, señor Baltasar?—preguntó el muchacho.

—Ya lo creo. Es un hombre con más rumbo que todas las cosas. Es maestro de obras y tié parné, aunque la mayoría del dinero es de su señora. Viven en un hotel propio de la Guindalera.

—¿Era esa su mujer?

—Sí; ¿qué tiene de raro?

—¡Que no pué ser! ¡Si es el que habla con mi hermana!—exclamó el chico en un momento de ingenuidad.

Llegaban entonces, entre el barullo, á bajar las escalerillas de la calle.

—Oye, Antoñico—dijo el revendedor en tono de burla—, conque el novio de Julia, ¿eh? Pues yo soy tambien casao y á mi nunca me ha hecho caso, pero dila que ahora...

No acabó. Anselmo, con su forzudo brazo,

le descargó una bofetada en mitad del rostro, al mismo tiempo que le decía: «¡Tío canalla!»

El revendedor cayó al suelo, hecho un lío con la capa; y ellos, empujados por la gente que se arremolinó, pudieron escapar metiéndose por la calle de las Torres y atravesando la calle de la Reina. En la esquina de las Niñas de Leganés se pararon y Antonio rompió á llorar.

—Lo ves, Anselmo; tóo era mentira. Ese hombre nos ha perdido y ahora te meterán en la cárcel por haber pegao á Baltasar.

—Ese tío canalla...—replicó Anselmo, y continuó: —Vámonos de aquí y piensa lo que haremos, pues después de saber todo es menester tomar una resolución.

—Vámonos á ver á mi hermana.

—Pues, andando.

Se fueron á buen paso hacia la calle de Ferraz.

En la puerta de Apolo estaba Baltasar, en un corro de gente, echando por la boca espumarajos de rabia y palabrotas soeces, con los ojos inyectados y media cara hinchada.

Acudió la pareja al oir las voces, el abofeteado se encaró con ella, y por escándalo público le llevaron á la Delegación.

—Será un borracho—dijo una señora á otra.

—Sí, de aguardiente de palma de mano—gritó un granujilla.

***

—Has hecho muy mal en decírselo á la pobre, así de sopetón. Tú, con buena intención, es claro, pero no puedes negar que eres un niño.

—No me regañes, Anselmo, que bastante repudría llevo el alma y acalorá la cabeza pá saber lo que me hago.

—¿Bueno, y ahora qué hacemos?

—No lo sé. Lo que es á mis padres no me atrevo yo á irles con esta embajada. ¡Buenos se pondrían!

—Pues mira, hay que pensar que tarde ó temprano tienen que saberlo, porque las cosas no van á quedarse así.

—¿Qué se han de quedar? ¡Si yo tuviera pelos en la cara y un poco más de estatura!...—dijo Antonio, llorando de rabia.

—Bueno, bueno—replicó Anselmo—, ya te he dicho que esas son cosas de hombres.

Atravesaron la Puerta del Sol y vieron que en el reloj del Ministerio eran las nueve y media.

—¡Anselmo, qué tarde! ¡Buenos nos van á poner en casa!

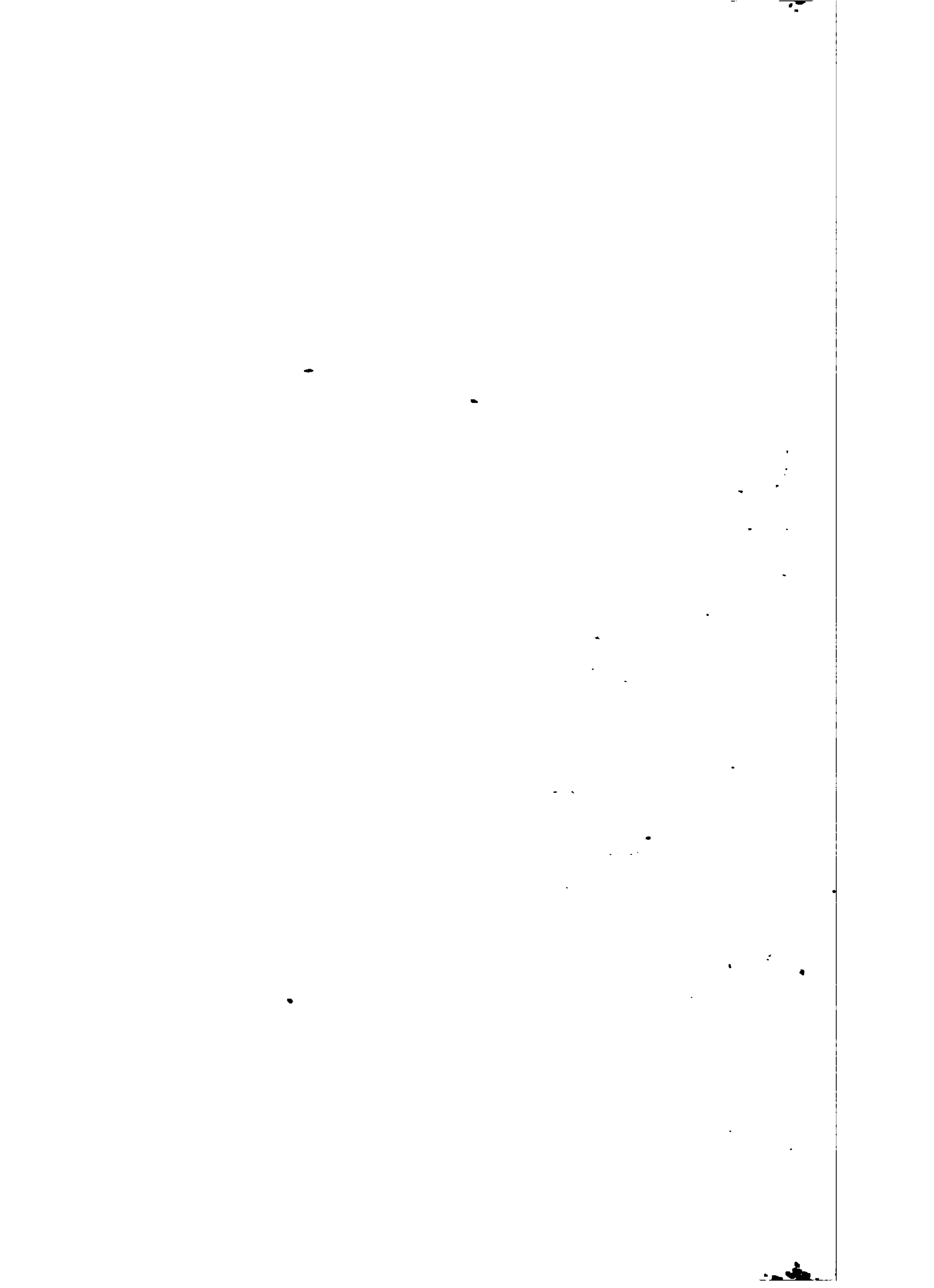
—Y tú, con esa cara, á ver lo que dices.

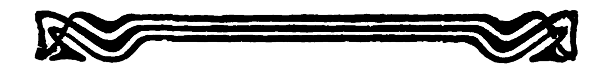
—No, por eso no. Diré que me he pegao con un chico, y verás como lo creen.

—Anda, vamos de prisa; subimos por la calle de Carretas y por la plaza del Progreso; estamos en seguida.









CAPÍTULO X

DESPUÉS que Julia supo la verdad, se quedó anonadada.

Aquella misma noche quería ir á buscar á Pepe, para insultarle, para maltratarle... pero ¿dónde ir? A la casa donde le mandaba los recados, donde ella había creído que vivía, allí no; era la casa de su tío, el antiguo maestro de obras. Él estaría con la otra, con la verdadera, con su mujer.

Pensó salir, gritando por las calles, pidiendo castigo para el infame, justicia á tanto engaño.

Hubo momentos en que pensó también en la muerte y se acercó á la ventana, desde donde por el día descubría tanto horizonte, entraba tanto sol, tanta vida, entre raudales de luz, y ahora de noche, al pegar su frente calenturienta sobre los cristales, veía todo negro, como su porvenir, y allá abajo, veía todo en silencio, en reposo; silencio de la nada, reposo del olvido. Y aquel profundo suelo, que no distinguía, parecía atraerla, lla-

marla, brindándola el descanso para siempre, la mejor solución á su conflicto.

Con ojos de loca, miraba allá abajo, abriendo la ventana para mejor mirar. Un latigazo de aire frío la sacudió las sienes y ella seguía mirando, pensando en aquel reposo que la atraía, en la noche que parecía llamarla para envolver entre sus ropajes negros, entre sus brumas obscuras, todas sus angustias, todos sus dolores.

Un momento de decisión y acababa... De la alcoba salieron lloriqueos de niño.

Julia volvió en sí y, cerrando la ventana, corrió á la cuna.

El niño lloraba, lloraba de frío; la madre lo cogió en brazos y abrigándolo, lloró también, pero con lágrimas del alma, con llorar de pena, de desconsuelo, de desesperación.

***

Al día siguiente la entrevista con don Pepe fué desagradable.

A Julia, cuando le vió, borrósele por completo todo el arsenal de imprecaciones y de injurias que tenía preparado.

Le miraba, al través de sus lágrimas, y le parecía otro. Ya no era aquél su Pepe, al que se abandonó por cariño, el padre de su hijo, el hombre que era su esperanza, sus ilusiones de hogar tranquilo, de familia honrada. Veía todo deshecho, esfumado, y le horrorizaba la realidad. Él con su mujer, con

sus nuevas conquistas; ella con su afrenta, con su estigma en la frente, con su hijo sin nombre.

Lloraba sin hablar, sin fuerzas para nada.

Él, intranquilo, quiso saber el motivo de su llanto, y, á fuerza de preguntas, sacó la verdad, que ella fué diciendo entre sollozos, sin gritos de protesta, sin insultos de mujer ultrajada.

Don Pepe palideció ante el descubrimiento de Julia, y, aunque al principio quiso protestar, desmentir lo que él llamaba calumnia, arrancar la lengua al chismoso, acabó por ceder y confesar todo, tratando de justificarse.

—He sido un infame, tienes razón; pero si supieras lo desgraciado que soy allí, en mi casa, me tendrías lástima. Yo también tengo derecho á ser feliz, y en ti encontré esa felicidad. Eres mi único cariño; pero la realidad se ceba con nosotros. No sabía lo que era querer; pero bien me ha costado saberlo. Te he hecho desgraciada y yo me he hecho más desgraciado todavía. Creí que nuestra situación podía durar indefinidamente, sin acordarme de la otra, de la que envenena mi vida.

—¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me engañaste?—murmuró la joven.

—¡Qué quieres, cosas de la vida! Te cruzaste en mi camino, y, al verte tan hermosa y comprender sentías hacia mí lo que yo por ti,

deseé tener mi poco de felicidad, y... fuí un canalla. Nunca quise á la otra.

—¿Por qué te casaste?

—Era un chiquillo. Cuestiones de familia. Yo, un hijo del pueblo, mi madre era lavandera; ella, hija de un empleado de poco sueldo, pero señorita al fin. Vi en ella la educación, el sombrero, la tontería. Ella vió en mí el artesano que ganaba dinero y que la quitaba de estar á sopapos con el hambre. Al poco tiempo me encontró tosco, ordinario, me consideró por debajo de ella. Yo la encontré cursi, imbécil, sin entrañas siquiera, capaces de hijos. Fuera de sus moños y sus trapos, nada. ¿Podía ser feliz? En cambio tropecé contigo, hija del pueblo como yo, de mi clase, con mucho querer aquí dentro y capaz de hacer un esclavo del primer hombre. Te mentí, mentí á los tuyos, pero fué por alcanzar algo de felicidad; porque si no, te me ibas, te me escapabas, y contigo todas mis esperanzas, mis ilusiones. Me ofusqué, olvidándome de todo, hasta de la otra. La arrinconé en mi memoria como á un maniquí de escaparate, como lo que era, trapos de precio por fuera, dentro, puñados de pelote. Muchas veces, en medio de nuestra felicidad, me amargaba pensar en mi situación; de ahí los arrechuchos de mal humor que me daban, que tú solías achacar á falta de cariño. También he pensado, más de una vez, decirte la verdad, contártelo todo; pero me dió miedo, no me atreví, y menos

desde que tuvimos el chico. Cuando me hablabas de tus proyectos de matrimonio, de la reconciliación con tus padres, me partías el alma. ¡Qué infamia, Dios mío, qué infamia!—repetía don Pepe, dando paseos por el cuarto. Después de una pausa, continuó con hablar nervioso, atropellado, como si quisiera de una vez enseñar el fondo de su conciencia, sincerarse, en lo posible, ante los ojos de aquella pobre mujer.

—Y todo queriéndote, queriéndote mucho, sin desear hacerte daño, sin darme cuenta; hasta encontrarnos el uno frente al otro, ante la realidad, tú con desengaños, yo con remordimientos.

Siguió don Pepe hablando aún largo rato sin que ella le interrumpiera. Cuando Julia se indignó, levantándose de la silla, como si el asiento quemara, fué al proponer él seguir como hasta allí, pasándola un diario y viéndose á menudo.

—¡Eso no!—gritó la joven—. Desde hoy todo ha cambiado; ya sé la verdad y no quiero que me llamen perdida, mala mujer, en vez de inocente y confiada. Quise á un hombre y éste me engañó; eso es todo. Si siguiera contigo, sería criminal.

—Bueno, Julia, no te alteres; pero debes comprender que yo no puedo abandonar á esa criatura; es mi hijo. Lo que yo te dé será para el niño, para su manutención.

—No me hables de dinero; no quiero nada

tuyo. ¿Me puedes devolver lo que me quitaste, mi honra?

—Mujer, considera...

—¿No me puedes devolver eso? Pues fuera de aquí. Yo trabajaré; soy joven.

—¿Y tus padres?

—No me presentaré á ellos. No quiero que se avergüencen de su hija.

—Señá Serafina, convenza usted á esta cabeza dura—dijo don Pepe á la vieja, que atraída por los gritos de la discusión, entraba en aquel momento en el cuarto.

—Eso fuera bueno si me hiciera caso, don Pepe. Yo, ya se lo digo: «No seas tonta, hija, sigue con tu hombre; es bueno, cariñoso, no te han de faltar con él cinco duros en el bolsillo. ¡Cuántas quisieran tener tu suerte! ¿Acaso eres la primera que se encuentra en estos casos?...» Pero ella nada, terne que terne en no querer ver á usted más y en los planes de trabajar para ganarse el pan. ¡Como si eso fuera tan fácil y con ese cuerpo tan hermoso hecho pá algo mejor que pa entroncharlo con el trabajo! Nada, que Julia está atolondrá, pero ya entrará en razón. Y además, si no por ella, debe conformarse á lo que usted quiere por querencia al chico.

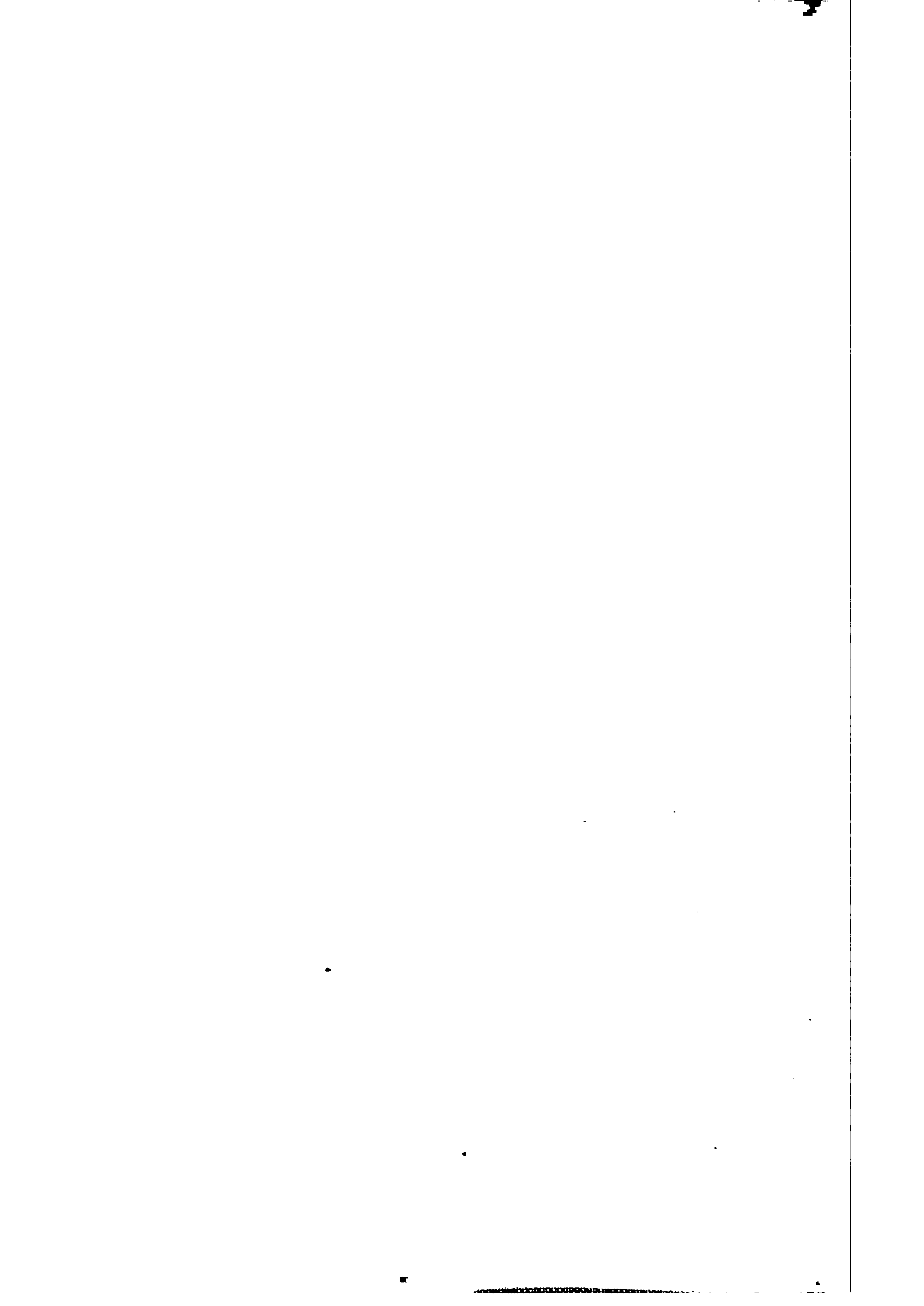
—¡Por Dios! ¿Me dejarán ustedes en paz?—interrumpió Julia.

—Me marcho—dijo don Pepe—. Piénsalo bien hasta mañana, ya sabes que siempre me tendrás, pero no te aferres en tu capricho ni

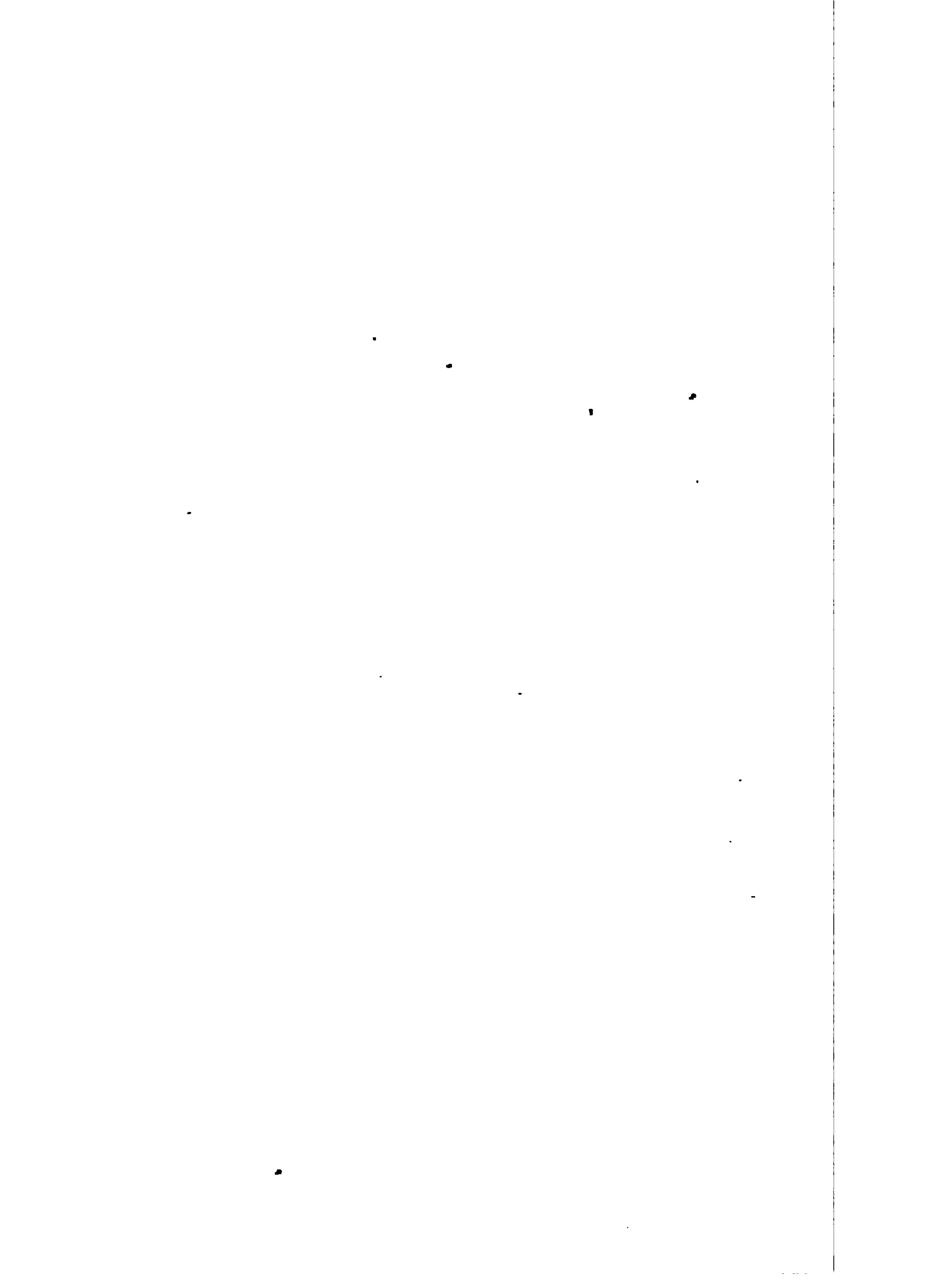
seas tozuda, pues pudieras arrepentirte. Usted, señá Serafina, no me la deje hacer ninguna tontería.

—Descuide usted, don Pepe; pero creo debía usted hacer venir á uno de esos hombres que curan las manías con chorros de agua y camisas de fuerza.











CAPÍTULO XI

La Eudosia acababa de levantarse y, aún medio dormida y á trompicones, se lavaba la cara.

El gabinete estaba puesto con cierto lujo, pues tenía sillería de muelles, tapizada de tela roja con ramajes amarillos, último regalo de Ildefonso, cómoda charolada de negro, armario de luna, velador al centro con tapete de *crochet* y lavabo con espejo y piedra de mármol lleno de tarretes de polvos y pomadas para enaltecer las prendas personales de la dueña.

Las cortinas de la alcoba, haciendo juego con la sillería, estaban levantadas, dejando ver una cama grande de madera, estilo Luis XV, como dijo la prendera á quien se le compró, con las ropas revueltas, unas botas de mujer, una alfombrilla medio arrugada al pie y muchas puntas de cigarro por el suelo.

Al lavotearse la Eudosia, dejaba caer la camisa enseñando sus redondeces, un poco

caídas por su misma exuberancia, y mostrando el color moreno de sus carnes.

Se fregoteó el cuerpo, pues, como ella decía, á limpia nadie la ganaba, y después, queriendo disimular el tono obscuro de su cara, se embadurnó con pomada y polvos, haciendo resaltar el color blancuzco y artificial del rostro, al color natural y sano de su cuerpo de jamona.

Recogióse el pelo de cualquier manera, mientras venía la peinadora, y echándose una falda y una chaquetilla estrecha y vieja á medio abrochar, abrió el balcón.

Gran bullanga había á aquella hora en la Cava Baja.

Eran las nueve de la mañana y el gritar de las vendedoras y el trepidar de los carros ensordecía.

Delante de la casa donde vivía la Eudosia había una posada. De un carro llegado de algún pueblo vecino descargaban fardos, mientras que el carretero disputaba con voz bronca, con un matrimonio que también parecía de pueblo, sobre si habían llegado bien ó mal los encargos que le habían encomendado.

A la puerta de la taberna, lindante á la posada, el tabernero, de apoplético cuerpo y lustrosa cara, escuchaba con un cigarrillo apagado en los labios, el floreo que se dirigían el carretero y el matrimonio, y á su lado, indiferente á todo, una vieja sentada en la

acera, imploraba la caridad con lacrimoso y continuo balbuceo, extendiendo una mano y acariciando con la otra el lomo escuálido y sucio de un perrillo que sobre sus rodillas tenía.

—Oye, Rosalía—dijo la Eudosia retirándose del balcón y llamando á la criada—, ¿á qué hora se fué mi madre?

Apareció la doméstica en el gabinte, con los brazos al aire, y dijo que la señá Jacinta se marchó al puesto á las siete.

—¿Y al irse Ilifonso, dijo si vendría á almorzar?

—Pues, no ha dicho ná.

—Entonces comerá en la otra casa.

Hay que advertir, que el ex carnicero y principal usufructuario de la chula, vivía con unos sobrinos en las Vistillas de San Francisco, viniendo á comer con la Eudosia algunas veces y á cenar casi siempre, quedándose ya allí.

—Anda, Rosalía, que han llamao.

Se fué la maritornes, volviendo al poco tiempo.

—Un joven que pregunta por usted.

—¿Por mí?

—Sí, señora.

—No sé quién será. ¿Es el Asfaltao, que hace tanto que no viene?

—No, señora; á tóos los conozgo y éste es nuevo.

—Bueno, pásalo á aquí.

Entró el Persianas con la gorra en la mano y un poco cortado.

—¿Da usté su permiso?

—Hola, buen mozo. ¿Tú por aquí?—dijo la Eudosia.

—Verá usted, señá Eudosia. Pasaba por ahí y, recordando la invitación que usted me hizo de venir á saludarla, me dije, digo: voy á echar un vistazo á la señá Eudosia.

—Y qué; ¿has venío á echármelo?

—Ya lo ve usted.

—Bueno, hombre, bueno. Voy á cerrar este balcón, pues con el ruido no nos entendemos... Siéntate, no estés ahí de pie.

Sentóse el muchacho en una butaca, no atreviéndose á pasar del filo del asiento y recorriendo, con ojos asombrados, aquellos lujos á que no estaba hecho.

La Eudosia sentóse frente á él y echándose hacia atrás en su butaca, cruzó las piernas y quedóse mirando á su visitante.

Era guapo aquel muchacho; la juventud le rebosaba; su cara de niño, con un poco de bozo; sus carrillos colorados por la cortedad de verse ante ella; su pelo rubio, peinado, más que peinado, planchado, hacia los ojos; el cuerpo fino, todo, todo hacía gracia á la chula.

—Oye, chico; qué parlanchín has venío. Pero, hombre, di algo.

—Pues qué quiere usted que diga.

—Ya sé que te has separao del Asfaltao en la cuestión de los organillos.

—Sí, señora. Cuando hacíamos un buen día, él se lo quería llevar tóo y á más siempre tratándome de malas maneras y con una superioridaz que molestaba, como si fuera uno un chiquillo; y ya ve usted que soy tan hombre como él.

—Sí, ya lo veo.

—Pues tuvimos una miaja de palabras y rompimos la sociedaz.

—¿Y qué piensas hacer?

—Estoy á ver lo que me sale.

—¿Por qué no alquilas por tu cuenta los manubrios y con un amigo que te ayude emprendes el negocio?

—¿Y los cuartos?

—Tu madre.

—Sí, buena está mi madre. Dinero sí que tiene, pero Ramón se lo lleva tóo y á mí, ni agua.

—¿Quién es Ramón?

—Mi padre putativo.

—¿Se ha casao otra vez tu madre?

—No, señora; pero pá el caso es lo mismo. Ellos se dan buena vida; ellos se dan tóo lo que quieren, y yo soy el único que me reviento, y, crea usted, que lo que siento es no tener tres ochavos, ni por dónde me vengan, pá irme de mi casa y dejar de ver á ese sinvergüenza que ha revuelto el sentío á mi madre.

—Vamos, hombre, ten paciencia y no te acalores, que en este mundo tóos tenemos ueq tragar bilis.

Mientras la Eudosia hablaba, recomendando la conformidad y dándole consejos, el muchacho, sin querer, comenzó á distraerse y á quitar la atención de lo que hablaba la moza para ponerla, toda entera, en su cuerpo.

—¡Camará, y qué hechuras se trae la señora!—pensaba el Persianas—. Pues si casi casi me gusta más así, á medio vestir, que emperejiláa.

Ya doblaba los treinta, pero, lo que él decía: gallina vieja, mejor caldo, y, sobre todo, la experiencia, la labia y la amenidad en el trato.

Al fijarse en aquella chaquetilla que la ajustaba el pecho, pareciendo próxima á reventar para dar paso á una avalancha de carne, le daban ganas de decirla:

—¡Comadre, desabróchese eso y deje en libertad la gracia de Dios, no me vaya usted á enfermar de los pulmones!

Pero no se atrevía. ¡Qué suerte la del Asfaltao, tan feo y con tanta confianza pá tóo, con aquella hembra!

—Oye, chico, que no me atiendes. ¿En qué piensas?

—¿Yo? En ná — respondió el muchacho poniéndose colorado hasta el blanco de los ojos.

—¿En ná y me estás mirando de una manera como si me quisieras comer?

—Y beber si fuera posible—contestó sin poderse contener.

—Anda, el niño tan tímido y tan inocentón como me parecía. ¿Te ha enseñao tóo eso el Asfaltao?

—Ese no me ha enseñao á mi ná.

—Más vale que no se te haya pegao su poca lacha y su desagradecimiento. Yo en cuanto le eche la vista encima le voy á dar dos patás y un pasaporte pá que no vuelva.

—¿Pues qué le ha hecho á usted, señá Eudosia?

—Ser un sinvergüenza despegao y que olvida los favores. Yo le saqué de la ná, de la basura, le adecenté, le compré los cuatro trapos presentables que tiene, le defendí más de una vez delante de Ilifonso y le llené el bolsillo. Pues él, se dejó querer, se gastaba el dinero con golfas indecentes, me empeñó dos veces mi mantón de Manila, lo cual que Ilifonso tuvo que sacarlo, y ahora anda por ahí, con no sé qué prójima, no ha venío hace infinidad de tiempo, y á más dicen que habla pestes de mí y de Ilifonso. ¡Valiente asqueroso, que no me debe más que favores! Y tóo me lo tengo merecío, por ser demasiao compasiva y tener un corazón que no me cabe en el pecho.

—¡Tamaño tendrá!—pensó el Persianas, y en voz alta añadió—. No haga usted caso, señá Eudosia. Mire usted lo que ha hecho conmigo, que siempre me he portao cabalmente y le he servío de burro de carga, toca que toca el pianillo mientras él piropeaba á las de los balcones y se daba tono de guapo, y aluego

toas las ganancias pá él y yo de rositas, y ya ve usted, no le hago caso. Allá él, que ha sido el que se ha portao malamente.

—Pero es que lo que hace conmigo no tiene nombre. Ya ves, cuando dejé de criar á mi niño, porque el médico me encontró muy debilitá, lo mandé á Carabanchel á casa de un ama que me lo está poniendo como un ternero. ¿Pues tú crees que el golfo del Asfaltao ha sido pá venir á preguntar como está el chico y qué ha sido de él? Nada, no ha aparecío, ni le importa un bledo, y eso que si vamos á ver, tiene obligaciones con el muñeco.

—Lo que no me explico, señá Eudosia, es que se pueda ser así con una mujer como usted.

—¿Por qué, muchacho?

—Porque se podía uno dir por ahí dándose con un canto en el pecho, con tal de lograr cualesquier insinificancia de usted.

—Se agradece, Persianas.

—Sí, señora. Yo soy corto de genio, ya lo sabe usted, y no me gusta hablar mal de nadie; pero ciertas cosas me asquean. Ná, que Dios da suerte y muchas cosas más á quien no se lo merece.

—¿Tan desgraciao eres tú?

—A ver, si ná se me endereza.

—Pues eres aún muy joven y de físico no tiés que envidiar ná á nadie; así que no te achiques—dijo la Eudosia mirando de pies á cabeza al Persianas, y haciendo aproximacio-

nes allá en su mente—. Pero estarás incómodo en esa butaca; siéntate aquí, en ese sofá, á mi lado.

Levantóse el Persianas y se sentó en el lugar indicado. Al hacerlo tropezó, sin saber cómo, con la rodilla redonda y carnosa de su vecina, y un cosquilleo le corrió por el cuerpo.

—Nada, chico, que no te apures—continuó la Eudosia al mismo tiempo que le daba un cachete cariñoso en el muslo—. Tú eres joven y tiés mucha vida por delante.

El muchacho sonrió sin saber qué decir, sintiendo el cosquilleo, cada vez más fuerte, por la proximidad de aquella señora, y, sobre todo, por el botón de la chaquetilla, próximo á saltar. Aquel botón le traía á mal traer al pobre Persianas.

La Eudosia, en su imaginación de mujer viciada, le agradaba el muchacho, y en su mente pareció tomar una resolución.

—Yo me voy, señá Eudosia—dijo el Persianas con voz un si es no es temblona.

—Quita allá, chico. ¿Aónde vas ahora? No seas primo. ¿Tan mal estás aquí?

Y levantándose, sentóse en el sofá más cerca del muchacho. El otro, medio se incorporó y dijo:

--No, no es eso. Es, señá Eudosia, que si sigo aquí más, la falto al respeto.

—¡Ay, qué gracia! Tranquilízate, hombre, tranquilízate.

La mujer, ducha en amor, gozaba con ver

la impresión del muchacho, y éste, cada vez más tartamudo, no sabía qué decir ni qué hacer.

—Verás, chiquillo—continuó la chula, acercándose cada vez más y rozando el brazo del Persianas, con lo que llenaba la chaquetilla—. Si te portas bien, yo te protegeré, te daré pá el negocio de los organillos, y, á mi lao, ya verás cómo subes. ¿Quieres?

—Lo que usted diga.

—Yo te haré hombre, y á ver si no me sales como el otro, ¿eh?

—No, señora.

El chico se ahogaba. Un minuto más y echaba á rodar todo.

La chula reía, comprendiendo el estado rojo del muchacho, y el otro también rió, y los dos rieron, con risa nerviosa y continua.

Sin hablar palabra, siempre riendo, levantóse la jamona, y tirando del chico, le empujó hacia la otra habitación, corriendo las cortinas.

Un minuto después apareció en el gabinete la Eudosia, sin la chaquetilla de marras, corrió hacia la puerta, moviendo al correr sus exuberancias, y echó el cerrojo. Dió media vuelta y ocultóse otra vez tras de los cortinones de tela roja con ramajes amarillos...

. . . .

—Señá Eudosia—dijeron desde el pasillo, al mismo tiempo que dieron dos golpecitos en la puerta del gabinete.

—¿Qué quieres, Rosalía?

—La peinadora.

—Voy.

Salieron al gabinete la chula y el Persianas; él un poco colorado y aturdido, sin darse cuenta aún, del parentesco corporal contraído con la Eudosia; ella tan fresca, haciendo por abrocharse el botón de la tentadora chaquetilla y dando los últimos toques á su conversación interrumpida.

—Ya sabes, al sinvergüenza del Asfaltao le dices que no vuelva por aquí y que te dé tóos mis retratos; se lo dices por las buenas; y si no quiere, le azviertes que irá Ilifonso á recogerlos, y á ese, como persona formal y hombre de pantalones, tendrá que dárselos. En cuanto al negocio de los manubrios, se lo diré á Ilifonso y se te dará el dinero. Ya verás como entre los dos te empujamos.

Descorrió el cerrojillo y abrió la puerta.

—Pasa, Dolores—dijo la Eudosia llamando á la peinadora.

—Buenos días, Eudosia y la compañía.

—Este es un pariente con el que estaba hablando cuestiones de interés; ya sabes lo que me gusta ayudar á la familia.

—Sí, lo que es á corazón no hay quien te gane—contestó la peinadora, al mismo tiempo que, de un estuche largo de cuero, iba sacando las tenacillas de rizar y los peines, y colocábalos encima de la piedra del lavabo.

Salió la chula á despedir á su novato y

mientras la peinadora pensaba, arreglando los cachivaches:

—Este debe ser el número uno de la serie segunda. Rediós con esta mujer y cómo se prodiga. Después hablan de una.

—Vaya; aquí me tienes—dijo la Eudosia entrando en el cuarto.

Quitóse la chaqueta, sentóse en una silla delante del lavabo, y la peinadora, poniéndole una toalla en los hombros, comenzó á desenredarla el pelo.

Al principio callaron las dos, hasta que la Eudosia, mirando á la peinadora en el espejo, dijo:

—¿No tiés ninguna novedad que contarme?

—¡Anda, pues si supieras el saco de noticiones que te traigo, y de gran interés!

—¿Y por qué no has empezao?

—¡Como te veía tan pensativa!

—¿A mí?... ¡Ay que me tiras!

—Mujer, aguanta, que me traes hoy el pelo la mar de enmarañao. Pues de familia son hoy las novedades.

—¿De familia?

—Sí, de tu prima Julia.

—Vamos, que se ha cansao de su hombre.

—No, mujer; peor que eso.

—Que se ha enredao con otro y el tal don Pepe la ha querío matar.

—Tampoco. Déjame á mí hablar y te enterarás del sucedío.

—Bueno, habla.

—Por el chico de la señá Jacoba he sabío tóo.

—¿Quién es la señá Jacoba?

—Una tía de mi marido.

—Sigue.

—El chico ese trabaja y va siempre con el de Serafina, que es la mujer que puso don Pepe pá que cuidase de la Julia. La Serafina se lo ha contao tóo á su hijo y éste al otro; así que ya ves si estoy bien enterá.

—Corriente.

—El don Pepe ese ha resultao casao y creo que con hijos, y la Julia, en cuanto que se ha enterao, no sé por dónde, se ha puesto por las nubes y ha dicho que ella no pué seguir con un hombre que esté comprometido.

—¡Como si no lo supiera ya!

—No, mujer; me han asegurao que no lo sabía.

—Mentira. Disculpas de ella pá romper y largarse con otra proporción que le haiga salido.

—Mira, Eudosia, si me interrumpes así, no te lo cuento.

—Me callo.

—No han servío ni lágrimas, ni ruegos, ni amenazas de don Pepe pá convencerla á seguir como hasta aquí. Ni por el porvenir de su hijo ha cedido. Que no y que no. Que ella trabajaría y que ganaría el pan de los dos. Hasta un tío de don Pepe ha ido á hablarla y á llevarle una fuerte suma de parte de él; y ¿sabes

lo que hizo? Echar de la casa al tío y tirarle sus billetes por la escalera.

—¡Valiente hipócrita!

—Don Pepe, desesperao, dicen que ha desaparecío y que ni su mujer ni nadie ha sabío de él. La Julia, tronchá de tantas luchas, ha caído en cama hace diez días con unas calenturas nerviosas que meten miedo. La Calatrava enterá y medio loca fué con un cura, amigo de la casa...

—Sí, don Andrés; un cura que gastan pá toas las solemnidades de familia.

—Bueno, pues con don Andrés y como pudo y á pesar de las negativas de la Julia, cargó con ella y el crío en un coche, y delirando por la calentura, se la llevó á su casa. Allí sigue enferma, dicen que no conoce y tóos en la casa están como te pués suponer.

—¡Chiquilla, descansa, que parece'eso una novela por entregas!

—Sí, ríete; pero las Calatravas no estarán pá bromas.

—Anda y que se pongan moños con la niña. Tú ya sabes cómo estaban antes con la virtuz y la honradez, que casi tenían miedo de que Julia alternase conmigo, como si yo tuviera la peste, y total, porque vivo, hace muchos años, con un hombre honradamente; pues lo que es ahora bien me he de reir, y pá que se enteren que lo sé tóo voy á ir por la tahona, con achaque del parentesco, á preguntar cómo sigue la virtuosa.

Entró la señá Jacinta resoplando de calor, pues siempre lo tenía, aunque helara, y sentándose con mucho cuidado en una butaca, de la sillería que ella tanto admiraba, descansó de la escalera para poder hablar.

—¿Usted por aquí tan temprano, madre?

—Hija, si es la una menos cuarto. Ya he recogido y me vengo á comer. Tú sí que estás atrasá. Entoavía peinándote.

—Ya hemos concluído—dijo la Dolores al mismo tiempo que limpiaba los peines y sacudía la toalla que había tenido la chula sobre los hombros.

La Eudosia se daba polvos delante del lavabo en su manía de parecer blanca, y dirigiéndose á su madre:

—Que le cuente la Dolores tóo lo que acaba de contarme á mí.

Volvió la peinadora á su relato entre los nuevos comentarios é interjecciones de las oyentes.

—Bueno—pues lo que yo te digo—dijo la señá Jacinta á su hija—, es que no te permito vayas en son de burla á casa de las Calatravas. Las pobres han tenío un tropiezo y son desgraciás; pues nosotros debemos ir allí á ofrecernos y ná más, y déjate de resentimientos pá mejor ocasión.

—¡Mire usted, madre, que quedarme yo con los desprecios que me han hecho! Vamos, que soy capaz de llegar hasta la cama de la Julia y decirla: «Hija mía, toas iguales».

—¡Qué barbaridaz!—exclamó la señá Jacinta, añadiendo: —A más, que no tienes pá qué compararte con ella. Tú tienes un hombre honrao que mira por ti, que hace vida contigo cerca de doce años, y que si no sus casáis es por miedo á no congeniar, y ya sabemos tóos lo que es un matrimonio desavenío. Pero, por lo demás, honradez y buen corazón tenemos que nos sobra.

—Vaya, yo me voy—dijo la peinadora—. Hasta mañana, Eudosia.

—Quede usted con Dios, señá Jacinta.

—Adiós, Dolores.

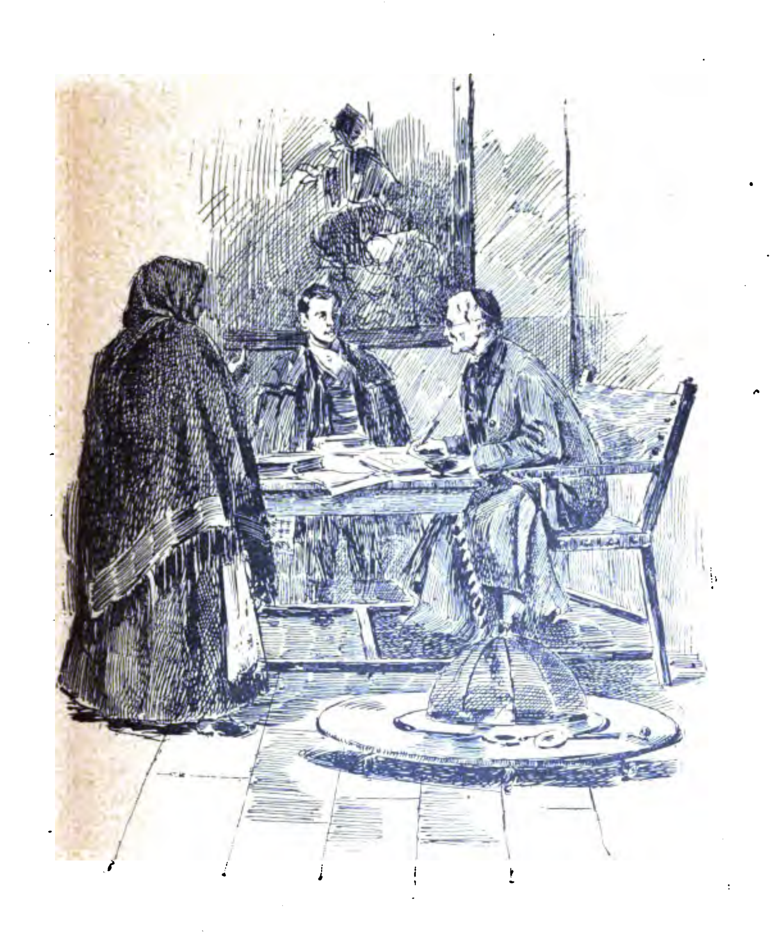
Ya desde el pasillo volvióse la peinadora para decir:

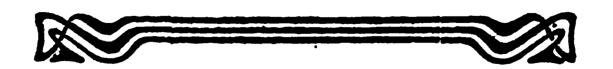
—Si sé algo de nuevo, mañana te lo diré, porque esta tarde tengo que ver al hijo de la señá Jacoba.

—Sí, entérate bien, que ya sabes lo que nos interesa—respondió la Eudosia.

Bajaba las escaleras Dolores más contenta que unas castañuelas, pues llevaba dos noticiones para la clientela que le quedaba: lo de la Julia y lo del nuevo patrocinado de la Eudosia.







CAPÍTULO XII

La Calatrava y su hijo Antonio dejaron el tranvía en la Fuentecilla y se encaminaron hacia la Virgen de la Paloma.

—Hijo, Dios quiera que no le pase nada á tu hermana mientras oímos misa.

—No piense usted en eso, madre; ya sabe usted lo bien que la cuida la hermana de don Andrés.

Siguieron un rato en silencio, sorteando las verduras y los puestos que hay, á primera hora, en la calle de Calatrava.

La Ramona volvió á entablar conversación con el muchacho.

—¡Mira qué hermosa mañana! A ver si con este tiempo mejora Julia y deja la cama. En cuanto diga el médico que se puede, nos la llevamos á la Montaña, al pueblo de tu padre, á que se restablezca. ¡La Virgen Santísima haga que no ocurra ningún retraso!

—Madre, aquí hay una cerería pá la vela.

Entraron á comprar dos velas para la Virgen, y con ellas en la mano, siguieron camino del templo.

—[illegible] la iglesia, madre?

—[illegible] ¿no te acuerdas?

—[illegible] con usted, pero se me ha [illegible]dado...

—Pues ya puedes rezar á la Virgen para que nos dé resignación á todos y salud á mi hermana. Ahora oiremos la misa de diez y dejaremos una pagada para que mañana la digan.

—¿Verdad usted, madre, que hace tantos milagros esa Virgen?

—[illegible]

[illegible] de joyas [illegible]

[illegible] en la [illegible]

[illegible] que [illegible] que [illegible] para leer su [illegible] cigarrillo. Todo era

allí de tonos obscuros; viejo y empolvado aparecía todo: los armarios, las pinturas que colgaban de las paredes, una Virgen de túnica blanca y manto negro, copia de la imagen que veneraban en la iglesia; á su lado un cuadro medio borrado dejaba ver una mujer vestida á la moda de principios del siglo pasado. Volvióse el muchacho y examinó con curiosidad un cuadrito de relieve, como de yeso, defendido por cristal, representando un buque en el momento de irse á pique, y asomando por un rasgón del cielo, rodeada de nubes, la Virgen de la Paloma salvaba de muerte cierta á los pobres náufragos de cal.

Ya unas mujeres enlutadas habían encargado sus sufragios, y sacando de entre sus mantos un puñado de monedas, lo dejaron sobre la mesa donde escribía el cura de los lentes. Este se apoderó con presteza del dinero, como si no quisiera que el centellear de la plata desarmonizara el tinte obscuro y lúgubre de aquel cuarto.

Llególe el turno á la Calatrava.

—Deseo una misa para mañana martes— dijo la Ramona.

El cura de los lentes humedecióse el dedo y consultó su libro, respondiendo con voz meliflua, impropia de aquel cuerpo tieso y empalado:

—Mañana no es posible, señora; están tomadas. ¿Le conviene el miércoles?

—Bueno; pues el miércoles.

—El miércoles á las ocho. ¿Qué intención ponemos?

—Por un enfermo—respondió la Calatrava.

El cura apuntó en el libro, mientras la Ramona sacaba cuatro pesetas, que fueron á juntarse con otras muchas que en un cajón de la mesa iba depositando el sacerdote.

La campana anunció la misa de diez.

Antes de entrar en la iglesia el chico, curioso y preocupado, preguntó á su madre:

--Oiga usted una cosa, y ese dinero, ¿pá quién es?

—¡Qué preguntas, hijo! Para el culto de la iglesia, para que los señores sacerdotes digan misas y la Santísima Virgen conceda lo que se le pide.

—Entonces, madre, el que no tenga dinero pá misas, ¿á ese no se le concede nada?

En aquel momento entraban en la iglesia y la Ramona no respondió.

Tomaron agua bendita, acercándose la Calatrava al altar mayor é hincándose de rodillas.

A los pies de la iglesia, y al lado de la pila del agua, había un banco; allí se acomodó el chico con la sana intención de fijarse en todo.

Las paredes del templo estaban blanqueadas; pero los manchones y descascarillados denotaban la época remota del blanqueo. En el altar mayor y único, rodeado de votos de cera y metal, estaba el cuadro de la Virgen con corona de plata adosada á la pintura...

Un reloj de péndola, colocado al lado del

altar, dió las diez, y á poco, comenzó la misa.

Antonio púsose en pie y, mientras el sacerdote y el monaguillo comenzaban el cuchicheo litúrgico, siguió su examen.

Enfrente de su banco, bajo encarnado dosel, estaba un Cristo, tamaño natural, de cuerpo negro y mirada agónica, clavado en una cruz. Sin saber por qué, estos Cristos moribundos eran los que más impresionaban al muchacho. Antonio dió unos pasos para verlo bien: la cara flácida de ojos mortecinos, la boca abierta de labios secos y amoratados, que parecen moverse para implorar perdón, el cuerpo todo salpicado de sangre con contorsiones de músculos martirizados.

Los pasajes evangélicos de la Pasión, que Antonio recordaba de la escuela, se le representaron, sintiendo respeto hacia aquella imagen majestuosa.

Rezó un Credo por su hermana y volvióse á su banco.

En el muro de frente al Cristo y como haciendo juego con él, vió una repisita con un San Antonio pequeño rodeado de luces.

¡Qué ridículo le pareció aquel santo amadamado, protector de futesas, noviajos y cosas perdidas, con su cara bonita de mujer, haciendo bis al Dios-hombre, al Dios de los sufrimientos y del perdón, rodeado de toda la grandiosidad de sus martirios!

No se podía explicar cómo Cristo no deshacía de una mirada á la figurilla de cartón

piedra, acostumbrada sólo á oir los lacrimeos de alguna solterona irresignada, mientras Él, el Hijo de Dios, moría en un patíbulo oyendo el clamoreo de las miserias y podredumbres de todo un mundo.

—Si don Andrés estuviese en aquella iglesia, en vez de ser cura de San Lorenzo, ya le diría que quitasen á San Antonio y lo pusieran en otro lado, pero no frente al Cristo.

Al lado del santo de los novios estaba San Miguel, encorazado á la romana, dando mandobles al diablo que á sus pies tenía.

A Antonio estas imágenes no le inspiraban devoción; le parecían algo de teatro.

La misa seguía; en el momento de alzar, algunas viejas besaron el suelo entre aspavientos de devoción.

Un hombre de pueblo, de rostro imbécil y cabeza deprimida, recorrió de rodillas, arrastrándose y con los brazos abiertos, la distancia que media desde la puerta de entrada al altar. Las devotas se retiraron para hacerle paso, y él siguió impertérrito su camino, con los ojos fijos en la Virgen, con inmovilidad de hipnotizado. Para Antonio, todo aquello era nuevo y le servía de motivo de asombro.

Oyó ruido al lado de la pila, y al volverse encontró á una mujer que lavaba con el agua aquella, el rostro recubierto de costras de un pequeñín que en brazos llevaba. El pequeño lloró al sentir la humedad, mientras que la mujer siguió un momento su lavoteo milagroso.

El estómago del chico de la Calatrava se asqueó, y desde entonces quizás, por aprensión, comenzó á sentir cierto olorcillo á roña y miseria.

La misa continuaba.

Al lado de Antonio, sentadas en su mismo banco, dos mujeres charlaban sin cesar de sus cosas.

—¿A qué vendrán estas mujeres aquí?—pensó el chico.

Una vez concluída la misa, quedóse un rato la señá Ramona rezando á la Virgen.

Suplicábala, por centésima vez, protegiera á su hija, sacándola con bien de la enfermedad y resolviendo de la mejor manera los conflictos de familia.

Con lágrimas en los ojos, por la fe de sus plegarias y murmurando las últimas Ave Marías, volvióse para buscar á su hijo.

El muchacho se reunió á ella y juntos entregaron las velas á la mujer que cobraba las sillas.

—Para alumbrar á la Virgen—dijo la Calatrava.

—¿Sólo para la Virgen, ó quiere usted que la otra se la ponga á San Antonio?—preguntó la mujer.

—Para la Virgen sola—insistió la señá Ramona.

Al salir quiso tomar agua bendita; pero su hijo no la dejó, contándola de prisa y en voz baja el chapuzón del niño de la cabeza costrosa.

Fuera de la capilla, la Ramona sacó unas perras gordas para repartir entre las dos filas de viejos, ciegos, tullidos y demás asiduos concurrentes á los atrios de todo santuario.

Como el dinero no llegaba, pues eran muchos, dió una moneda para cada dos, y allí fueron los altercados y refunfuños al hacer las partijas.

Ya lejos de la Virgen de la Paloma, aún oyeron la Calatrava y su hijo la polvareda que su limosna armara.

—¡Tía Pellejos, que no me ha dao los cinco céntimos que son míos!

—Ya se los he cambiao al cojo ese.

—¡Mentira! ¡Afloje usted el bolsillo, so ladrona!

—Calle usted, señora, que no me gustan los escándalos.

—Pues dé usted el dinero.

—¡Jesús, que no se pué una distraer!

Siguieron unos minutos las disputas, acompañadas de los gritos guturales de un sordomudo que también reclamaba su perrilla.



Julia mejoraba entre los cuidados de los suyos.

Había sido necesario buscar un ama, pues el médico, al ver la pertinencia de las calenturas, se opuso á que siguiera criando al chico.

Ni la Calatrava ni su marido dijéronla una

palabra de reproche; tuvieron lástima al ver su desgracia, y acogieron con cariño á la madre y al pequeño.

Sólo don Andrés, como sacerdote y autoridad en la casa, se creyó obligado á aconsejarla y hacerle ver los muchos males que su conducta había acarreado. Ante los sollozos y desesperación de la enferma no insistió más y todos hicieron por perdonar y tratar de poner remedio á aquella situación.

El tío de don Pepe fué á visitar al señor Lorenzo para proponer un arreglo respecto al chico, pues era su carne y no quería abandonarle; pero el padre de Julia no quiso oir nada y sólo se enteró de que don Pepe había desaparecido sin saber nada de él, aunque según sospechaba el tío, debía encontrarse camino de Orán, pues allí tenía un amigo que siempre le estaba llamando, pintándole un buen porvenir.

El maestro de obras había intentado dos veces irse, pero su mujer se negó á seguirle, y ahora, desesperado, pues según decía el tío de don Pepe, su sobrino estaba *enamoradismo* á cegar de Julia, viendo que la muchacha se negaba á todo lo que de él fuera, y encontrándose nuevamente desgraciado con su mujer propia, había tomado el partido de desaparecer, marchando á Orán, según pensaba el tío.

El señor Lorenzo y la Calatrava seguían con ansiedad la mejoría de su hija, habiendo

decidido llevarla al pueblo del padre, situado en las montañas de Santander.

Cuando el médico lo permitiera marcharía la Calatrava acompañando á la convaleciente y al niño. Allí en el pueblo vivirían en el caserío de una hermana casada del señor Lorenzo, situado en la falda de verdosa colina.

Antonio bien hubiese querido acompañar á los viajeros; pero su padre no quiso dejara sus estudios de las Escuelas Pías de San Fernando.

En todo el barrio se hablaba del caso de la Julia, y varias mujeres habían asomado la cabeza por la tahona para husmear novedades.

La familia de la Calatrava aún no había aparecido, y de ello se alegraba la Ramona, pues temía la visita de su flamencota parentela.

Por fin una tarde se presentó la señá Jacinta. La vieja, buena en el fondo, se emocionó al ver á aquella madre tan afligida, y, olvidando rencores, animó á todos, ofreciéndose por si servía para algo. Había querido ir sola, pues temía que á la Eudosia se le fuera la lengua, y á ella, como varias veces repitió á su hija, no le parecía bien aquella conducta.

A los dos ó tres días de la visita de la señá Jacinta, hizo su entrada oficial en la tahona la Eudosia, acompañada de Ildefonso y el nuevo socio, apodado el Persianas.

El señor Lorenzo despachaba, ayudado por Anselmo, á unos parroquianos.

El panadero frunció un poco el ceño al ver á los visitantes que por la puerta se le entraban, y después de un frío saludo, ni siquiera les brindó pasaran á la salita-comedor para ver á la señá Ramona.

La Eudosia se arrellanó en una silla que había en la misma tienda, permaneciendo en pie los dos guapos, como dándola guardia de honor.

—Hemos venido—comenzó la Eudosia—á enterarnos del estao de la Julia y de su chico.

—Siguen mejor—contestó el señor Lorenzo.

—Ya me dijo mi madre que mejoraba; pero, como de la familia, nos hemos creído en la obligación de hacernos presentes personalmente.

—Eso, personalmente—repitió Ildefonso.

—¿Quién será ese que viene con ellos?—pensó el señor Lorenzo mirando al Persianas.

—La verdaz—contestó la Eudosia, que traía las de Caín—que ha tenío mala suerte la pobre Julia. En vez de conocer y empalmar ya las relaciones con el mismo, le ha salío éste un arrastrao. ¿Y además no habéis vuelto á saber ná de ese don Pepe?

—Ni sabemos, ni queremos saber—contestó el panadero.

—Pues hombre, yo creo que si supierais de él era cosa de ir á darle algo por demasiao vivo, porque mira que á la chica la ha dejao apañá.

El señor Lorenzo no contestó; Anselmo, nervioso, recogía panes en una cesta. La chula, impertérrita, continuó:

—A mí lo que me ha extrañao es que viniera aquí Julia, pues dicen no quería presentarse delante de vosotros y, por otra parte, me choca también la hayáis azmitido, dao vuestro modo tan rezto de pensar, y...

El señor Lorenzo no la dejó continuar, levantó la trampilla del mostrador y salió á la tienda.

—Mira, Eudosia: mi hija no ha sido nunca una perdida sinvergüenza como otras; la han engañado miserablemente; pero al conocer su equivocación, quiso ganarse la vida de manera honrada en vez de cerrar los ojos, como muchas, y seguir caída. Nosotros no podíamos abandonarla, porque es nuestra hija, y un hijo cuesta mucho criarlo para después despedirlo así, sin más ni más. ¿Qué quieres? todos pagamos el engaño de Julia. Pero engañada, abandonada de todos, sin más compañía que las murmuraciones y cortes de las almas buenas, aquí y sólo en esta casa, está su puesto y el de su hijo. En nosotros encontró el cariño de siempre y los cuidados de que había menester, y ya ves tú, con cariños, cuidados y pan—extendiendo la mano hacia dos cajones repletos de hogazas—que no ha de faltarle, ¿dónde iba á estar mejor? Nada, á todo el que te pregunte le dices que sí, que aquí está Julia, no la perdida que quizá se figuren, sino la

crédula sin experiencia, la infeliz mujer que bien pena su falta.

La Eudosia se había levantado, y el señor Lorenzo medio la empujó hacia la puerta.

Por la calle abajo se fueron los chulos discutiendo, mientras el padre de Julia volvióse tras el mostrador, como puesto avanzado desde el cual defender á su hija de los murmuradores que hasta allí llegaran.

Anselmo, con una cesta llena de pan en la cabeza, salió al reparto de la tarde.

De allí á poco entró el médico y al salir de ver á la enferma, dijo á los padres que dentro de una semana podrían llevársela al campo.

Contentos por la noticia quedaron la Calatrava y el señor Lorenzo, y, antes de entrar en el cuarto de Julia, dijo la Ramona á su marido:

—¡Vaya, parece que Dios nos la conserva! Verás qué bien la sientan aquellos aires tan puros y qué hermoso se pone el chico—, y después de una pausa, añadió: —¡Estoy más contenta con que sea niño! Así no vendrá un pillo mentiroso que me lo robe y me lo engañe después de tantos esfuerzos y cuidados pá sacarle alante.

Madrid 18 de Abril de 1905.

FIN

